

TRUEBA Y LA QUINTANA, ANTONIO DE (1819-1889)

LA PALOMA Y LOS HALCONES

ÍNDICE:

I

Los Banderizos

II

Cadagua arriba

III

La romería

IV

Reconciliación

V

La paloma y los halcones

VI

La intervención

VII

Paz y guerra

VIII

El sueño

IX

Los amigos, enemigos

X

La entrevista

XI

Los centinelas

XII

El padre y la hija

XIII
El campamento

XIV
El ataque

XV
El peregrino

XVI
El parte

XVII
Disfraz inútil

XVIII
Vino, latín y una muchacha

XIX
Para un traidor, un leal

XX
Golpe en vago

XXI
El suplicio de Tántalo

XXII
Doncella por doncella

XXIII
El duelo

XXIV
La batalla

XXV
Percances del oficio

XXVI
En el pico de Colisa

XXVII
La noche de bodas

XXVIII
Requiescat in pace

POSTSCRIPTUM

LA PALOMA Y LOS HALCONES

I

Los Banderizos

Corría el último tercio del siglo XII.

El puerto de Bilbao, erigido en villa algunos años después, sólo contaba entonces una iglesia, algunas casas mezquinas, habitadas por marineros y pescadores, y varias torres dispersas a una y otra orilla del Ibaizabal. Las torres eran otras tantas fortalezas, poco menos que inexpugnables, ocupadas por los linajes de Leguizamón, de Basurto, de Zurbarán, de Sánchez de Barrondo, de Arbolancha, de Salazar y de otros no menos poderosos.

Aquellos linajes, divididos por lo común en dos bandos, estaban casi siempre en guerra, cuyos estragos se extendían por todo el señorío de Vizcaya, y particularmente por las Encartaciones, donde los banderizos tenían poderosos aliados.

Así pues, aquel angosto valle, que, como dice uno de sus ilustres hijos, parecía destinado por la naturaleza al recreo del hombre, por la salubridad de su atmósfera, por el perpetuo verdor de sus colinas, por sus copiosas y cristalinas aguas, por las producciones de su suelo, por su abundante y sabrosa pesca, y sobre todo por su situación topográfica y marítima; aquel valle, repetimos, era continuo teatro de sangrientas luchas, originadas las más veces por un pie de terreno, por un árbol, o por interés más insignificante aún.

En la época a que nos referimos era cabeza de uno de los bandos Lope Sánchez de Barrondo, señor de Bortedo, y del otro Don Juan de Leguizamón, si bien hacía algún tiempo que no se hostilizaban visiblemente, merced a la intervención amistosa del señor de Vizcaya, D. Diego López de Haro, denominado *El Bueno*. Sin embargo, se miraban con desconfianza, y estaban prevenidos para hacer estallar sus profundos resentimientos, no bien se les presentase ocasión para ello.

Lope Sánchez de Barrondo contaba a la sazón cincuenta años. Huérfano desde muy tierna edad, había carecido de un alma recta y severa que guiase la suya, de una voluntad enérgica que refrenase sus caprichos, estimulados por la riqueza y el ocio.

Al cumplir los treinta años contrajo matrimonio con una dama principal de Bilbao, la que consiguió dulcificar algún tanto su carácter voluntarioso, áspero, casi salvaje. Habiendo

enviado cinco años después, quedole por única sucesión una hija, destinada por la Providencia a completar la obra comenzada por la que la concibió en sus entrañas. Sancha, que así se llamaba la hija de Lope, absorbió muy pronto todo el amor de que el corazón de su padre era capaz. Quince años contaba en la época a que aludimos, y era dechado de hermosura y de virtud. Su mano era un manantial de consuelos para los pobres y desvalidos, y si sus días no eran una continua ovación por parte de los pobres, cuyas miserias averiguaba y socorría pródigamente por medio de sus criados, era porque su padre la recataba cuidadosamente en su palacio, avaro de aquel tesoro, que para él era de más valor que todos los tesoros del mundo. Jamás el corazón de un padre ha abrigado amor tan intenso como el que abrigaba el corazón de Lope Sánchez de Barrondo. Aquel hombre tan altivo para con todos, era el humilde esclavo de una niña: la voluntad de su hija era la suya: lloraba si Sancha lloraba, reía si Sancha reía: su hija era su gloria, su riqueza, su ídolo. Para enemistarse eternamente con Lope bastaba solicitar la mano de su hija, y no era otro el motivo por qué odiaba a muchos nobles del señorío, y particularmente a D. Juan de Leguizamón, que si bien no había solicitado directamente la mano de Sancha, suspiraba por ella hacía tiempo, lo cual no ignoraba Lope.

El amor que éste tenía a su hija, siendo como era una especie de adoración fanática, degeneraba en egoísmo y en crueldad como todos los fanatismos. Cien vidas hubiera perdido D. Lope antes que mancillar su honra con actos que desdijesen de su hidalguía, tratándose de otra cosa; pero tratándose de la mano de su hija, todo le parecía lícito para vengarse del que la solicitaba.

II

Cadagua arriba

Era una mañana del mes de Junio, y muchas gentes se encaminaban hacia el delicioso valle de Salcedo, llamado más tarde Zalla, donde aquel día se celebraba una romería a la que concurrían gentes de todo el señorío de Vizcaya.

D. Juan de Leguizamón y otros caballeros de su bando salieron de Bilbao al amanecer, y se dirigieron también a Salcedo, departiendo alegremente todos menos Don Juan, que caminaba triste y callado.

Un proverbio vulgar dice que cada casa tiene un Judas. Si esta regla es extensiva a los linajes, preciso será que convengamos en que D. Juan es el Judas del nobilísimo linaje de Leguizamón, que tan cumplidos caballeros ha producido en todos tiempos y aun produce en nuestros días.

-Por el alma de mi abuela, que esté en gloria, decía uno de los que acompañaban a Leguizamón, que vos, D. Juan, de algún tiempo acá os habéis hecho el más huraño de todo el señorío. ¿No me diréis de qué proviene vuestra tristeza? La mañana es hermosa, estas riberas del Cadagua son un paraíso y vamos a una fiesta donde esperamos solazarnos a maravilla. ¿Qué falta a nuestro contento, D. Juan? A mi entender, nada falta.

-¡Pluguiera a Dios que así fuese, D. Pedro!, contestó Leguizamón dando un suspiro muy hondo.

-¡Voto a bríos!, exclamó otro caballero, que sois desmemoriado si los hay, el de Ayala; ¿no sabéis que está enamorado de la hija del de Barrondo?

-Cierto, no lo recordaba; pero ése es motivo más para que se alegre, porque hoy va a tener la dicha que no tendremos nosotros.

-No os entiendo, dijo D. Juan.

-Pues es simple cosa entenderme, contestó D. Íñigo de Ochoa, sabiendo, como sabéis, que vais a ver en la romería a la doncella por quien suspiráis.

-¿Qué decís, D. Íñigo?, exclamó Leguizamón, en cuyo rostro se juntaron a la vez la ansiedad y la alegría.

-Lo que oís, D. Juan, y cierto que me admira vuestra ignorancia en lo que tanto os atañe. Ya sabéis que ha pocos meses estuvo Sancha gravemente enferma; pues bien, entonces hizo voto de asistir hoy al santuario de Salcedo, y no dudéis de que lo cumplirá.

-¿Y quién os ha dado tan buenas nuevas, que buenas son para mí?

-Martín, el escudero del de Bortedo, las ha dado al mío. ¿No es verdad, Bautista?

-Cierto, señor, contestó el escudero de D. Íñigo, que seguía el hilo de la conversación de los caballeros. Topé ayer a Martín en la venta de Begoña, bebiendo con otros servidores de D. Lope, y como le preguntara: «Martín, ¿qué hay por esa maldita torre de tu amo?» me prometió decir verdad en cuanto supiere y fuere preguntado, si le pagaba un jarro de zumaque. Paguésele de buen grado, porque curiosas son por lo escasas las nuevas de lo que pasa en la torre de Lope Sánchez, y supe lo que mi señor ha dicho.

-Mucho temo que el de Bortedo no consienta a su hija ir en romería, teniéndola, como la tiene, siempre encerrada en aquella torre infernal, donde apenas penetra nadie.

-Sí consentirá, D. Juan, porque Lope Sánchez, como sabéis, no tiene más voluntad que la de su hija, y por cuanto hay en el mundo no querrá Sancha dejar de cumplir su voto, siendo tan cristiana como todos sabemos es.

-Mi corazón se regocija y se entristece a la vez ante la idea de verla, pues verla es amarla más y más, y cuanto más la ame, mucho peor para mí, porque mi amor es un amor sin esperanza.

-¡Ira de Mahoma, cuán otro os vais tornando de poco tiempo acá!, replicó D. Íñigo. ¿Por qué no habéis de abrigar esperanzas de casar con la hija del de Barrondo, siendo rico y noble como sois, y no siendo ella ninguna hija de emperador?

-Es locura aspirar a la mano de Sancha, porque ni al mismo rey de Castilla y León se la diera Lope Sánchez. Y si no, ya veis lo que han adelantado todos los que se la han pedido.

-Haced que Sancha os ame, y dejad que se enoje su padre, que ya le amansará la doncella, porque, os lo repito, Lope Sánchez no tiene más voluntad que la de su hija.

-Si su hija le pidiera otra cosa, no dudo que se la concediera, mas no así si le pide su consentimiento para casar; además, que si poco espero de Lope, no espero mucho más de su hija,

pues dos o tres veces que tuve ocasión de hablar con ella, oyó mis palabras con desdén y me amenazó con quejarse a su padre de mi osadía...

-Pues no dudéis que desde entonces acá ha padecido mucho en su encierro, y querrá hallar quien la redima de la cautividad en que gime. Si tenéis ocasión de hablar hoy con ella, aconsejoos que lo hagáis, que ella se rendirá al ver vuestra constancia y vuestro valor, pues amándola arrostráis las iras de su padre.

-Me decido a seguir vuestro consejo, don Íñigo. Plegue a Dios que se separe de su padre un momento, en el campo, en la ermita, en cualquiera parte. Hablaré con ella, y el amor que la tengo prestará fuego y persuasión a mis palabras.

Hablando así, entraron nuestros romeros en el valle de Salcedo, al cual afluían gentes por todas partes, todas alegres y bulliciosas, porque las campanas y el tamboril resonaban en una arboleda situada al pie de las montañas del mediodía, y a través de cuyo espeso ramaje se alzaba el campanario de una ermita. Descabalgaron al pie de la colina donde ésta se hallaba, junto a una venta, delante de la que se alzaban unos corpulentos castaños, y se encaminaron a pie hacia el santuario, dejando las cabalgaduras al cuidado de los escuderos, que a corto rato desocupaban sendos jarros de vino, habiendo arrendado aquéllas a los troncos de los árboles.

III

La romería

¡Qué hermosamente descuellan las romerías entre las fiestas populares, y cuánto realza su hermosura y su poesía la consideración de su origen!

El Evangelio comenzaba a disipar las sombras de la idolatría; oyose la palabra del divino Maestro, que predicaba un dogma de amor, de paz y de consuelo, como no podía menos de serlo, emanando de la Divinidad; y los pueblos, sometidos hasta entonces al dogma de los hombres, a religiones bárbaras, enemigas de la fraternidad humana, fuentes del vicio y rémoras del progreso intelectual y material, compararon la doctrina antigua con la nueva, y conociendo las ventajas de ésta, la abrazaron con entusiasmo y abjuraron aquella. El cristianismo tuvo entonces mártires y santos, y les consagró templos donde se les tributó culto, particularmente en el aniversario de su glorioso tránsito de la tierra al cielo.

Los profundos y sombríos valles, cuyo silencio es interrumpido solamente por el canto de las aves, el viento que sopla en las copas de los árboles, o el arroyo que se precipita desde lo alto de una roca; las ásperas montañas, cuya fragosidad esquivada la multitud; las soledades, en fin, apartan el alma del tumulto mundano y la elevan a la Divinidad; allí es donde el sentimiento religioso encuentra sus más santas expansiones; allí brota purísimo y bienhechor, como el agua de la roca herida por la vara de Moisés, y allí fue donde el pueblo cristiano erigió templos a sus mártires y santos, quizá también con el doble objeto de sustraerlos a la devastación del iconoclasta, morador de las grandes poblaciones, donde, por lo mismo que las costumbres se hallaban más corrompidas que entre los habitantes de los campos, encontraban menos adeptos las doctrinas del Salvador. Los fieles se encaminaban una vez al año al rústico santuario, y allí dirigían sus preces a Dios y tributaban culto al bienaventurado cuya memoria recordaba aquel día la Iglesia: y he aquí el origen de esas grandes reuniones en torno de una pobre ermita oculta en la espesura de un bosque,

u olvidada casi todo el año en la cumbre de una montaña, poco menos que inaccesible. La pureza de corazón y el sentimiento religioso son fuentes de alegría, y el alma del creyente que ha cumplido sus deberes religiosos se encuentra satisfecha y feliz; y he aquí la causa de esas animadas diversiones a que los pueblos se entregan allí donde fueron guiados por el sentimiento religioso.

Todas las cosas humanas degeneran con el transcurso del tiempo; pero la pureza y sencillez de las diversiones que nacieron a la par del culto católico, y que son el reflejo de la pureza característica de los primeros cristianos, apenas han degenerado, sin embargo de haber atravesado tantos siglos. Preciso es reconocer la mano de la Providencia en su conservación. Mirad el espectáculo que ofrecen los habitantes de una ciudad populosa, reunidos en un teatro, en un circo, en un baile, en cualquiera de esas grandes fiestas, que no tienen por objeto, ni aun por pretexto, el desempeño de un deber religioso, y comparadla con el que presentan esos mismos habitantes, cuando se han dirigido al campo, y se hallan reunidos en torno del pobre santuario, cuya campana se agita sin cesar, única orquesta acaso de aquella fiesta bulliciosa, y que regocija los corazones más que las armonías de Bellini y los acordes de Strauss. La diferencia que hallaréis entre uno y otro espectáculo os demostrará lo que hemos dicho: que la Providencia vela por la pureza de las festividades cristianas.

Dispénsenos el lector si en estas gratas consideraciones nos hemos detenido más de lo que debíamos, sin apercibirnos de ello, y sigamos a los caballeros bilbaínos, a través del innumerable concurso que poblaba el campo del santuario. Con mucha dificultad penetraron en éste, porque la campana llamaba a misa, y la muchedumbre se agolpaba a la puerta, pugnando por entrar, confundiendo pobres y ricos, villanos y caballeros.

D. Juan registró ansiosamente con la vista el interior del templo buscando a Sancha entre la multitud allí apiñada, y la alegría más intensa se retrató en su rostro al mirar hacia las gradas del altar, y un grito de placer estuvo a punto de escaparse de sus labios. Sancha estaba arrodillada junto al altar con un cirio en la mano, y entregada a fervorosa oración. A su lado estaba una dueña bien entrada en años, y no lejos se veía, postrado también de hinojos, a su padre. Sancha estaba descolorida; pero la palidez de su rostro realzaba sus encantos a los ojos de D. Juan.

Terminada la misa, acercáronse a la doncella Lope Sánchez y la dueña, y asiéndola ésta de la mano, se dirigieron a la puerta del templo. Don Juan, en quien el de Bortedo no había reparado aún, los seguía muy de cerca, sobremanera inquieto y afectado, no sólo por la presencia de Sancha, sino también por su incertidumbre de si le sería dado hablar con ella.

El coro de la ermita era una especie de tablado sostenido por cuatro toscos pilares, y se subía a él por una escalerilla de madera. Hallábase henchido de gente, cual todo lo demás del templo, y como se agolpasen a la vez muchas personas a la débil escalera, rindióse ésta con estrépito, y muchos de los que bajaban por ella cayeron envueltos en maderos y tablas sobre la gente que pugnaba abajo por salir de la ermita. Dolientes ayes y gritos de terror resonaron por todas partes, y el desorden y el tumulto eran espantosos, creyendo la muchedumbre que el templo se desplomaba sobre ella. Lope Sánchez, a quien las impetuosas oleadas de gente habían separado un poco de su hija un momento antes de verificarse el hundimiento de la escalera, quiso romper por medio de la multitud para acercarse y proteger a Sancha; pero fueron vanos sus esfuerzos, porque se vio arrollado en aquella corriente humana y arrastrado como la hoja que cae en el bramador torrente, y lo mismo había sucedido a la dueña, que, como él, había querido ayudar a Sancha a salir de la ermita.

D. Juan vio a la hija del de Bortedo próxima a perecer ahogada y deshecha entre los pies de la desatentada multitud, y trató de salvarla, haciendo un desesperado esfuerzo, movido no sólo por el deseo de que viviese, sino también por la esperanza de merecer la gratitud de padre e hija. El calor insuportable, el terror y los violentos empujes hicieron perder el conocimiento a Sancha, que apenas había convalecido de su última enfermedad, y D. Juan la vio flotar vagabunda e inerte entre la concurrencia. Atropellando a ésta, y hallando en su desesperación fuerzas casi sobrehumanas, pudo llegar a la doncella, y tomándola en sus brazos, y alzándola al nivel de su cabeza, atravesó la muchedumbre, y al fin salió con ella al campo. Miró a todas partes buscando a Lope o a la dueña, para que fuesen testigos de su triunfo, pero los buscó inútilmente, porque el desorden y el temor se habían extendido por todas partes.

La doncella continuaba desmayada. Don Juan conoció que necesitaba hacerla respirar el aire libre sacándola de entre la multitud, por la que a cada instante estaba a punto de ser atropellada; condújola a un repecho inmediato al campo, y la puso al pie de unos corpulentos robles, donde corría un cristalino arroyuelo. Refrescó la frente de Sancha con algunas gotas de agua, y merced a ésta y al aire puro y libre que allí respiraba, empezó a recobrar su acuerdo muy pronto.

-¡Padre mío...!, murmuró Sancha, creyendo que era su padre el hombre que veía confusamente a su lado, que la prodigaba los cuidados más solícitos.

-¡Sancha...! la dijo D. Juan, ¿no me conocéis? ¿No conocéis al que os ha salvado del espantoso tumulto donde vuestra vida peligraba? ¿No conocéis a D. Juan de Leguizamón, el que perdiera cien vidas por salvar la vuestra? ¿Al que os ama como ningún hombre ha amado en este mundo?

En tanto que D. Juan hablaba así, la inteligencia de la doncella se fue aclarando. Sancha conoció que en efecto era D. Juan aquel hombre; miró a todas partes, y no viendo a su padre ni a la dueña, ni a ninguno de los criados que la habían acompañado a la romería, ni a nadie, en fin, más que a D. Juan, se estremeció de espanto y de dolor: de espanto, porque se hallaba sola con D. Juan, y de dolor, porque ignoraba lo que había sucedido a su padre, por cuya vida temía, con tanto más motivo, cuanto que recordaba que en el instante en que perdió el conocimiento, amenazaba este inminente peligro a todos los que se hallaban en la ermita.

-¡D. Juan...! exclamó, ¿por qué me encuentro aquí sola? ¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi padre? ¿Qué de mis servidores?

Nada temáis, Sancha, dentro de pocos instantes veréis a vuestro padre, respondió D. Juan, y manifestó a la doncella cuanto había pasado y dónde se hallaban, procurando tranquilizarla, lo que al fin consiguió. Como Sancha mostrase deseos de ir a buscar a su padre, quiso D. Juan hablarla de su amor, pues consideró que si perdía aquella ocasión, era difícil hallar otra, y, además, la doncella estaba entonces más dispuesta que nunca a mostrarse indulgente con él, según las protestas de agradecimiento que acababa de oír de sus labios.

-Sancha, la dijo, estáis inquieta a mi lado; ¿qué debéis temer de un hombre que os ama, que hasta su vida sacrificaría al más fútil de vuestros caprichos?

-No temo por mí, repuso Sancha; temo por mi padre.

-¿No os he asegurado que ninguna desgracia ha ocurrido en el tumulto en que se ha visto envuelto?

-Sí, pero me ama tanto, que la incertidumbre de mi suerte y de mi paradero sería capaz de quitarle la vida.

-Pues bien, Sancha, vamos a buscarle; pero antes de ir a sacar a vuestro padre de su incertidumbre, sacadme a mí de la mía... dadme una débil esperanza de que tarde o temprano premiaréis el amor que os tengo...

-D. Juan, contestó Sancha, no me exijáis una promesa que no puedo hacer: siempre estaré agradecida al amor que me tenéis y al servicio que hoy me habéis prestado; pero mientras viva mi padre, a él solamente debo amar. Si las querellas que median entre mi padre y vos terminasen, y mi padre me dijese: «Quiero que des tu mano al noble D. Juan de Leguizamón», yo os la entregara de buen grado; pero jamás os haré la promesa que me pedís contra la voluntad de mi padre.

Estas palabras hicieron concebir a don Juan la esperanza de ser amado por Sancha si lograba el asentimiento de Lope.

Partieron en busca de éste, apoyándose en su brazo la doncella, pues ésta se hallaba tan débil que apenas podía dar un paso sin tener en qué apoyarse. Al bajar el repecho vieron a Lope, que buscaba desatentado a su hija entre la multitud. Sancha dio un grito de alegría al verle, y ella y D. Juan se dirigieron a su encuentro.

IV

Reconciliación

Al acercarse Sancha a su padre, fijó la vista en su rostro y lanzó un nuevo grito de espanto: parecía que Lope había envejecido diez años en el espacio de media hora: era espantosa la palidez que cubría su desencajado rostro.

-¡Hija, hija mía!, exclamó Lope, estrechando contra su seno y besando y hasta inundando de lágrimas de alegría a su hija. No sabes las crueles angustias, los tormentos, la desesperación con que te he buscado largo rato...! ¡Cuán feliz se considera tu padre al hallarte, al volver a estrecharte entre sus brazos!

Y Lope, indiferente a cuanto le rodeaba, reconcentrada su vista y su alma en su hija, no había reparado en D. Juan, que contemplaba aquella escena lleno de alegría, considerando que la gratitud del señor de Bortedo hacia el que había salvado a su hija, sería proporcionada a la alegría que manifestaba.

-¡Padre mío!, dijo Sancha, D. Juan ha sido mi salvador, D. Juan me arrancó del tumulto, donde peligraba mi vida.

-¡Gracias, D. Juan, gracias!, exclamó Lope, reparando en Leguizamón. Hasta la última gota de sangre de mis venas derramara por vos, y aún me pareciera escasa recompensa al servicio que me habéis prestado. Dígaos este abrazo lo que al padre más feliz de este mundo no permite decir la felicidad que le embarga.

Y Lope estrechó contra su corazón a Don Juan, con la efusión más ardiente.

-Lo que habéis hecho por mi hija, continuó, me dice que habéis depuesto todo resentimiento hacia mí; que deseáis mi amistad: mi mayor dicha, después de la de ver sana y salva a mi hija, consiste en otorgaros mi amistad y merecer la vuestra.

-Vuestro amigo soy, D. Lope, contestó D. Juan lleno de alegría. Acaben para siempre nuestras enemistades, y no vuelva a inundar de sangre al señorío de Vizcaya el encono de los vizcaínos.

-Así será, D. Juan, los de mi bando depondrán su encono a mi voz, como los del vuestro a la vuestra, y el nombre de amigos resonará allí donde tanto tiempo ha resonado el de banderizos.

Nuestros interlocutores se encaminaron, departiendo amistosamente, hacia las inmediaciones de la ermita, y algunas horas después estaban reunidos con la misma cordialidad, comiendo al pie de un árbol, no sólo el de Bortedo y Leguizamón, sino también los amigos y partidarios que a uno y a otro habían acompañado a la romería.

El sol comenzaba a ocultarse tras de los rebollares de la Arbosa, y frente a la venta donde D. Juan y sus amigos habían dejado las cabalgaduras al cuidado de sus escuderos, estaban éstos conversando muy amistosa y animadamente con los servidores del señor de Bortedo y los de su bando. Unos y otros habían trasegado abundante licor al estómago, pues sus lenguas estaban balbucientes y en sus palabras había una disparidad asombrosa.

-Así Dios me salve, decía Bautista con los ojos encandilados y la lengua perezosa y tartamuda, que diera un puñado de oro, si lo tuviera, por perderme esta noche en esas oscuras arboledas con esa Jimena. ¡Juro a bríos, que sus ojos me han trastornado el seso!

¡Por el santo Noé, que te trastorne yo a lapos las costillas, si osas requerir de amores otra vez a esa doncella! *Cupido diræ sæpe rupit saculos*, que en romance quiere decir: «te mamarás una buena tollina si codicias la novia del prójimo», exclamó Fortuño, que era un paje de lanza de Lope Sánchez, tan aficionado al vino como a textos y salmos, que traducía con bastante libertad, a fin de acomodarlos a las circunstancias.

-Tollina, y aun tollinas, merecieras tú por tus latines, que Dios confunda, replicó Martín, el escudero de Lope, que era un mancebo fornido, no menos adorador de Baco que su compañero. ¡Por don Jesucristo, continuó, que tú, Fortuño, debías haberte criado para monje!

-Poco es para monje de misa y olla, dijo el paje; para abad y aun para papa me hizo estudiar mi padre, y hubiéralo sido sino por esta mi mala cabeza y esta mi afición a las hembras y al zumaque

-Mas ¿desde cuándo acá es tu enamorada esa Jimena?, preguntó Bautista al paje.

-Seralo muy pronto si hoy se me ha mostrado esquiva; que yo la requeriré y serviré con tal ahínco

La primavera comienza a vestir con su manto de flores y verduras los valles y las montañas del poético suelo vascongado, y el canto de los pájaros resuena en las arboledas. Al dorar el sol con sus primeros rayos los picos que rodean a Bilbao, salieron de éste una porción de caballeros provistos de halcones e instrumentos de cetrería, que conducían detrás muchedumbre de criados.

Atravesaron las arboledas de Albia, y vadeando el Cadagua por Burceña, se encaminaron a los montes de Triano, tan célebres en todos tiempos por sus minas de hierro.

Entre aquellos caballeros iban Lope Sánchez de Barrondo, D. Juan de Leguizamón y D. Lope Díaz de Haro, hijo de D. Lope *el Bueno*, a quien los caballeros de Bilbao obsequiaban a porfía con motivo de haber ido a pasar entre ellos algunos días, hospedándose en casa del de Bortedo, cuya hospitalidad, que algún tiempo antes hubiera asombrado a todos, no era extrañada ya por nadie. Entre los servidores de aquellos caballeros se veía a Bautista, a Martín y a Fortuño, los que, cuando sus amos no paraban en ellos mientes, hacían correr de mano en mano una abultada corambre, cuya magnitud disminuía maravillosamente a cada caricia que recibía.

D. Juan iba departiendo en voz baja con D. Íñigo de Ochoa y Lope Sánchez, y los otros caballeros iban delante.

Comenzando a subir la cuesta de Triano por Baracaldo, llegaron a un sitio donde había un atajo, yendo por el cual se ahorra buen trecho de camino.

-Aquí hay un atajo en que nuestros compañeros no han reparado, dijo D. Juan: echemos por él, y no sólo nos pondremos los primeros, sino que tendremos tiempo para descansar al salir a la carretera, antes que lleguen esos caballeros.

-Eso haremos, D. Juan, contestó Lope.

Leguizamón enderezó su cabalgadura por el atajo, a cuya entrada había un arroyo de cauce muy ancho y profundo, que su caballo saltó con facilidad: siguióle D. Íñigo, y como lo fuese a hacer también D. Lope, el caballo se encabritó, dando resoplidos y no queriendo saltar el arroyo. Como Lope le hostigara, dio un salto hacia atrás, y partió a escape por la carretera hasta alcanzar a los que por ésta habían seguido, sin que al fin le fuera dado detenerle.

D. Juan y D. Íñigo continuaron por el atajo.

-Ya veis que vuestro amigo se ha hecho el de Bortedo, dijo D. Luis a Leguizamón. ¿Desesperáis aún de obtener la mano de su hija?

-No, D. Íñigo, porque Lope me infunde esa esperanza con las pruebas de amistad que todos los días me da; pero Sancha oye con desdén mis palabras, o más bien no quiere oírme, cuando la hablo de mi amor.

-Eso no os importe, D. Juan, que en sabiendo Sancha que vuestro amor no desplace a su padre, tampoco a ella desplacerá. Creo que estáis perdiendo un tiempo precioso. ¿A cuándo esperáis hacer vuestra petición al de Bortedo?

-Todos los días me propongo hacérsela, y todos los días retrocedo temeroso de una repulsa que, cuando menos, me haga perder para siempre la esperanza con que vivo.

-Pues hoy que está de mejor talante que nunca, hoy, aprovechando el buen humor y la franqueza y la bondad que inspira el campo, debierais pedir a Lope la mano de su hija, porque vivir en la incertidumbre en que vivís, tengo para mí que no ha de ser muy grato. Al vado o a la puente, don Juan.

-Seguiré vuestro consejo como le seguí en la romería de Salcedo, y plegue a Dios que hoy sea más afortunado con Lope que entonces lo fui con su hija.

Hablando así, salieron D. Juan y D. Íñigo a la calzada, tomando la delantera a sus compañeros, a los que tuvieron que esperar un corto rato, y entre los cuales iba conversando alegremente el hijo del señor de Vizcaya, que a la sazón contaba dieciocho años.

Reuniéronse al fin todos, y continuaron su camino hasta llegar a las alturas de Triano, donde descabalgaron con el objeto de descansar y recrearse, contemplando el extenso y risueño paisaje y la mar, que desde allí se descubrían.

Ciertamente es un espectáculo capaz de llamar la atención del más indiferente el que ofrece aquel monte, cuyas entrañas encierran multitud de hombres que trabajan en las tenebrosas y dilatadas vías de que están surcadas, alegres y dichosos, como si respirasen el aire libre y el suave aroma de los campos, y sintiesen el calor del sol, y viesen sobre su cabeza un cielo transparente y azul.

Nuestros caballeros conversaban cordialmente, disponiéndose a dar principio a la diversión que allí les había conducido, cuando vieron una paloma blanca que cruzaba majestuosamente el espacio, yendo en dirección a ellos, de la parte de Bilbao.

Lope soltó un hermoso halcón que acariciaba entre sus manos, y D. Juan hizo lo mismo con otro que tomó de mano de un halconero.

Ambos halcones se elevaron con rapidez por los aires, y a un mismo tiempo cayeron sobre la paloma, cuya presa comenzaron a disputarse con obstinación. Muy pronto, en lugar de cebarse en la paloma, se cebaron uno en otro, sobremanera ensañados, y gracias a aquella lucha intestina, la paloma se vio libre y continuó su vuelo; pero D. Lope Díaz de Haro soltó otro halcón que se apoderó de ella, en tanto que el de Lope y el de D. Juan luchaban con tal encarnizamiento, que pasados pocos instantes, cayeron ambos muertos al lado de sus dueños.

Estos lamentaron la pérdida de sus halcones; pero echando mano de otros, continuaron sus ejercicios de cetrería hasta bien entrada la tarde, que sintiéndose fatigados y con excelente apetito, se sentaron a comer al pie de unas encinas.

Durante la comida reinó la mayor cordialidad entre los cazadores, y hasta llegó al exceso su alegría, merced a la previsión de Fortuño y Martín, que habían llenado una gran corambre de excelente vino de Rioja, considerando que las aguas ferruginosas de Triano podían ser muy buenas para doncellas pálidas, mas no tanto para varones colorados como sus amos y todos los que les acompañaban.

D. Juan de Leguizamón, que no apartaba del pensamiento a Sancha ni su proyecto de pedir a Lope la mano de la doncella, creyó llegado el caso de hacer aquella petición.

-D. Lope, dijo al de Bortedo, debemos felicitarnos todos los caballeros bilbaínos por haber terminado por completo nuestras enemistades. Comparemos lo que ayer fuimos con lo que somos hoy: ayer no gozábamos un instante de calma, destruíamos nuestros haberes, teníamos en continuo peligro nuestras vidas, inundábamos de sangre el señorío y llevábamos el escándalo y la consternación por todas partes: hoy vivimos tranquilos, nos dedicamos al mejoramiento de nuestras haciendas, nos entretenemos en fiestas y solaces, y estamos siempre libres y aparejados

para acudir adonde Vizcaya y su señor nos llamen. Procuremos, pues, consolidar la paz de que gozamos, estrechar más y más los vínculos de amistad que nos unen...

-Sí, D. Juan, contestó Lope con entusiasmo: abundo en vuestros deseos y haré cuanto esté de mi parte para que nuestra amistad no vuelva a alterarse.

-Pues bien: vos y yo, que representamos a los caballeros de Bilbao, debemos dar ejemplo de amistad y concordia a fin de que todos nos imiten. Quizá no merezca la dicha a que aspiro; pero disculpe mi atrevimiento el amor que vuestra hija ha sabido inspirarme.

-¡D. Juan...! exclamó Lope Sánchez, comprendiendo por completo adónde iba a parar Leguizamón, y con el semblante demudado por la cólera; si queréis que nuestra amistad no se turbe, si queréis que no tornen las sangrientas discordias que por tanto tiempo nos han separado, callad, y nunca volváis a pensar en arrebatarme el único ser amado que me queda en el mundo, desde que Dios me arrebató la dulce esposa, cuya pérdida lloraré eternamente.

-Cuando D. Juan de Leguizamón sea esposo de vuestra hija, tendréis un hijo a quien amar y de quien seréis amado.

El señor de Bortedo empezaba a verse acometido de aquel acceso de locura que experimentaba siempre ante la idea de ocupar un puesto secundario en el corazón de su hija.

-¡Callad, D. Juan, callad!, exclamó, sin poder dominar su indignación: ningún hombre hay en el mundo digno de mi hija: mi hija no puede amar a nadie más que a su padre, porque el amor de su padre es tan grande, que todo el amor de que es capaz el corazón de Sancha no basta a pagar el más débil latido del mío.

-Ved, D. Lope, replicó Leguizamón, herido en su orgullo al ver que se le consideraba indigno de Sancha: ved que D. Juan de Leguizamón no cede en nobleza ni en riqueza al señor de Bortedo.

-Guardad vuestra nobleza y vuestras riquezas, que a mí me basta el amor de mi hija, me basta tener constantemente a mi lado a Sancha, me basta ser el único hombre con quien le unan vínculos del corazón.

D. Juan no replicó: Lope no volvió a ocuparse en aquel asunto que tan cruelmente hería su alma; pero uno y otro se odiaban más que nunca en aquel instante; uno y otro encerraban ya en su corazón un infierno de rencor, por más que el de Haro hubiese tratado de apaciguarlos.

Los bandos, que poco antes parecían haber desaparecido por completo, volvieron a aparecer: ya no se confundían los amigos de Leguizamón y los de Lope Sánchez: ya las aves que se cernían sobre aquellos caballeros no eran apresadas por los halcones, ni la liebre ni el ciervo que saltaban de entre las árgomas que sacudían los cazadores a su paso, eran alcanzados por las viras ni hostigados por los perros, porque la imaginación de aquellos estaba ocupada en pensamientos menos inocentes que los relativos a la caza.

Su rencor tardó poco en estallar: aprovechando livianos pretextos, pusieron mano a las espadas y a las ballestas, y pelearon hasta teñir con sangre el monte de Triano.

Al anochecer entraron en Bilbao, no ya unidos como habían salido, sino divididos en dos bandos, capitaneados, el uno por don Juan de Leguizamón, y el otro por Lope Sánchez de Barrondo.

D. Lope Díaz de Haro, viendo que su intervención era vana en aquellas cuestiones, y no queriendo malquistarse con uno ni otro bando, salió aquella misma noche para Haro, donde se hallaba su padre.

VI

La intervención

Los bandos de Bilbao tenían conmovido el señorío de Vizcaya: se temía una guerra más cruel, más obstinada, más sangrienta que nunca.

D. Diego López de Haro, que se hallaba a la sazón reedificando la villa a que acababa de dar por nombre su apellido, se había esforzado inútilmente en apaciguarlos. En vista, pues, de que amistosamente no podía avenirlos, y de que el escándalo y la lucha eran cada vez mayores, determinó pasar a Bilbao con buen golpe de gente de armas, que al efecto hizo venir de Castilla, con objeto de apelar a la fuerza, si nada conseguía con la persuasión.

D. Diego sólo pensaba hacer uso de la fuerza cuando no pudiera pasar por otro punto, porque la prudencia y la dulzura de ánimo eran dotes que en alto grado poseía. Púsose, pues, en camino, acompañado de su hijo primogénito D. Lope, y de su hueste, en la que se contaban hasta mil peones, gente mercenaria, para quien en la guerra no hay más gloria ni más recompensa que el botín.

Al saber los de Bilbao la intervención que el de Haro pretendía ejercer en sus domésticas contiendas, trataron de oponerse a aquella pretensión, tachándola de atentatoria a sus libertades. Al efecto acordaron dar tregua a la lucha mientras necesitaran defenderse de aquel a quien llamaban su común enemigo, y mandaron cerca del señor de Vizcaya una diputación que protestase contra toda intervención en sus discordias, y expusiese que estaban resueltos a repeler la fuerza con la fuerza si a ello se les obligaba.

Los de Haro hicieron alto en Durango con su gente.

Allí recibió D. Diego la diputación bilbaína. Inútiles fueron los esfuerzos que hizo para asegurar la paz entre los dos bandos contendientes: inútiles las razones que alegó para justificar su intervención en las querellas intestinas de sus vasallos. Y como se hallase dotado de una voluntad enérgica para domeñar al que abusaba de su carácter dulce y conciliador, insistió en llevar a cabo su resolución de acabar de una vez con las discordias que yermaban una parte de sus estados.

Salió, pues, de Durango una mañana de estío, con dirección a Bilbao. Ricas y abundantes frutas inclinaban las ramas de los árboles sobre el camino, formando vistosos y aromáticos toldos en toda la extensión de éste; pacían numerosos ganados bajo las sombrías arboledas, y bandadas de palomas y de gallinas vagaban en torno de los alegres caseríos que a cada paso encontraba el noble señor de Vizcaya. Más de una vez latió de satisfacción y de orgullo el corazón de D. Diego al contemplar la hermosura de sus dominios, y tal vez aquel bello espectáculo fortaleció más y

más su resolución de poner término a las miserables rencillas de los hombres, en un país donde la naturaleza tan liberal se mostraba.

Pero si al acercarse D. Diego López de Haro a Bilbao hubiera tornado al punto de donde partiera aquella misma mañana, ya no hubiera hallado doradas frutas en los árboles ni ganados en las praderas ni bandadas de palomas y gallinas en torno de los caseríos, porque nada se había librado de la rapacidad de sus soldados, avezados al robo y hábiles en su ejecución. Sólo hubiera visto lágrimas en los ojos de las pobres aldeanas, sólo hubiera hallado terribles amenazas e imprecaciones en boca de los robustos e inermes aldeanos, cuyas pérdidas no le había sido dado evitar, porque habiéndose adelantado un buen trecho a la hueste, ignoraba los destrozos que ésta iba haciendo a su paso.

Como el conjunto de la población no estuviese murado, los de Haro penetraron con su gente en Bilbao sin oposición alguna.

Los caballeros y peones que, si bien en corto número, guarnecían las fortalezas, se habían encerrado en éstas, decididos a defenderse con empeño, en caso de ser atacados.

Los jefes de los bandos habían dispuesto que no se hostilizase a los invasores en tanto que éstos no tomasen la iniciativa, como asimismo que se recibiese con todas las atenciones posibles al señor de Vizcaya y se escuchasen sus proposiciones.

La gente de los de Haro acampó junto a la torre de Barrondo, quedando D. Lope Díaz a su cuidado, y D. Diego pasó a aquella fortaleza a conferenciar con Lope Sánchez, después de haber hecho lo mismo con D. Juan de Leguizamón, cabeza del bando contrario.

Como los ballesteros bilbaínos y los soldados del de Haro comenzaran a denostarse, los unos desde las torres, y los otros desde el campo, a pesar de los esfuerzos que D. Lope Díaz hacía para evitarlo, empezaron a jugar las ballestas de una y otra parte.

En este tiempo, crecido número de aldeanos habían ido llegando por el camino de Durango y acercándose, como atraídos por mera curiosidad, al campo de los soldados del de Haro; número que aumentaba por instantes, si bien ninguna sospecha despertaba en D. Lope Díaz, pues ignoraba que los aldeanos tuviesen motivos para hostilizar a su gente.

Nada había conseguido D. Diego de los jefes de los bandos, los que insistían en que ni el señor de Vizcaya ni nadie tenía derecho a mezclarse en sus cuestiones intestinas. Disponíase a salir, después de manifestar al de Barrondo que iba a hostilizar las fortalezas, cuando con motivo de menudear más y más las flechas disparadas desde las torres y el campo, estalla de repente la mal reprimida cólera de los aldeanos, y éstos se lanzaron con desaforados gritos sobre los que acababan de asolar sus propiedades. Imítanlos los ballesteros de las torres, animados por aquel refuerzo, y se traba un sangriento combate.

Nuevas bandas de aldeanos, armados de hachas e instrumentos agrícolas, aumentan cada instante el número de los agresores.

El joven D. Lope Díaz lidia valerosamente, pero son vanos todos sus esfuerzos, porque lidia a la cabeza de una legión de cobardes: la mayor parte de sus soldados, en vez de imitar su ejemplo, huyen desatentados, acrecentando así el ánimo y el furor de los aldeanos.

Entre tanto, algunos de éstos, sabedores de que el señor de Vizcaya se halla en la torre de Barrondo, van en su busca, resueltos a vengar en él los excesos cometidos por sus soldados.

D. Diego, así que oyó el ruido de la pelea, se despidió de Lope Sánchez para ir a tomar parte en ella, a lo que aquel no se opuso, y cuando iba a poner el pie en el campo, fue acometido por la turba de los aldeanos, que gritaban:

-¡Venganza!, ¡venganza! ¡Muera el capitán de bandidos!

El anciano desnudó su espada y comenzó a defenderse, poniendo a cubierto su espalda con la puerta de la torre, que había sido cerrada tan pronto como le dio salida, pero se halla próximo a ceder, porque es excesivo el número de sus enemigos.

Asómase Lope Sánchez a una ventana de la torre, y al ver el inminente peligro en que se halla el señor de Vizcaya, aquel hombre comúnmente tan implacable en sus odios y tan poco dispuesto a la generosidad, acude en su defensa, y acometiendo, arrebatado de indignación, a la turba desenfrenada.

-¡Atrás, felones!, grita; ¡atrás, mal nacidos, atrás! ¿Quién osa levantar la mano contra su señor? ¡Hollaréis mi cadáver antes de llegar al señor de Vizcaya!

Y el señor de Bortedo descarga tan rudos golpes con su espada que dos aldeanos quedan muertos a sus pies, no sin haber alcanzado a Lope Sánchez un hachazo que le causó una herida de poca consideración.

Al fin se aleja de la torre de Barrondo el señor de Vizcaya, acudiendo en defensa de su hijo; pero éste acaba de caer al suelo, herido por una flecha, y la turba que no ha podido sacrificar al padre, se lanza a acabar con el hijo. Su escudero Ordoño y otros dos o tres leales servidores son ya los únicos que rodean y defienden a D. Lope Díaz: no hay espadas, no hay puertas, no hay muros que puedan salvarle de la saña de sus enemigos.

-¡A la torre de Barrondo!, grita D. Diego, abriéndose paso con su espada hasta donde yace su hijo desangrándose horriblemente.

Ordoño, mancebo de hercúleas fuerzas y el escudero más aficionado y leal a su señor, toma en sus brazos al herido, mientras el anciano y los otros dos servidores le protegen haciendo frente a los agresores, hasta que llegan a la torre, cuyas puertas se abren de repente para darles paso y se vuelven a cerrar en seguida, estrellándose en ellas el furor de los aldeanos.

VII

Paz y guerra

Tres días ha que D. Diego López de Haro y su hijo permanecen en la torre de Barrondo, desconsolado el primero por el peligro en que el segundo se halla, a causa de la herida que recibió recién llegados a Bilbao.

Revueltas de los pobladores de Haro reclaman la presencia del señor de Vizcaya en aquella villa, lo cual aumenta notablemente el conflicto de D. Diego, que no quisiera apartarse del lado de su hijo, ya que no le es posible llevar a éste en su compañía, porque su herida es muy grave.

Las circunstancias que le rodeaban aconsejaban al de Haro su reconciliación con los solariegos de Bilbao, entre los cuales iba a dejar a su hijo; y como aquellos, y particularmente Lope Sánchez, se mostrasen dispuestos a la paz, quiso dejar enteramente arreglada aquella cuestión antes de salir de Bilbao.

Lope Sánchez de Barrondo reunió, pues, a su instancia a los caballeros de su bando y a los del contrario.

-El señor de Vizcaya, les dijo, jura respetar vuestros fueros y no mezclarse nunca en nuestras contiendas, aunque las deplora y su poder sea tanto, que fácil le sería imponernos, justa o injustamente, su voluntad. Además, el de Haro está pronto a resarcir a los aldeanos los daños que les causara su mesnada. Ocasión es ésta de probar que los caballeros vizcaínos son dóciles y generosos con el generoso, si altivos con el altivo. Prometamos, pues, a D. Diego López el olvido de nuestras querellas, que por la fuerza quiso imponernos, y al hacer el sacrificio de nuestros temores, no sólo corresponderemos a su generosidad, sino también serviremos a los intereses procomunes, tan lastimados al presente.

Esta proposición fue acogida con aplauso por todos los caballeros bilbaínos, que en su mayor parte no en balde llevaban este título, no siendo D. Juan de Leguizamón el que menos se adhirió a las ideas del de Bortedo.

D. Diego López de Haro rogó a Lope Sánchez, con lágrimas en los ojos, cuidase de su hijo con tierna solicitud, y el señor de Bortedo, que comprendía el dolor de un padre, cual pocos en el mundo lo podían comprender, le tranquilizó, prometiéndole ver en el herido, no sólo un amigo, sino también un hijo.

Así, pues, el señor de Vizcaya tomó el camino de Haro, acompañado, no de los soldados que había traído, pues conforme habían ido volviendo éstos de su cobarde y vergonzosa fuga, los había ido despidiendo de su servicio, sino por cien ballesteros que los jefes de los bandos bilbaínos pusieron a sus órdenes; y a su paso, camino de Durango, indemnizó liberalmente a los aldeanos de los robos que su hueste les hiciera, con lo cual amansaron su ira los campesinos y trocaron sus denuestos en loores.

Estaba de Dios que D. Diego no había de tener satisfacción cumplida ni día de sosiego. Apenas llegó a Haro, aquietó las turbulencias de aquellos moradores, y se disponía a tornar a Bilbao al lado de su hijo, a quien amaba entrañablemente, pues desde que perdió a su esposa, su hijo puede decirse que era el objeto de todo su amor, como sucedía a Lope Sánchez respecto a Sancha; pero sucesos fatales e imprevistos se lo estorbaron, como vamos a ver.

Habiendo fallecido el rey D. Fernando II de León, dejó por sucesor a su hijo Alfonso IX, nacido de su primera mujer doña Urraca, hija del rey de Portugal; mas como a su fallecimiento estuviese casado en terceras nupcias con otra doña Urraca, hermana de D. Diego López de Haro, y de ella tuviese sucesión, la reina viuda hubo a mal que heredase la corona su hijastro, y pidió auxilio a su hermano, el señor de Vizcaya, para defender los derechos que creía asistían a sus hijos a la sucesión en el trono.

Cierto que estos derechos eran contestables; pero como la voz de la sangre pudiese más que la de la razón en D. Diego, éste acudió al llamamiento de su hermana, fiando en el prestigio que en Castilla y León gozaba, y más aún en las fuerzas que a su paso desde Vizcaya esperaba reunir.

Sus cálculos, empero, salieron fallidos, pues en breve se concertaron en contra suya todos los poderes de ambos estados, ya fuera que conociesen la sinrazón, o ya que viesen llegada la ocasión de aniquilar al de Haro, que hasta entonces siempre había triunfado de los muchos émulos que a su valimiento y riquezas debiera.

Su hueste fue desbaratada en varios encuentros, y hubo de huir, con muy escasas fuerzas, a Navarra. Metiose en Estella, plaza bien murada, y a la sazón señorío de D. Pedro Ruiz de Azagra, y allí juntó nueva gente con que acometer a Castilla: hízolo, y nuevamente fue derrotado en la frontera. Y como entonces D. Sancho de Navarra, D. Pedro de Aragón y D. Alonso de Castilla ajustasen paces, D. Diego se vio desamparado y compelido a huir a tierra de moros.

Y en tanto que todo esto pasaba, D. Lope Díaz seguía en Bilbao y Lope Sánchez procuraba tenerle ignorante de todo, a fin de que las cuitas de su padre no agravasen su dolencia. Al fin desapareció el peligro que ésta ofrecía: el convaleciente comenzaba recobrar la alegría y las fuerzas, y entonces creyó Lope oportuno el darle conocimiento de las desgracias de su padre. ¡Nunca se le hubiera dado! Al saberlas, D. Lope Díaz cayó en un abatimiento tan profundo, y su mal curada herida se renovó de tal modo, que se creyó su existencia más que nunca comprometida.

VIII

El sueño

Es media noche, el cielo está azul y estrellado, y la luna, que brilla en todo su esplendor, argenta las tranquilas ondas del Ibaizabal. Uno de sus rayos penetra por una angosta ventana de la torre de Barrondo e ilumina un suntuoso aposento, donde yace en un lecho no menos suntuoso un mancebo de hasta veinte años de edad.

Una virgen, que poco más de tres lustros cuenta, vela junto al lecho del mancebo, y virgen debe ser, pues cuantas veces separa el joven el finísimo lienzo que cubre su pecho cuidadosamente vendado, inclina ruborizada su vista la hermosa doncella, que parece el ángel que baja de noche a proteger el sueño de los justos.

¡Oh, qué hermosa, qué pura, qué amorosa, qué solícita es la enfermera! ¡Qué bello, qué agradecido, qué gentil es el enfermo, a pesar de que el dolor ha impreso profundamente la huella en su semblante!

-¡Tengo... sed!, murmura el mancebo, articulando con dificultad sus palabras.

Y la joven toma un vaso que al lado del lecho estaba, y lo aplica a los labios del enfermo, que despierta a su contacto, pugnando por añadir algunas sílabas más.

-¡Ah!, ¿sois vos, Sancha?, pregunta fijando con amor y satisfacción indecible sus ojos en la doncella.

-¡Sí, yo soy, D. Lope!, responde ésta con el amor de la madre que responde a su hijo moribundo.

-¡Ay, qué sueños, Sancha, qué sueños tan horribles!

-Olvidadlos, D. Lope, olvidad las quimeras de vuestra imaginación trastornada por la fiebre.

-Ya nada temo, Sancha, porque vos, mi ángel guardián, estáis a mi lado.

-Procurad tranquilizaros para que vuestro mal no se agrave.

-¡Si supierais, Sancha, qué sueño tan espantoso he tenido! Soñaba que vos habíais velado junto a mi lecho muchos días, muchas noches, muchos meses, cicatrizando mis heridas con el bálsamo de vuestras palabras. Y esto es verdad, Sancha, esto es verdad.

-Sí, verdad es que he cuidado de vos, porque así complacía a mi padre y satisfacía los deseos de mi corazón.

-Soñaba que llegué a amaros como deben amar a Dios los ángeles. ¡Y esto también es verdad, Sancha!

-Sí, D. Lope; así me lo habéis jurado muchas veces, y os he creído, porque necesitaba creerlos.

-¡Dios mío, dadme la salud, concededme la vida para consagrársela a Sancha!, exclamó el mancebo, alzando sus ojos a un crucifijo colocado en la pared a la cabecera de su lecho... Pero dejad que acabe de contaros mi sueño, añadió, dirigiéndose a Sancha. Soñaba que mi amor era por vos correspondido, y que ambos vivíamos en la esperanza de que un día sería bendecido por Dios y por nuestros padres; pero había un hombre poderoso que me disputaba vuestra mano, y no recuerdo si en vos había bastante resolución para destruir las esperanzas de aquel hombre. ¿Es esto también verdad, Sancha? ¿Es esto verdad?

-¡D. Lope, D. Lope!, olvidad esas quimeras de vuestra enferma imaginación.

-Yo os prometo olvidarlas, Sancha, porque la superstición es indigna de un caballero, pero dejad que concluya de referiros mi sueño. Vuestro padre fue iniciado en el secreto de nuestro amor, y exclamó: «¡Tengo sed de venganza!» Y se vengó horriblemente, talando los estados de mi padre, y pasando a cuchillo los vasallos del señor de Vizcaya. Y vos, Sancha mía, fuisteis encerrada en una oscura prisión; y cuando supe que vos, inocente y pura y enamorada, erais oprimida bárbaramente, quise exclamar a mi vez: «¡Tengo sed de venganza!» Pero aún no había acabado de pronunciar esta frase, cuando sentí en mis labios un cuerpo frío, y entonces desperté, y os vi a mi lado, y teníais en la mano el vaso con que refrigeráis mis labios.

-¡Lope...! ¿Por qué habéis turbado la calma de mi corazón con el relato de ese sueño...? ¡Ah...! ¡qué presentimientos tan horribles...!

Y la doncella temblaba, y de sus bellos ojos se desprendían algunas lágrimas. Pero reflexionó un momento, enjugó sus ojos, e indignada de su propia debilidad, añadió:

-Dejemos estas locas supersticiones, que si son indignas de un caballero, también lo son de la hija del señor de Bortedo.

-Sí, Sancha, no nos complazcamos en pintar lo porvenir cubierto de oscuras nubes, que la felicidad nos sonreirá en tanto que nos sonría el amor... Honra y riquezas tendremos siempre, pero aunque nos falten, no echaremos de menos la felicidad, porque una pobre cabaña, olvidada de todos y escondida en el valle más solitario de Vizcaya, será para nosotros más cómoda y más tranquila que los alcázares de los reyes.

Exaltado el mancebo con las risueñas imágenes de un porvenir lleno de amor y de felicidad, había ido alzando la voz, cual si no temiese que le oyera alguien más que la doncella.

-Lope, le dijo ésta, recordad que puede oírlos mi padre.

Lope exhaló un profundo suspiro, y exclamó, bajando la voz:

-¡Ay!, sí, tenéis razón, Sancha. No sabéis cuánto lastima mi corazón el recuerdo de vuestro padre... ¡Tan generoso, tan noble, tan bueno para conmigo, y yo, prevalido de su confianza y de su generosidad, he hecho latir por mí un corazón que, en su concepto, sólo debe latir por él...!

-Mi corazón, repuso Sancha, no porque lata por vos dejará de latir por mi padre... Desechad vuestros temores de que mi padre desaprobe terminantemente nuestro amor, que sabiendo que yo os amo, él os amará también.

-¡Ay!, añadió Sancha para sí, hartos fundados son sus temores; con sobrada razón teme que entre nosotros abra mi padre un abismo; pero ayúdele la esperanza a recobrar la salud, y luego... ¡Dios, que ha infundido en nosotros este amor tan intenso como puro, que en vano hemos procurado sofocar, tendrá compasión de nosotros! D. Lope Díaz guardaba silencio: al esfuerzo que acababan de hacer su inteligencia y sus órganos excitados por el amor y los tristes presentimientos de su corazón, sucedió un abatimiento que Sancha tuvo por apacible sueño.

La doncella cerró sin hacer ruido la ventana para que no penetrara el resplandor de la luna, creyendo que así podría conciliar mejor el sueño su amado, y volvió a sentarse junto al lecho del enfermo, entregada a sus temores y a sus dolorosas reflexiones.

IX

Los amigos, enemigos

El rey D. Alfonso celebraba cortes en Carrión de los Condes, y todos los que tenían voto en ellas acudían al llamamiento del Monarca.

Los vizcaínos eran hartos audaces y poderosos para que D. Alonso osase despojar de aquel señorío a la casa de Haro, a la que eran en extremo adictos, sobre todo desde que estaba representada por D. Diego López *el Bueno*.

No sólo no mostró tal pretensión D. Alonso, sino que para tener a su devoción a los vizcaínos, que por la desgracia de su señor comenzaban a mostrarse descontentos, llamó a la corte a D. Lope

Díaz, que, en ausencia de su padre, gobernaba el señorío, y le prodigó mil halagos y mercedes, propios de aquel monarca, tan esforzado guerrero como hábil político.

Con este motivo D. Lope Díaz, curado que hubo del cuerpo, fuese a Burgos, llevando herida de amor el alma, acompañado de su huésped, el señor de Bortedo, cuyo llamamiento a las Cortes coincidió con el del Rey al mancebo.

Juntos asistieron a las Cortes y, terminadas éstas, dieron la vuelta a Burgos con objeto de arreglar allí asuntos de sus respectivas casas antes de tornar a Vizcaya.

Una tarde cabalgaban por solaz, riberas del Arlanza, con otros ricos hombres, departiendo amistosamente, cuando vieron ir hacia ellos un mensajero, que era nada menos que Alvar, un criado del de Barrondo, muy adicto a Sancha, y a quien ésta distinguía mucho entre todos sus servidores.

Alborozose mucho Lope Sánchez al verle, mas no extrañó su presencia, pues cada ocho días recibía noticias de su casa por medio de él, según había convenido con su hija al separarse de ésta en Bilbao.

Alvar entregó un pergamino a su señor, y al mismo tiempo dio otro muy recatadamente al de Haro, que lo recibió y ocultó con suma alegría.

Según pasaba el de Bortedo su vista por el pergamino, encendíanse sus ojos, la rabia tornaba blanca la color de su rostro y se contraían sus labios horriblemente.

De repente estrujó el pergamino en sus manos y, clavando una mirada feroz en Don Lope Díaz, gritó:

-¡D. Lope, sois más ruin y más villano que el villano peor nacido!

Caballeros y escuderos quedaron pasmados al oír tan descomedido apóstrofe, y más aún al ver el iracundo talante del señor de Bortedo, que tenía la mano puesta en la cruz de la espada.

-¡Justicia de Dios!, exclamó el de Haro, poniendo mano a su acero, no menos irritado que Lope Sánchez. Mucho os debo, don Lope, y bueno habéis sido hasta hoy para conmigo; mas ni del padre que me engendró tolerara insultos como el que me habéis dirigido. No necesito saber por qué me insultáis; bástame que me hayáis insultado para que responda mi espada a vuestros insultos.

-Buena es la tarde y anchas esas praderas del Arlanza para que hagamos campo y os pruebe mi espada lo que mi labio os ha dicho, repuso Lope Sánchez, cada vez con más enojo.

Ambos caballeros se aparejaron al combate y pelearon largo rato, hasta que el de Bortedo dio una cuchillada al de Haro, que aún se resentía de la herida que recibiera en Bilbao, y que descabalgó mal herido.

Lope Sánchez tomó, acto continuo, la vuelta de la ciudad, seguido de sus parciales, en tanto que Lope Díaz era socorrido por los suyos.

El señor de Bortedo se encerró en su aposento, y pasó la noche como si estuviera en compañía de su hija, pues nombrándola con frecuencia, ora la maldecía, ora la dirigía palabra amorosas, ya reía desordenadamente, ya hablaba de venganza y de desolación.

Quiso partir al día siguiente de Burgos, pero su salud se había quebrantado de tal modo, durante la noche que acababa de pasar, que le fue imposible satisfacer su deseo. Una fiebre abrasadora le consumía, la lividez de un cadáver cubría su rostro y su razón tenía frecuentes períodos de desvarío.

Los dos, el señor de Bortedo y el señor de Vizcaya, deseaban tomar la vuelta a sus estados; pero los dos estaban gravemente enfermos, y, por consiguiente, se vieron precisados a permanecer muchos días en Burgos.

X

La entrevista

Tocaba a su término el mes de septiembre, y una mañana salió de Valmaseda un apuesto caballero, oculta la faz con la caperuza: un corpulento escudero cabalgaba a su siniestra, y detrás iba un paje llevando su lanza.

En esta disposición tomaron todos tres Cadagua abajo, entretenidos el caballero y el escudero en animada conversación, que más parecía de igual a igual, que de señor y criado.

Aún conservaban los árboles parte de su verde ropaje, y, sin embargo, soplaba un cierzo tan frío y eran los hielos tan crudos que los naturales del país barruntaban una próxima nevada.

Y en efecto, el invierno asomaba su alba cabeza por el pico de Colisa y por las cordilleras de la Ordunte.

-¿Y cómo os sentís de vuestra herida o, mejor dicho, de vuestras heridas?, preguntó el escudero a su señor.

-Muy bien, Ordoño, muy bien, contestó el caballero. Paréceme que para cuando lleguemos a Bilbao han de haber cesado enteramente los agudos dolores que a nuestra salida de Burgos me aquejaban.

-Cierto, dijo el escudero, que fue grande imprudencia la de poneros en camino con tanta precipitación, hallándoos tan doliente.

-Mis cuitas, Ordoño, hubieran sido mayores en Burgos que en Vizcaya. Ya sabes cuanto la amo, y cuán expuesta se halla a las violencias de su padre y a la saña del que inútilmente solicita su mano y su corazón. Estando cerca de ella, yo la protegeré o perderé la vida en la demanda. La triste doncella no tiene más protector que mi brazo, que fío ha de ser invencible, impulsado por mi corazón. Además, su padre al solicitar en Burgos el apoyo de la corte desde el lecho donde se hallaba postrado como yo, no pudo ocultar su intento de apoderarse del señorío de Vizcaya, y como a mi noticia llegara, olvidé mi dolencia para acudir a defender los derechos de mi casa.

-Pero quedando en Burgos el de Bortedo, no habíais menester hacer la jornada con tanta precipitación.

-El de Bortedo habrá dispuesto su partida tan pronto como haya sabido la mía, y yo necesito estar prevenido a la defensa para cuando llegue.

En estas y otras pláticas llegaron nuestros interlocutores, alrededor del mediodía, a Alonsotegui, cerca de la puente de Castrejana, que no dista cien tiros de ballesta de Bilbao. Extendíase a un lado del camino un campo poblado de nogales, de cerezos, de manzanos y otros árboles, aún no desprovistos de fruta algunos de ellos; pues en el país vascongado es muy común hallar tales campos, que sirven de *plaza* a las aldeas.

Como la amenidad del sitio convidase al reposo, el caballero y sus servidores descabalaron allí y se dispusieron a requerir las fiambres de que iban provistos, si bien el primero no mostraba gran deseo de refocilar su estómago.

-Según hemos convenido, dijo el escudero, hora es ya de que discurramos los medios de ver a doña Sancha sin que nuestra comunicación con ella sea notada en Bilbao.

Iba el caballero a contestar a su servidor, cuando apareció a la puerta de una casita blanca sombreada por un emparrado, una doncella de peregrina hermosura, y el de Haro, pues ya habrá conocido el lector que era él, guardó silencio, atento sólo a contemplarla, porque hallaba en ella un encanto que no sabía definir, cuando hacía tiempo que, fuera de Sancha, todas las mujeres le eran indiferentes.

Aquella contemplación duró pocos instantes, pues el de Haro exhaló un grito de sorpresa y alegría, y pronunciando el nombre de su amada, corrió hacia la doncella, que, aunque vestida de campesina, era la noble hija de Lope Sánchez de Barrondo.

Tal impresión hizo en la joven la presencia de su amante que sus sentidos se conturbaron, y hubiera caído al suelo a no llegar D. Lope a tiempo para sostenerla y colocarla como un cuerpo inerte en un poyo de mampostería que se hallaba bajo el emparrado.

El paje y el escudero acudieron en ayuda de su señor, que procuraba volver en su acuerdo a la doncella. Iban ya a entrar en la casa a pedir algo que hacerla respirar, o cuando menos agua para rociarla el rostro, cuando la desmayada comenzó a recobrar el conocimiento, y entonces los dos solícitos servidores se retiraron, ignorándose si por respeto a su señor o por afición al almuerzo.

-¡Al fin torno a veros, Lope!, exclamó Sancha; ¡al fin hallan alivio mis penas, si grandes al consideraros ausente, mayores aun al consideraros herido, humillado y llorando la desgracia de vuestro padre!

Y al hablar así, la doncella clavaba sus bellos ojos en D. Lope con tan ardiente expresión que parecía exhalarse su alma en su mirada.

-Sancha, dijo el de Haro, vos disponéis de mi dicha y de mi desventura, de mi vida y de mi muerte. Sólo necesito vuestro amor para ser dichoso, para vivir, para triunfar de todos mis enemigos, para salvar todos los abismos que se presenten a mi paso. Negras tempestades rugen en el cielo que vimos azul y sonrosado un día; mas ni el rayo ni el trueno me acobardarán, mientras los crea precursores del sol que buscan mis ojos, de vuestro amor, Sancha mía, de vuestro amor!

-Contad siempre con él, Lope; que cuanto más contrariado se vea, más puro y más grande se mostrará a vuestros ojos, contestó Sancha llorando de amor y de alegría.

-Vuestro padre se halla iniciado, a mi entender, en el secreto de nuestro amor, y sediento de venganza tal vez en este instante mismo reúne sus huestes en Bortedo para asolar los estados del mío, para pasar a cuchillo los vasallos del señor de Vizcaya, y D. Juan de Leguizamón, envidioso del amor que me prodigáis, le prestará su ayuda... ¿Recordáis, Sancha mía, recordáis aquel fatídico sueño?

-¡Sí, Lope!

-Pues bien, aquel sueño se va realizando; pero mi corazón no se acobarda ante los enemigos de nuestra dicha: haré frente a todos ellos y los venceré, no lo dudéis. Pero ¿cómo os encuentro aquí y en ese traje?

-La labradora que me alimentó a sus pechos se hallaba enferma y necesitada, y he venido a verla, disfrazada con este traje para no ser conocida, y acompañada de una dueña que en este instante se halla al lado de la enferma.

-¡Ah! ¡Sois el ángel guardián de los tristes y necesitados!, exclamó D. Lope, llevando a sus labios la mano de la doncella, y añadió en seguida: pero explicadme, Sancha, qué fatal equivocación descubrió nuestro amor a vuestro padre...

-D. Juan de Leguizamón me importunaba con sus ruegos amorosos, y un día, despechado por mis repulsas, me juró que nunca me volveríais a ver. Temerosa de que os armara alguna celada vil en que cayeseis hallándoos desprevenido, al dar a Alvar el pliego que todas las semanas iba a llevar a mi padre, le di otro para vos, el que debía entregaros en secreto, y en el que os daba conocimiento de la amenaza de don Juan, para que estuvieseis prevenido contra sus asechanzas. Alvar entregó por equivocación a mi padre el pliego que a vos iba dirigido, y he aquí el origen de las lágrimas que desde entonces he derramado.

Sancha fue interrumpida por la llegada de uno de sus criados, que la entregó un pliego, cuyo contenido era el siguiente:

«Amada Sancha: hoy mismo te espera en el castillo de Bortedo

TU PADRE.»

-Volved a Bilbao, dijo la doncella al mensajero, y disponed una litera que me conduzca a Bortedo; que estén dispuestos también veinte ballesteros para acompañarme, pues dentro de un instante tomo la vuelta de Bilbao.

-Cumpliré vuestras órdenes, señora, contestó el criado, y tomó el camino que había traído.

Sancha enseñó el pliego a su amante.

En aquel instante se oyó la voz de la dueña, que llamaba a su señora en el interior de la casa.

D. Lope se echó la caperuza y preguntó a Sancha en voz baja:

-¿Puedo fiar en vos, en vuestra resolución, en vuestro amor?

-¡Sí, mientras yo viva, os lo juro, Lope!

-Pues nada temáis, fiad también en mí. Si vos sois débil, fuerte soy yo, y comprendo que la mayor gloria del hombre es proteger a una mujer y morir por ella si es necesario, dijo D. Lope Díaz.

Y dirigiéndose adonde le esperaban el escudero y el paje, cabalgaron nuevamente los tres, y tomaron Cadagua arriba.

XI

Los centinelas

Era una noche sin luna; pero la espesa capa de nieve de que se habían cubierto, pocas horas hacía, las montañas, cuya base lame fugitivo el Cadagua, destellaba una claridad tan viva, que el centinela colocado en las almenas del castillo de Valmaseda y el que velaba en las del castillo de Bortedo podían examinar gran parte del terreno que entre ambas fortalezas mediaba.

Reinaba un profundo silencio en toda la comarca; silencio que sólo interrumpía, de cuando en cuando, el ladrido de los perros en el empinado cerro coronado por el castillo de Bortedo.

En la plaza de armas, y en los aposentos bajos de esta última fortaleza, se notaba un movimiento inusitado de peones y caballos, y las máquinas de guerra rechinaban a veces en el interior del castillo.

Algunos caballos, muertos recientemente, a juzgar por el cálido vapor que de ellos se levantaba, eran presa de los lobos y los perros, que se los disputaban obstinadamente en la falda del cerro, a tiro de ballesta de la fortaleza.

-Vive Dios, decía un balletero colocado en un ángulo del muro del castillo, dirigiéndose con la vista a los lobos y los perros que devoraban los caballos, si mi mano y mi ballesta no estuvieran enervadas por el hielo de la noche, no os habíais de regalar tan a vuestro gusto con esos pobres corceles que tan buenos servicios han prestado a mi señor. He ahí, continuó, la recompensa de las fatigas del caballo, y aun de las del soldado, ya sirvan al señor de Bortedo, ya al señor de Vizcaya, o ya al diablo, que cargue con todos los señores.

-¡Alerta, Íñigo!, dijo otro balletero apostado en el ángulo paralelo, interrumpiendo al primero en su soliloquio.

-No hayas miedo que el sueño me rinda, contestó Íñigo. ¡Buena música nos arrulla para dormir esta noche! Mal rayo parta a esas alimañas que no saben cenar sin alborotar, como si las cenadas fuesen ellas!

-Dígame que estés alerta, porque según me ha dicho Martín, el escudero de D. Lope, los corredores que han venido después de anochecer de hacia Valmaseda han traído malas nuevas.

-¿Y no me dirás, Fortuño, qué nuevas son éstas?

-Parece que por allí se preparan a la defensa. En cuanto el de Haro llegó anoche a Valmaseda, comenzó a dar disposiciones para reparar los muros de la plaza y meter en ella bastimentos; y esta tarde, cuentan que ha vuelto de hacia el interior de las Encartaciones, para donde salió por la mañana.

-Dudo mucho que el de Haro pueda contrarrestar las fuerzas que nuestro amo y señor prepara para la embestida. Además de la gente que duerme esta noche aquí, la torre de Ungo y la de Gijano están henchidas de peones y caballeros, y eso sin contar con las fuerzas que los de Bilbao facilitarán a nuestro amo.

-Pues ándese con cuidado el de Vizcaya; que por lo que hace a nuestro amo, si mete la cabeza en el condado, no soltará a tres tirones la presa, mucho más, teniendo por allá buenos amigos, que sí tiene, y estando los de Haro, el padre huido a tierra de moros, y el hijo aún no restablecido del tajo descomunal que nuestro amo le dio en Burgos.

-¿Sabes, Fortuño, que no comprendo la causa de la enemiga que tan de repente ha entrado al de Vizcaya y al de Bortedo? Ello debe ser cosa de la corte, porque allá fueron los más amigotes del mundo, y tornan enemigos irreconciliables.

-No andas descaminado en tus cálculos, Íñigo: cosas de la corte los han desavenido, y tengo para mí que ha de ser por mucho tiempo.

Hablando así ambos ballesteros, habían ido acortando la distancia que los separaba, el uno movido por su curiosidad, y el otro movido por el deseo de lucir su inteligencia en lo que a su señor atañía.

-Departamos bajo, continuó Fortuño, porque nuestro amo y señor tiene malas pulgas, y si llegara a saber que nos ocupábamos en la causa de sus discordias, que dicen procura recatar, amaneceríamos colgados de la almena más alta del castillo. Por el bendito Noé, que cada vez lamento más la pérdida de mi antiguo oficio de paje de lanza de D. Lope, porque, cuando el tal oficio tenía, no necesitaba mendigar nuevas de nadie, como que muchas veces *introduxi me recri in cella sua*, que en romance significa que me colaba en el aposento de mi amo.

-Si muchas sandeces te he visto hacer desde que te conozco, la mayor de todas fue haberte indispuerto con tan buen amo, hasta el punto de que D. Lope te echara de su lado y te confundiera con nosotros, pobres ballesteros, que mientras tú roncabas en lecho bien abrigado y mullido, nos chupábamos los dedos de frío, paseando como ahora, ballesta al brazo, por los adarves del castillo de Bortedo o por los de la torre de Barrondo.

-Te diré, Íñigo, por qué me echó de su lado D. Lope. Siempre fui aficionado al zumaque, y esta afición mía viene de haber oído a mi abuela que todo lo antiguo es bueno. Ya sabes que se me alcanza en achaque de libros: como leñera que en tiempo del bendito Noé había parras, pues aquel santo patriarca inventó sacar el tal zumaque, tuve para mí que el vino, siendo tan antiguo, cosa muy buena debía ser, y cierto que no fue errado cálculo el mío. Cuando mi amo estuvo la penúltima vez en Burgos, fui con él allá, y entonces ya no necesitaba una corambre entera para aplacar mi sed, pues con una docena de copas quedaba satisfecho, porque... écheme la uña el de Haro, si el vino que por allá se gasta no es contemporáneo de su santo inventor: *vinum optimum*, vino que dice bebedme. A nuestra vuelta a Bilbao tuve que habérmelas de nuevo con el chacolí de la tierra, que mal haya él si hacía más que doblarme la sed, y queriendo suplir la calidad con la cantidad, tanto me di a él, que comencé a ponerme calamocano dos veces al día, por lo cual

nuestro amo y señor me mandó dar una buena tunda de azotes, y de paje de lanza me rebajó a simple balletero. Pero volviendo a nuestro cuento de la corte, Martín, que ha estado por allá, y por señas ha traído una buena corambre del añejo de Burgos, que hemos bebido juntos, Martín, digo, hame contado cómo fue la lid de nuestro amo y el de Vizcaya.

-Cuéntame, cuenta, hermano, dijo Íñigo, cada vez más movido a curiosidad.

Y Fortuño le contó, en efecto, lo que ya sabe el lector, es decir, el combate de don Lope Díaz y el de Bortedo.

-Pero ¿no se sabe por qué denostó don Lope Sánchez al de Haro?

-Nada se sabe, Íñigo, nada.

-Mas ¿no se te alcanza algo que ponga más en claro ese misterio, que tan turbio está?

-¿Cómo quieres, Íñigo, que se me alcance nada, si D. Lope, aquí como en Burgos, yace encerrado en su cámara, y no comunica más que con los mensajeros que, a la cuenta, manda a reclutar gente?

-Pues yo tengo para mí que lo que de tan mal talante pone a D. Lope han de ser amores de doña Sancha...

-Córtate la lengua, Íñigo, primero que calumnies a nuestra ama y señora, que lléveme el diablo si no es tan santa como las de los retablos.

-Tales pueden ser sus amores, que lejos de humillarla la ensalcen. Don Lope Díaz bien merece casar, no con la hija del señor de Bortedo, sino con la del rey de Castilla y León.

-Pues aunque así sea, tal es nuestra ama, que lengua de villano que tú eres, no debe mentarla.

-Aquí llegaban de su plática los balleteros cuando vieron destacarse sobre la nieve, en las cumbres de Orrantía, una masa negra que se movía en dirección a Bortedo. Fortuño llevó a los labios una bocina que de su cuello pendía, y un sonido áspero y lúgubre interrumpió el silencio de la noche, repetido a largo trecho por el eco.

Pocos instantes después bajose el puente levadizo, y penetró en el castillo porción de caballeros y peones que acompañaban una litera.

XII

El padre y la hija

Pocos momentos antes de resonar la bocina del balletero, se hallaba Lope Sánchez de Barrondo en su cámara del castillo de Bortedo, sentado junto a una mesa, sobre la cual había diferentes pergaminos y recado de escribir.

Apoyaba el codo en la mesa, y la mejilla en la mano, en actitud meditabunda: unas veces derramaban lágrimas sus ojos, otras,

brillaban de alegría, ora articulaban sus labios amorosas frases, y más tarde murmuraban palabras de venganza.

Fijó la vista en uno de los pergaminos, y levantándose de repente, exclamó radiante de júbilo:

-¡Leguizamón...! ¡Leguizamón! Tú también tienes sed de venganza; pues bien, serás el instrumento de la mía; y luego... cuando no queden más víctimas, será víctima el verdugo.

El señor de Bortedo volvió a sentarse a la mesa, y trazó con suma precipitación las siguientes líneas:

«D. Juan: Graves ofensas he recibido de los de Haro, a quienes un día abrí las puertas de mi casa, arrojando la saña que mi generosidad excitara hasta en mis más generosos amigos; participaron del pan de mi mesa, y hasta derramé por ellos mi sangre: D. Lope Díaz aprovechó mi generosa hospitalidad para tratar de seducir a mi hija; no fue tan noble como vos, que me pedisteis su mano, como a un caballero cumple. Si en algo tenéis mi amistad y queréis que, vencido el enemigo común, os dé la mayor prueba de agradecimiento que puedo daros, ayudadme a vengar las ofensas que he recibido. Poderoso sois, y poderoso soy también: unidos ambos, seremos omnipotentes.

EL SEÑOR DE BORTEDO.»

-¡Martín! ¡Martín!, gritó en seguida, cerrando cuidadosamente el pliego.

Martín apareció a la puerta de la cámara, y Lope Sánchez añadió, entregándole el pergamino:

-A D. Juan de Leguizamón. Di al portador que si mañana no está en Bilbao antes que el sol salga, estará en el infierno antes que el sol se ponga.

No bien volvió a quedar solo, como oyera la bocina del balletero, se acercó con ansia indescriptible a una angosta ventana que caía sobre la poterna del castillo, y dirigiendo la vista hacia el camino de Orrantía, descubrió la gente de armas que se dirigía a la fortaleza.

No hay pluma capaz de describir el sentimiento que entonces experimentó aquel hombre: un temblor convulsivo se apoderó de todos sus miembros: sus ojos brillaron como dos ascuas, buscando un objeto determinado entro aquella masa informe que se iba acercando poco a poco, distinguiéndose cada vez más. Exhaló de repente un grito de alegría, y dio un salto tan violento, que a ser menos angosta la ventana se hubiera precipitado por ella.

Acababa de descubrir una litera, y sabía que en aquella litera iba Sancha, su hija, su ídolo, su tesoro, su felicidad, su vida, el ángel que con su contacto había purificado su alma del cieno de su juventud.

Trémulo y palpitante de emoción, dejó Lope la ventana para salir al encuentro de su hija, mas ésta apareció en aquel instante en el umbral de la puerta de la cámara, y ambos abrieron a un tiempo los brazos, y a un tiempo se oyó la ardiente exclamación de:

¡Hija mía!

¡Padre mío!

«¡Señor!, exclama, al llegar a este punto, el cronista a quien seguimos en esta ignorada historia, tú, que prestas sentimiento al corazón, energía a la voz y luz al entendimiento, préstanos el sentimiento y la energía y la luz que hemos menester para pintar la santa locura de aquel padre y el santo amor de aquella hija. Danos una pluma de las alas de tus ángeles, y el trasunto será digno del original, y no habrá corazón que no palpite ni ojos que no lloren ni labios que no bendigan al que tanto amor infundió en el corazón del padre, tanto amor en el corazón de la hija, tanta inspiración en la mente del cronista!»

Conócese que el Señor desoyó por importuna la plegaria del cronista, pues el pasaje que tras ella viene, más parece escrito con pluma de ganso que con pluma de ángel.

Pero dejando inútiles averiguaciones, sigamos adelante con nuestro cuento, tal cual él sea.

La emoción embargaba la voz a Lope y a Sancha, mas sus apretados abrazos, sus ardientes y repetidos besos, sus lágrimas, y la expresión de su fisonomía, decían más que la palabra, que sin duda es la expresión más incompleta de los sentimientos profundos.

Al fin, fatigados por los esfuerzos del espíritu y la materia, se desprendieron uno de otro, y se sentaron junto a la mesa, sin que Lope separara los brazos del cuello de su hija, como si temiera que un poder invisible viniera a arrancarla para siempre de su lado.

En circunstancias normales no hubiera sido tan profunda la ternura de padre e hija, aun cuando se viesan tras muchos días de ausencia; pero entonces dos sentimientos opuestos daban resultados idénticos.

Lope Sánchez odiaba al de Haro, de quien creía haber recibido una cruel ofensa, y estableciendo un parangón entre aquel mancebo y su hija, en la que el amor no le dejaba ver ofensa alguna, dedicaba a la última todo el amor que había retirado al primero, al paso que Sancha, una vez abierto, el tesoro de amor que su corazón encerraba, lo prodigaba a manos llenas, porque necesitaba amar, ya fuera a su padre, ya a su amante.

Sólo amor, sólo caricias tenía Lope para su hija.

Es imposible narrar el ardiente interés, la prolija curiosidad con que se informó de todos los instantes de la vida de Sancha durante su separación, incurriendo en todas las puerilidades del amor familiar: parecía haber olvidado por completo las ofensas que deseaba vengar, y que hasta la huella de sus pesares se había borrado al contacto de su hija. Mas por un movimiento natural, dirigió la vista al pergamino que le decidiera a solicitar la ayuda de Leguizamón, y que no era otro que el que por equivocación le entregó Alvar en Burgos, y su frente se anubló de improviso, y desapareció la dulce expresión que hacía algunos instantes manifestaba su rostro, y sus labios se comprimieron espantosamente.

-¡Sancha...! ¡Sancha...!, exclamó, ¿qué te ha hecho tu padre para que sin piedad hayas clavado un puñal en su corazón?

-¡Perdón!, ¡perdón, padre mío!, exclamó la doncella, cayendo de hinojos a los pies de su padre, no bien escuchó el apóstrofe que éste la dirigiera. Digna soy de vuestras reconvenciones, pues no he tenido valor para ahogar los latidos de mi corazón, sabiendo que destrozaban el vuestro. ¡Perdón, perdón, padre mío!

Y Sancha, deshecha en lágrimas, apenas osaba alzar sus ojos a los de su padre, para dar más expresión a la súplica, que sin cesar repetía su labio.

Lope contempló un instante la humilde actitud de su hija, cuyo dolor sólo era comparable al suyo, y de repente desapareció la amarga expresión de su rostro, y sus ojos brillaron de amor, y ardientes lágrimas surcaron su mejilla.

¡Yo te perdono, Sancha, yo te perdono, hija de mi corazón!, respondió, alzando del suelo a la pobre joven, a quien tornó a estrechar en su seno, a devorar con sus besos, a inundar con sus lágrimas. Yo te perdono, aunque has lastimado cruelmente el corazón de tu padre... ¡Oh, Sancha, oh, hija mía! Tu padre funda en el amor de su hija todo su orgullo, todo su poder, todas sus riquezas, toda su gloria, toda su ambición, toda su felicidad... ¿Qué le queda, Sancha, qué queda a tu padre, si el amor de su hija se le arrebatara? ¡Ay! ¡Una noche sin día, un desierto sin límites, un invierno sin primavera, un martirio sin palma; eso, eso es lo que queda a tu padre sin tu amor! Ve, hija mía, ve si debo codiciarle, si debo temblar ante la idea de perderlo, si debo odiar a quien trata de arrebatármelo, si debo aventurar mi vida por conservarlo, si merezca perdón cuando me lanzo al crimen en su defensa... ¡Ah, bendito sea el día en que la luz hirió por primera vez tus ojos, porque aquel fue el primero de mi felicidad! Poder, honores, riquezas, todo, todo cuanto constituye la dicha de otros hombres, me había cercado hasta aquel día, y nada había bastado a darme la felicidad que desde entonces he gustado.

-Y nadie podrá arrebatarnos esa felicidad, padre mío, porque yo os amaré como os he amado siempre, como os amo, como vos me, amáis!

-¡Ah!, no, Sancha: no me amas como yo a ti, porque el amor de tu padre es exclusivo, y así es el que yo ambiciono. Bien sé que el mundo llama locura a esta ambición...; pero ¡tú, hija mía, respeta la santa locura de tu padre! Olvida, Sancha, olvida al mal caballero que en cambio de la hospitalidad más generosa y la amistad más leal, quiso arrebatarte a tu padre el único tesoro que poseía.

-Padre mío, no mancilléis así el honor de un caballero. Don Lope Díaz no ha olvidado vuestra generosidad, porque su corazón es tan noble como su estirpe.

-¡Le defiendes, Sancha, le defiendes! Bien me prueban tus palabras que el de Haro me ha arrebatado para siempre tu amor.

Lope Sánchez inclinó la frente sobre sus manos, como entregado a una dolorosa meditación, y tan dolorosa que sus ojos derramaban abundantes lágrimas; pero alzó la cabeza de repente, y añadió con una energía y una altivez que aterraron a Sancha:

-No volverán sus ojos a ver la prenda que ambos codiciamos: fuertes son los muros de este castillo, valientes son los soldados que lo defienden: ésta será tu morada, y si el señor de Vizcaya se cree bastante poderoso para sacarte de ella, las huestes del señor de Bortedo le esperan en el campo. Sed de venganza me abrasa, y Vizcaya ha de ser el manantial que apague mi sed.

Entre las pasiones de Lope Sánchez, sólo había una que a Sancha no le era dado dominar: aquella pasión indomable era la de los celos paternos.

La experiencia había demostrado a la joven que tratar de poner coto a aquella pasión era impulsarla más y más: así, pues, la dejaba siempre abandonada a sus propias fuerzas, por más que aun así se despeñase.

Pocos instantes después de la escena que acabamos de diseñar, se retiraba Sancha de la cámara de su padre.

Lope, que hacía algunos momentos permanecía como absorto en sus proyectos de venganza, dirigió la vista a su hija, que iba a atravesar el umbral de la puerta.

Tiernas lágrimas brotaron entonces de sus ojos; el tirano desapareció, quedando en su lugar el padre.

-¡Perdón, hija mía, perdón, si mis dolores me extravían hasta el punto de hacerte partícipe de ellos!, exclamó a su vez aquel sublime monómano, dirigiéndose a su hija con los brazos abiertos; y sus palabras se perdieron entre el ruido de sus besos.

XIII

El campamento

La luna se hallaba en su plenitud, pero sus rayos sólo de tiempo en tiempo iluminaban los altos montes que aprisionan la plaza de Valmaseda, fuerte entonces, más que por su situación topográfica, por los elevados muros que la ceñían y por las torres y castillos que se destacaban en la cumbre de sus colinas.

El fondo del cielo era límpido y transparente, pero densos nubarrones, interpuestos y vagabundos entre la tierra y el cielo, ocultaban a los ojos del hombre las gracias de la casta diosa.

Aquellas nubes, empero, no eran una masa informe de vapores; parecían la reverberación de objetos terrestres. ¿Quién no ha contemplado las peregrinas formas que a veces toman las nubes, ya les preste el sol diafanidad y colores, o ya, envueltas en el velo de la noche, se distinguen vagas y misteriosas al resplandor de la luna?

La voz del centinela resonaba de continuo en los muros de Valmaseda, y era repetida por los ecos del angosto y profundo valle. También se oía en las montañas inmediatas, donde asimismo era repetida, más que por el eco, por otro y otros centinelas apostados de recuesto en recuesto, de roca en roca, de colina en colina.

En la montaña situada al oriente de la plaza se alzan varias tiendas militares sobre una plataforma poblada de robustos castaños. Diferentes grupos de soldados departen en voz baja, ya calentándose en torno de una hoguera, en la que asan sendos montones de castañas, o ya resguardados del viento, que sopla bastante frío, cabe un árbol corpulento, o en la cavidad de un

torco, cuyo nombre se da en las Encartaciones a la excavación que se hace para carbonizar la leña.

En el interior de la tienda principal hay luz, y a través de la poco tupida lona se distinguen varios caballeros, cuya acción es cada vez más animada.

Antes de penetrar en ella veamos si entre los soldados hay alguno de nuestros conocidos, que pueda darnos noticia de lo que, a tan desusadas horas, conduce a aquella gente a tan agrestes sitios.

Tendido sobre un montón de helecho, contempla un robusto mozo las nubes que van y vienen, y chocan y se confunden y se separan, impelidas por el viento.

-¡Voto a mi abuela, dice, que en mi vida he visto tal! El glorioso san Noé me niegue su gracia bendita, si allá arriba no andan tan revueltos como por acá! O mis ojos no merecen nombre de tales, o allí veo un castillo con su puente, sus baluartes, sus cubos, sus saeteras, sus matacanes y todo, y allá junto a él una llanura donde se dan botes y mandobles de los buenos, porción de caballeros, que, por mi ánima, más trazas tienen todos de cristianos, que de cristianos y moros. ¡A fe de Fortuño, que me pasma cosa tan nunca vista en el cielo! Y no se diga que tengo cataratas en los ojos, pues hoy así he honrado con un sorbo al bendito patriarca, como al zancarrón de Mahoma. Mucho tardan Íñigo y Bautista y Martín, mas fío que no han de tornar a secas.

Aquí llegaba de su monólogo el balletero, cuando se acercaron a él otros tres mancebos, viniendo de hacia las tienda sumamente alborozados. Uno de ellos recataba bajo un abigarrado capuz-sayo una bota, que mal fin haya nuestra historia si no tenía líquido para embriagar a los cuatro.

-Hurto tenemos, Fortuño, dijo el de la bota, mostrando ésta al devoto del patriarca superdiluviano. Dolido de tus ansias, y con ayuda de Íñigo y Bautista, he podido al fin meter mano en la vitualla del real, y henos aquí con esta corambre que hemos de vaciar los cuatro en amor y compañía, pese a nuestro amo, que con sus andanzas no nos ha dejado hoy solazar en ninguna venta del contorno.

-¡Oh, buen Martín!, tú eres mi salvador, que a no ser por este refuerzo, no sé cómo hubiera podido pasar la noche! Dame la corambre, amigo mío, que quiero saludarla con mis ósculos.

Esto diciendo, tomó el soldado la bota, y tan prolongado beso la dio, que sus compañeros hubieron de tirar de ella, tal vez creyendo que a causa de la pez, se le había pegado a los labios.

Íñigo, Martín y Bautista hicieron a su vez la misma salutación, si bien con menos embeleso, porque sin duda habían acariciado a la corambre por el camino, y se tendieron sobre el helecho al lado de Fortuño.

Las nubes que, en efecto, pocos momentos antes tenían la forma de un castillo, en cuyas inmediaciones lidiaban algunos caballeros, se habían ido enrareciendo y tornando informes.

-Malos pronósticos tenemos en el cielo, dijo Fortuño, pasado un corto rato: mirad qué lid tan descomunal figuran los nubarrones que esconden la luna.

Así diciendo, alzó la vista, y entonces vio, no ya un castillo y un combate, sino también palacios, templos, casas, cascadas, ríos, campiñas, bosques, luces, brutos, diablos, brujas, en fin un compendio del mundo con todas sus realidades y quimeras.

Alzaron también sus ojos los otros mancebos, y como nada vieran de cuanto el balletero decía, rieron no poco de éste, y se acabaron de convencer de la excelencia de su hurto, que así hacía ver visiones trasegado en alguna abundancia al estómago.

-Dígoos que no tengo trampantojos ni el mosto se me ha subido a la chola, decía el ex paje de lanza, contestando a las chanzonetas de sus compañeros. Cristiano soy, como el santo Noé mi patrón, y no aficionado a creer en agüeros; mas en verdad os digo, que así va a salirnos bien el golpe de mañana, como la batalla de Alarcos.

-Pues yo os juro, replicó Martín, que mañana lavaremos la sangre del combate, con la vitualla líquida de los de Valmaseda.

-Sí, Íñigo, como que mi amo y señor D. Lope Sánchez ha jurado pasar a cuchillo cuantos vivientes haya a manos en los estados del de Haro, contestó el escudero bajando la voz, temeroso de que los de la tienda le oyeran.

-Paréceme, repuso Íñigo, que a nuestro amo no asiste razón para obrar de esta manera. Que el de Haro ama a doña Sancha, y que doña Sancha ama al de Haro... Lléveme Belcebú si ésa lo es para que andemos a tajos y punzadas cristianos contra cristianos.

-He ahí, saltó Fortuño, cómo se cumple el precepto del Señor: *crescite et multiplicamini*, que significa en romance: retozad, varones y hembras, cuanto os viniere en gana, para que os multipliquéis. El amor, cuya misión es edificar, en esta ocasión va a destruir. Pero mucho me temo que al fin y al cabo venza el de Vizcaya, porque *omnia vincit amor*, que en romance significa: ni el mismo Cid Campeador puede con los enamorados.

-Yo veo, dijo Bautista, que quien se va a llevar la doncella es mi amo...

-Cierto, que el de Bortedo debe habérsela prometido, cuando D. Juan ha consentido en ayudarle contra el señor de Vizcaya.

-Conque ¿tu amo sigue tan enamorado de doña Sancha?

-Cada vez más, amigos; su pasión no es ya amor, es locura, es frenesí, es desesperación...

-Pero yo creo que así casa el de Leguizamón con doña Sancha, como yo, dijo Fortuño: la paloma es para el de Vizcaya, no lo dudéis, amigos míos, sino recordad el agüero de Triano...

-¿Qué agüero dices, Fortuño?

-¿No recordáis lo de los halcones? El de D. Juan y el de D. Lope Sánchez se lanzaron a la paloma que volaba sobre nosotros, trabaron contienda entre sí, y dejaron escapar la paloma, que apresó el halcón del de Haro, en tanto que ellos caían muertos.

-¡Cierto que así pasó!, exclamaron todos los circunstantes.

-Pues entonces se me puso en el magín que a la paloma del de Bortedo ha de dar caza D. Lope Díaz.

Fortuño tomó la bota y volvió a empinarla con entusiasmo, y la alargó a sus compañeros.

-Ea, añadió, *bibite, amici, et inebriamini*, que en romance significa: empinad, amigos, hasta que llaméis a Cristo de tú.

-¡Oh qué lapos te diera el hijo de mi madre, para que dejaras latines!, exclamó Bautista, rechazando la bota.

-Y yo.

-Y yo también, dijeron los otros.

-*Stultus numerus est maximus*, o como diríamos en romance: ¡qué atajo de orates hay en este pícaro mundo!, murmuró Fortuño...

-¡Por D. Jesucristo, dijo Martín, que si tornas a aullar en latín, no vuelve el hijo de tu madre a besar la corambre!

Fortuño se apresuró a besar la bota, por si Martín llevaba a cabo su amenaza, éste hizo lo mismo por imitar al primero, e Íñigo y Bautista imitaron al primero y al segundo por no ser menos que ellos.

La plática de los cuatro amigos hízose cada vez más animada con las repetidas absorciones del líquido contenido en la corambre.

-No me engañaba yo, Fortuño, cuando te decía que amores de doña Sancha eran los que traían de mal talante a nuestro amo.

-Cierto que no anduviste desatinado. Mas tú, Martín, ¿no pudieras contarnos algo, que no sólo nos solazase un rato, sino también nos hiciese saber más a punto fijo por qué vamos a horadarnos el cuero mañana en los muros de Valmaseda?

-Algo, y aun algos puedo contaros; que no en balde sirvo a D. Lope Sánchez más cerca que vosotros.

Ya sabéis que doña Sancha está en Bortedo, llamada por su padre, que a la cuenta no la creía segura en Bilbao, porque tan aficionados son los vizcaínos a sus señores, que hubieran osado tomar rehenes en ella, al saber que el de Bortedo alzaba gente contra los de Haro. Don Lope esperaba sin duda reducir a su hija a que olvidase a D. Lope Díaz; mas ella, que de disimulada tiene poco, le ha jurado una y cien veces que guardará entera fe a su amante, y ved aquí cómo ha llegado a su colmo la ira de nuestro amo. Aun más puedo contaros: encerrada doña Sancha en su cámara desde que llegó a Bortedo, se ocupaba en labrar una banda que halló medio de enviar al de Vizcaya; más como descuidara el dechado y su padre le viera en la cámara, pidiola explicaciones que ella no rehusó, y el resultado de todo ha sido apresurar el de Barrondo la ejecución de sus planes de venganza, jurando tomarla tan grande, que su memoria dure por los siglos de los siglos...

Iba el escudero a continuar su narración, mas se detuvo oyendo roncar a Fortuño, y viendo que también Íñigo y Bautista habían reclinado blandamente la cabeza.

Ira le causó el descomedimiento de sus amigos, y estuvo a punto de despertarlos para que le escuchasen mal de su grado; pero considerando que el día que se acercaba iba a ser harto fatigoso, tornó cerca de su señor con ánimo de saborear asimismo las delicias de Morfeo, que tan gratas son después de haber saboreado las de Baco.

Dejémoslos dormir, soñando con corambres como la que acaban de desocupar, e informémonos de lo que en la tienda pasa.

He aquí los que departen en ella: Lope Sánchez de Barrondo, D. Juan de Leguizamón, D. Pedro de Ayala, D. Íñigo de Ochoa y Gonzalo Pérez de Edillo.

Aún existe la casa solariega de este último, anciano ya en la época a que nos referimos: hállese situada en los límites septentrionales del valle de Mena, que constituía el señorío de Bortedo.

Gonzalo, aunque vasallo de Lope Sánchez, gozaba en aquel país consideración muy alta, por su esclarecido origen, por sus riquezas, y, sobre todo, por las prendas que adornaban su alma. Si su cualidad de vasallo no bastara a justificar el apoyo que prestaba a la desatinada empresa del de Barrondo, aun pudieran aducirse otras razones en su abono. Como Lope, tenía una hija, único fruto de una larga y feliz unión deshecha por la muerte, y único consuelo de su ancianidad. Amábala sí, mas no con el amor fanático y exclusivo que el señor de Bortedo tributaba a la suya. Sabiendo, pues, cuán intenso es el amor paternal, no pudo negar su apoyo a un padre que le reclamaba desconsolado, haciendo valer injurias que en concepto de tal había recibido.

-Mi venganza no puede quedar satisfecha con la destrucción de Valmaseda, decía Lope Sánchez exaltado hasta la locura: necesita talar a sangre y fuego el señorío de Vizcaya, y vive Dios que talado será. ¡Oh, cuán larga es esta noche! Huyan sus sombras y puedan mis ojos contemplar la numerosa gente de armas que corona estas alturas: huya la noche, y a los primeros albores del día descendan, como torrentes desoladores, esas huestes, y destruyendo los muros en que el de Haro libra la defensa de sus estados, elévese en su lugar el cimiento de mi justa venganza. Los muros de Valmaseda son las puertas de Vizcaya: caigan esos muros, y el señorío de Bortedo tendrá por límite el Océano.

-Templad, D. Lope, los ímpetus de vuestra ira, repuso Pérez de Edillo. Permitid este consejo a quien como vasallo os acata, y como padre os compadece. Justo es vuestro enojo: en buen hora toméis venganza; mas no la toméis tan sin acuerdo, que os mancille la sangre con que vuestra mancha queráis lavar.

D. Juan de Leguizamón se esforzaba en combatir las templadas y razonables máximas del anciano, con gran contentamiento del de Bortedo, cuando se oyeron los clarines de la plaza que saludaban el alba.

Un murmullo sordo se alzó en las montañas, como el que acompaña al movimiento de un ejército acampado, y resonaron por todas partes instrumentos bélicos, y en las riberas del Cadagua se oyó el relincho de los corceles, y el chirrido de las pesadas máquinas de guerra, que por la parte del Berrón se habían acercado a la plaza durante la noche.

XIV

El ataque

No se había ocultado a D. Lope Díaz que el señor de Bortedo acometería primeramente a Valmaseda, poniendo todo su conato en conquistarla.

Varias, y todas poderosas, eran las razones en que fundaba su suposición.

Valmaseda, como al mismo Lope Sánchez hemos oído, era la puerta por donde principalmente comunicaban Castilla y Vizcaya: superado aquel obstáculo, el señorío de Bortedo podía ensancharse por las nobles Encartaciones hasta la costa que se extiende desde Castro Urdiales a la barra de Santurce. Además, el de Bortedo podía, digámoslo así, combatir la plaza desde su casa, y dado que fuerzas vizcaínas acudiesen contra las suyas, nada le era más fácil que retirarse a las muchas fortalezas que poblaban su señorío.

Así, pues, el primer cuidado del de Haro fue reparar las fortificaciones de aquel punto, y tal interés puso en ello, que no fiando en ajena actividad, él mismo en persona dirigía operación tan importante desde su llegada de la corte, descuidando, atento sólo a ella, otros muchos recursos de que podía echar mano para contrarrestar la saña de su enemigo.

Las fuerzas que para defender la plaza tenía, no eran, en verdad, numerosas, pero fiaba, no sólo en lo inexpugnable de la fortaleza, sino también en algunos centenares de soldados mercenarios, acostumbrados toda su vida a los azares de la guerra, y a quienes había encomendado la defensa del fortísimo castillo, cuyos restos existen aún al poniente de la plaza sobre un cerro que domina todo el valle.

La defensa del recinto de la población estaba encargada a los vecinos de Valmaseda, que a ello se habían ofrecido, impulsados, no sólo por el instinto de propia conservación y por su amor a sus señores, sino también por la enemistad que, de muy antiguo, reinaba entre ellos y los vasallos del de Bortedo, con quienes sostenían continuas querellas sobre límites de territorio; enemistad que también había aumentado no poco la hueste de Lope Sánchez, así que éste manifestó el intento de atacar a Valmaseda.

Al brillar los primeros rayos del sol ya ocupaba la gente del de Bortedo la circunferencia de la plaza, acercándose en algunos puntos a los muros casi a un tiro de ballesta.

Los sitiadores se habían dividido en cuatro haces, mandadas, a saber, la destinada a embestir por el norte, por D. Juan de Leguizamón, a quien, como hemos visto, acompañaba su amigo D. Íñigo de Ochoa; la de oriente, por D. Pedro de Ayala, señor de Arceniega; la del mediodía, por Gonzalo Pérez de Edillo; y la de poniente, por el mismo Lope Sánchez de Barrondo.

Los defensores de la plaza esperaban impacientes la embestida del enemigo, persuadidos de que habían de contrarrestarla victoriosamente.

Sonó un clarín hacia el lado donde estaba Lope Sánchez, y aquel sonido fue repetido en todo el cerco, y contestado desde la plaza.

Tal fue la señal del asalto.

Una nube de venablos partió súbitamente desde el murado recinto, y se oyó un grito de espanto entre los sitiadores, diezmados antes que tuvieran tiempo para comenzar la agresión.

Terrible, en verdad, fue ésta: en breve los muros y el campo contiguo a ellos se vieron regados de sangre y obstruidos de cadáveres.

Como el único puente que a la sazón enlazaba por el oriente ambas orillas del Cadagua hubiese sido cortado durante la noche por los defensores de la plaza, la gente de D. Pedro de Ayala reunía troncos de árboles y otros materiales para suplirle.

Leguizamón repetía, sin fruto, sus asaltos, en tanto que los de Edillo asestaban ponderosos arietes al muro del mediodía, y lanzaban enormes proyectiles a la población, por medio de sus catapultas.

Dos veces habían penetrado en el recinto los meneses en pos de su anciano jefe, en quien el valor y la humanidad corrían parejas, y dos veces habían sido rechazados con notables pérdidas, cerrándose tras ellos el roto paredón que les diera entrada.

Por todas partes era tenazmente combatida Valmaseda; mas por ninguna tanto como por el lado del castillo, lo que es fácil de comprender, si se atiende a la importancia de aquel punto, y si se recuerda que el mismo Lope Sánchez se había encargado de su expugnación.

Muchos elementos de destrucción contaban los sitiadores, y casi todos habían sido acumulados hacia el lado del baluarte principal, cuya resistencia, dirigida por el señor de Vizcaya, sólo con el ataque se podía comparar.

Arroyos de sangre corrían por todas partes, y los muros estaban rotos por diferentes puntos.

Varias veces había llegado a la barbacana la haz del de Bortedo, pero todas había tenido que retirarse, dejando el foso cegado de cadáveres, y ya se mostraba reacia a obedecer la voz de su jefe, que mandaba repetir el asalto.

Enormes piedras, arrojadas desde el castillo, arrastraban con horrible estrago al torrente que al pie de la fortaleza mugía, a cuantos intentaban trepar por la pendiente del cerro.

Por el lado del norte, era enteramente inexpugnable el castillo. Un regato, que apenas lleva agua en estío, pero que se convierte en río caudaloso en invierno, particularmente cuando las nieves coronan los montes de San Sebastián de Colisa, lame por su base el cerro en que el castillo se hallaba edificado. Tanto para hacer inexpugnable por aquel lado la fortaleza, cuanto para que las aguas no socavasen el cerro, originando un derrumbamiento, a que no poco podía contribuir el enorme peso de las obras superiores, se había, desde muy antiguo, levantado un malecón que, cimentado en el mismo lecho del regato, se elevaba casi perpendicular a la altura del castillo. El vacío que quedaba entre el cerro y el malecón se había terraplenado, resultando así una plataforma perfectamente almenada, que constituía el punto de defensa más importante de la fortaleza.

Ni aun sospechaba el señor de Vizcaya que por aquel punto pudiera intentarse un ataque. No se ocultó esta confianza al señor de Bortedo: viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, hizo conducir sin que los sitiados lo notaran, un pesado ariete para batir el malecón, que calculaba debía hallarse socavado por su cimienta a causa del violento y continuo embate del agua.

Al oír los de la fortaleza los primeros golpes de la destructora máquina que hizo temblar todo el cerro, acudieron al terraplén, y empezaron a desplomar grandes peñas sobre los que asestaban el ariete contra el muro.

Terrible era el estrago que aquellas pesadas masas hacían al descender de una elevación tal, que contemplados desde la plataforma los que estaban al pie del malecón, parecían puntos tan leves como el castillo mismo hubiera parecido contemplado desde las nubes; pero nada bastaba a entibiar el ardor de los sitiadores.

Debilitada algún tanto la defensa del castillo por la parte primeramente atacada, el de Bortedo redoblaba sus esfuerzos para penetrar en el recinto murado; mas no apartaba la vista de la plataforma, calculando las ventajas de los que atacaban el malecón por los esfuerzos y los movimientos de los que le defendían.

Lanzan éstos, de repente, un grito de temor, retirándose los más de la plataforma por un movimiento instintivo, y un trozo del muro se derrumba al torrente con horroroso estrépito, llevando tras sí a los soldados que le coronaban.

Entonces el señor de Bortedo, conociendo que su tentativa podía dar aun más resultados que el de distraer la atención de los sitiados, y el de Vizcaya viendo el inminente peligro de que se hallaba amenazado, corren, el primero al pie del malecón, para activar el ataque, y el segundo a la plataforma, para alentar a sus soldados y resistir con el esfuerzo de la desesperación.

Pero... ¿qué es lo que de repente enciende en ira a Lope Sánchez, y le arranca un grito de indignación, que hace temblar hasta a sus mismos soldados, los que, obedientes a sus órdenes, multiplican sus esfuerzos, arrostrando la muerte que sin cesar siembran entre ellos los defensores del muro? Acaba de ver sobre la plataforma un soldado, un gentil mancebo, un caballero, cuyo pecho ciñe una banda de vivos colores, y el aire, agitado por los venablos que en torno del caballero vuelan y silban y chochan y se cruzan, hace flotar los extremos de la banda.

-¡Vedle allí!, ¡vedle allí!, grita Lope Sánchez dirigiendo su centelleante vista a aquel caballero. ¿No hay espadas, no hay lanzas, no hay venablos que derriben al vil señor de Vizcaya? ¡Vedle allí!, ¡vedle allí!

Y los soldados del de Bortedo, hostigados por su jefe, que les da ejemplo de valor, colocado siempre en el sitio más peligroso, trepan por las ruinas del malecón, pueblan de saetas el espacio, y dan incontrastable impulso a las destructoras máquinas, que deshacen la base del vetusto muro, al mismo tiempo que los de la fortaleza, excitados por el gentil mancebo de la banda, por don Lope Díaz, descargan sobre ellos enormes piedras, trozos de hierro candente, maderos encendidos, almenas de intento arrancadas, y hasta los cadáveres de los que mueren a los tiros enemigos.

Al fin, consiguen subir los de Bortedo a la parte derruida del murallón, y el señor de Vizcaya se lanza el primero a su encuentro y pelea brazo a brazo sobre la misma brecha, y el viento sigue agitando los extremos de la banda que ciñe su pecho, como si el invisible elemento quisiera

excitar la cólera de Lope Sánchez; pero se estremece de repente el muro, revientan sus cimientos ya demasiado débiles para sostener la pesada mole que sobre ellos gravita, y se desmorona por completo, arrastrando entre sus escombros al señor de Vizcaya y a los soldados de uno y otro bando, que peleaban allí encarnizadamente.

Muchos quedan sepultados entre las ruinas, y otros, que son lanzados al torrente, cuyo caudal ha hecho crecer el derretimiento de las nieves de las montañas inmediatas, son llevados por la corriente ensangrentada, perdiéndose, a corto trecho, en los espumosos tumbos del Cadagua.

Entre aquellos cadáveres, se ve flotar en la superficie del agua uno, que Lope Sánchez conoce por la banda que le distingue, exhalando un grito de salvaje alegría.

Por más que el señor de Bortedo haya tomado las fortificaciones exteriores, aún pudieran resistir en el interior del castillo los soldados del de Haro; pero como Lope Sánchez les prometa, no sólo conservar sus vidas, sino también tomarlos a doble sueldo a su servicio, y como se hallan faltos del que los tenía asalariados, abandonan por completo la fortaleza que con tal obstinación defendieron.

El señor de Bortedo se lanzó, al fin, a la población, seguido de su vandálica hueste, y nuevos arroyos de sangre aumentan la corriente del Cadagua: cada calle es un campo de batalla, cada edificio una fortaleza, que mozos, viejos, niños y mujeres defienden; pero, al cabo, la victoria corona los esfuerzos de los invasores, y ni mujeres ni niños ni viejos ni mozos se salvan del acero del de Bortedo, cuya saña se halla más y más excitada por tan heroica resistencia.

Arden casas y templos, y los ayes de los moribundos atruenan el valle mezclados con los salvajes cantos del vencedor.

Entre aquellos hombres de corazón de hierro, sólo hay uno que interpone su débil escudo entre el verdugo y la víctima, que derrama una lágrima por cada gota de sangre que hace brotar el verdugo.

Y aquel hombre es Gonzalo Pérez de Edillo.

Y aquel hombre, así que la plaza queda completamente sometida al señor de Bortedo, cuando los vencedores se preparan a entregarse al descanso, sale con sigilo de Valmaseda, acompañado de algunos de sus más leales servidores, y se encamina Cadagua abajo, salvando la vida de muchos de los que luchaban con las ondas.

¿Salvó también al caballero de la banda? ¡Ay, no!, porque algunos días después apareció a la orilla del río, poco más abajo de Valmaseda, un cadáver horriblemente desfigurado, y cuyo pecho estaba ceñido por una banda.

XV

El peregrino

Ha estallado una furiosa tempestad.

Sucédense casi sin intervalo los relámpagos y los truenos, y el rayo hiere con frecuencia los castaños y los robles.

Un huracán furioso se ha desatado, y los árboles, arrancados de raíz, ruedan por la pendiente de un cerro situado a pocos tiros de ballesta del castillo de Bortedo.

No obstante, tres caballeros están parados en aquel cerro hace ya algunos instantes.

-Señor, dice uno de ellos, cumpliremos vuestras órdenes, pero nos duele en el alma abandonaros así... Exponéis vuestra vida en la empresa que vais a acometer. Yo iré en vuestro lugar...

-No, no, contestó aquel a quien estas palabras se dirigían; necesito verla, necesito hablar con ella...

Y descabalgó en seguida. Poco después no se oía acento humano en toda la comarca; pero los perros de Bortedo ladraban mucho, y hacia una estrada que, después de atravesar el pueblo, conducía al castillo, se oía ruido semejante al que producen los guijarros con que tropieza el caminante nocturno.

-¡Ah del castillo!, gritó, al acercarse a la fortaleza, el que aquel ruido originaba.

-¿Quién va?, preguntó un centinela que velaba en los matacanes.

-Un anciano peregrino que, por amor de Dios, demanda hospitalidad. Hermanos, amparadme pronto, si no queréis que la tormenta acabe con mis débiles fuerzas, contestó el desconocido.

En efecto, era éste un peregrino encorvado sobre su bordón por el peso de los años, cuyo exceso denotaba también la blanca barba que hasta su pecho descendía.

Pasado un corto rato se alzó el rastrillo, y el peregrino penetró en la fortaleza, previo un minucioso interrogatorio, del que resultó que venía de Santiago de cumplir un voto.

Dejemos al peregrino calentar sus ateridos miembros, y secar sus penitentes hábitos al calor de un hogar bien provisto de leña, y veamos lo que al mismo tiempo pasa en uno de los aposentos del castillo.

Una joven dolorosamente enlutada llora sin consuelo en su cámara, sin que basten a contener sus lágrimas el cariño y los cuidados de una dueña, bien entrada en años, que procura consolarla.

Aquellas mujeres son Sancha y la dueña con quien por primera vez la vimos en el santuario de Salcedo.

Si los sucesos que hemos narrado no bastan a explicarnos el llanto de la primera, prestemos atento oído a sus palabras.

-¡Ya no hay para mí esperanza...! dice la hija de Lope Sánchez; sólo en Dios debo buscarla...

-¡Todo se olvida, señora!, responde la dueña. Noble y bueno y galán era el de Haro; mas galanes y buenos y nobles los hay entre los caballeros que os adoran. Joven sois aún, y acaso no está lejano el día en que cure otro amor las heridas que os aquejan, y gocéis placeres que son desconocidos en la soledad del monasterio.

-¡Ay, qué mal conoces a tu señora y amiga! Sólo un hombre y un Dios debe amar la mujer. Muerto el hombre, sólo a Dios debe amar, sólo a Dios debe adorar, sólo a Dios debe pedir amparo... Mi resolución es irrevocable: en la soledad del claustro podré suavizar mis dolores con el bálsamo de mis lágrimas, sin que el tumulto de las ruines ambiciones mundanas en que los hombres se agitan venga a privarme de ese santo consuelo del infortunio.

-Aunque esa esperanza os halague, no debéis entregaros a ella.

-Fío que mi padre no llevará su ceguedad hasta disputar a Dios mi amor, como a los hombres le disputa.

-Las fatales nuevas que así os acuitan podrían ser falsas, pues, a mi entender, no se hallan aún completamente justificadas.

-¡Harto lo están, por mi mal! Todos se hallan conformes en que D. Lope cayó entre las ruinas de Valmaseda, y en que acabaron de extinguir su vida las heladas ondas del Cadagua. Si esa común persuasión no bastara a arraigar la mía, bastaría mi carencia absoluta de nuevas en contrario. ¿Piensas que si viviera D. Lope, no me supondría sumida en el profundo dolor en que me hallo, y buscaría medio de noticiarme su salvación? ¿Crees que mi padre dormiría tantos días sobre esos tristes laureles que ha conquistado en Valmaseda, si no estuviera seguro de la muerte de su enemigo? ¿Puede concebirse que existiendo el señor de Vizcaya, dejara a mi padre reparar pacíficamente los muros de Valmaseda? ¡Ah!, no debo abrigar esperanza.

Esto diciendo, Sancha tornó a derramar abundantes lágrimas, y ella y la dueña guardaron silencio, aterrorizadas por la tempestad que rugía cada vez más furiosa.

-Señora, dijo un paje, apareciendo a la puerta de la cámara, un peregrino que ha pedido hospitalidad en el castillo, desea daros algunas reliquias, cuya virtud quisiera explicaros por sí mismo.

-Guiadle aquí cuando guste, contestó Sancha, doblemente agitada por aquel incidente, que a pesar de ser muy común en aquella época, en que los romeros que iban a Santiago y otros santos lugares, se encontraban en todas partes, en aquel instante tenía para ella un misterio inexplicable.

El peregrino apareció poco después a la puerta de la cámara.

XVI

El parte

En el instante en que el peregrino comparecía a la presencia de Sancha se oyó el escape de un caballo, que, saliendo del castillo, tomó el camino de Valmaseda.

El alcaide de la fortaleza mandaba a Lope Sánchez un pliego, cuyo contenido era:

«Señor: cumpliendo vuestras órdenes de participaros la llegada al castillo de todo forastero que trate de comunicar con mi señora, me apresuro a poner en vuestra noticia que acaba de llegar un peregrino en demanda de hospitalidad, el que ha solicitado ver a doña Sancha, so pretexto de entregarle ciertas reliquias, cuya maravillosa virtud quiere explicarla. Vuestras órdenes serán en todo lo demás cumplidas.»

XVII

Disfraz inútil

-Bendígaos Dios, noble señora, que así acogéis bajo vuestro techo al mísero anciano combatido por la tempestad y extraviado en la aspereza de los montes, dijo el romero, penetrando en la cámara de Sancha.

La turbación de la doncella subió de punto al oír aquella voz, que, no obstante, le parecía el eco lejano y desfigurado de otra voz que un día, sin saber cuándo ni dónde, había herido su oído. Mas como la ancianidad, por débil que sea, posee el privilegio de fortalecer con su presencia y su palabra el ánimo más decaído, la dolorida joven se repuso al punto de su turbación, e indicó un asiento al peregrino, contestando benévola a su saludo.

El anciano dirigió a la dueña una mirada que aquella tomó por una seña para que se retirara, como lo hizo, dejando a su señora sola con el peregrino, cuyo carácter alejaba toda sospecha siniestra.

-¿Habéis llorado, señora?, dijo el romero, que parecía entregado a una violenta emoción que en vano procuraba ocultar; decidme cuáles son vuestras cuitas, y tal vez mi experiencia del mundo y mis deseos de servirlos, consigan dulcificarlas. ¿Acaso lloráis la pérdida de alguna persona amada?

Sancha inclinó la vista, ruborizada a la idea de confesar sus amores a un desconocido, por más que éste fuese un siervo de Dios.

Hubiérase dicho que el peregrino adivinaba la causa de su embarazo, pues añadió, viendo que la joven guardaba silencio:

-¿Habéis perdido en el asedio de Valmaseda algún caballero a quien amabais? ¡Ah!, ¡qué estrago, señora! ¡Cuánta sangre se mezcló aquel día con la corriente del Cadagua!

-¿Os hallasteis allí?, preguntó Sancha, llena de ansiosa curiosidad.

-Sí, respondió el anciano, y a mis esfuerzos debió su salvación el señor de Vizcaya.

-¡Dios mío!, exclamó Sancha, dirigiéndose al peregrino, como si fuese aquel hombre el Dios a quien su labio invocaba. ¡Dios mío!, no me infundáis una esperanza tan dulce, si luego me la habéis de arrebatarme...! Conque ¿vive D. Lope Díaz? Conque ¿os debe su salvación...? No me engañéis, no... tened compasión de mí... Perdonad si me atrevo a dudar de vuestras palabras...

-No dudéis, Sancha, no dudéis... a vuestro lado se halla D. Lope Díaz...

Y al decir estas palabras, el peregrino varió su acento, desabrochó su túnica, mostrando su traje de caballero y una daga que de su cintura pendía, y se quitó la barba que le desfiguraba.

-¡Lope!, exclamó Sancha, arrojándose casi sin sentido en los brazos de su amante, que la estrechó en ellos con delirio.

Y ambos permanecieron largo rato estrechamente abrazados, sin atreverse a articular una palabra, temerosos de turbar, hasta con su propio acento, el inexplicable placer que les embriagaba.

Mas como si un mismo resorte moviese el pensamiento de la doncella y el del mancebo, a un mismo tiempo consideraron los riesgos a que aquel transporte les conducía, pudiendo ser vistos, y a un mismo tiempo se apartaron para tornar ambos a la actitud que tenían antes de descubrirse el supuesto peregrino.

-¡Sancha!, dijo D. Lope en voz baja, vengo a calmar el dolor en que os creía sumida, vengo a mostraros la falsedad de las nuevas de mi muerte, vengo a haceros ver que existo para amaros y protegeros, vengo a cobrar en vuestras palabras, en vuestra hermosura, en vuestro amor, la fortaleza que he menester para luchar con el infortunio que me rodea, para sufrir las amargas pruebas que me esperan. Hubiera podido daros nuevas de mi salvación; pero tantos desengaños he experimentado, tan viles enemigos me cercan, y de tal modo temo comprometer vuestra dicha, que no me he atrevido a fiarme de nadie.

-Decidme, Lope, cuál fue la mano que os libró de la muerte, para que mis labios la bendigan; explicadme qué dio motivo a asegurar que vuestro cadáver había sido encontrado a orilla del Cadagua, decidme, en fin, por qué habéis ocultado a todo el mundo vuestra salvación.

-Envuelto en las ruinas de la fortaleza y arrastrado largo tiempo por la corriente, luché con la muerte, oyendo los lastimeros ayes de aquel pueblo que sucumbía al acero de vuestro padre. Estaban teñidas en sangre las ondas que pugnaban por sepultarme en su seno, y los destrozados cadáveres de mis leales vasallos, de mis valerosos soldados, de mis fieles amigos, pasaban sin cesar por mi lado, llevados por la corriente.

-¡Qué horror!, ¡qué horror, Lope!

-¡Sancha!, nadie puede comprender el cuadro de desolación que a mis ojos y a mi mente se presentaba en aquellos instantes. En medio de aquellas sombras de muerte, en medio de aquel caos de dolores, vuestro recuerdo era la única luz que me guiaba y me daba ánimo para buscar y seguir la senda de la vida, que tornaba a perder tan pronto como la encontraba. Ya en vano me asía a los sauces de la orilla, porque mis fuerzas y mi espíritu desfallecían, y apenas quedaba sangre en mis venas.

«¡Un esfuerzo más, un esfuerzo más y os salváis!» me grita en aquel instante un anciano, corriendo hacia mí, no bien me divisó desde lejos.

Y aquel hombre me tiende la mano, arrojando la furia del río, que amenazaba sepultar en su fondo al que tratase de arrebatarse su presa, y me arrastra a la orilla y, prestándome sostén, me conduce a una aceña donde moraba una honrada familia, que me prodiga los más solícitos cuidados, y da a mi salvador el nombre de Gonzalo Pérez de Edillo.

-¡Pérez de Edillo! ¡Ah!, ¡bendito sea él, Dios mío!

-Conveníame acreditar las nuevas de mi muerte, y por orden mía se vistió mi traje y se ciñeron mis armas a un cadáver bastante desfigurado, para que pudiera creerse el mío. Merced a aquella precaución, han sido curadas en el reposo mis heridas, y mis enemigos se han entregado al descanso, dilatando la prosecución de sus conquistas, y dispongo sin despertar sospechas la defensa de los estados de mis mayores, que fío en Dios y en el pueblo vascongado, han de ser tan libres y tan felices como lo fueron antes de surgir los funestos bandos que los asuelan.

-¡Ah, exclamó Sancha trocando su alegría en la más profunda tristeza, nuevas guerras aún, nuevos obstáculos a nuestro amor, nuevos peligros para vos, Lope!

-¡Sancha, no os entreguéis a esas tristes ideas! La venganza y la ambición de vuestro padre se estrellarán en el impenetrable muro que mis tercios opondrán a su paso en las Encartaciones, y entonces, humillada su altivez y desvanecidas sus locas esperanzas, sólo tratará de conservar el señorío de Bortedo, que ha menester la amistad del de Vizcaya.

Cantaban ya los gallos cuando Lope y Sancha se separaron, como la uña de la carne, con ánimo de abandonar el castillo el primero así que amaneciese.

Al despuntar los primeros albos, llegó Lope Sánchez a Bortedo, seguido de su escudero y algunos otros servidores, y penetró por la poterna, a la sazón que el de Haro solicitaba inútilmente que se le permitiese la salida.

La indignación que el señor de Vizcaya experimentó en vista de aquella negativa, le hizo olvidar el papel de peregrino que hasta entonces con mucho acierto había desempeñado, y su voz, despojada ya del acento tembloroso y débil que caracteriza a la de los ancianos, llegó a oídos de Lope Sánchez, que conociéndola, se lanzó a él rápido y sañudo, seguido de sus criados.

-¡Apoderaos de ese traidor!, gritó: atadle como a un ladrón, y arrojadle de la almena más alta del castillo.

-No será mientras conserve aliento mi pecho, y pueda esgrimir el acero mi brazo, exclamó el de Haro, arrojando barba y túnica de peregrino, y desnudando la daga que llevaba en el cinto.

Terrible fue la lucha que entonces se trabó entre el mancebo y los criados del señor de Bortedo, cuyo esfuerzo multiplicaba éste con su presencia y sus apóstrofes.

Don Lope Díaz se defendió largo rato, a pesar de hallarse poco menos que inerme, y repetidas veces tiñó el pavimento con la sangre de sus enemigos. Pero al fin, agotadas sus fuerzas y acometido por todas partes, se vio desarmado y sujeto por aquellos.

Sancha, que velaba en su cámara, inquieta por las emociones que acababa de experimentar, y más aún por el riesgo que su amante corría dentro del castillo, oye el ruido de la lucha, y corre al sitio

donde ésta se verifica; llega y ve a su amante sujeto por los criados, y oye a su padre repetir aquella bárbara orden de lanzar al mancebo desde lo alto de las almenas. Sus fuerzas, debilitadas por el sufrimiento, se niegan a sostenerla; sus sentidos se conturban, y cae al suelo como un cuerpo inerte exhalando un grito doloroso.

Aquel grito penetró en el corazón de Lope Sánchez como un agudo dardo, y las santas y dulces afecciones del padre sucedieron a la bárbara impiedad del verdugo.

Cuando el señor de Bortedo se hallaba en presencia de su hija, era tan grande su amor, que en su alma no cabía otro sentimiento.

-¡Salid de mi casa!, dijo Lope Sánchez a D. Lope Díaz, acudiendo al socorro de su hija. Derecho me habéis dado a trataros como al villano más ruin se trata; pero quiero probaros una vez más mi generosidad, tratándoos como se trata a caballeros. Si lo sois, como de serlo blasonáis, fío que haréis campo conmigo en el sitio y día que mis mandaderos os señalen. No tornéis a profanar esos santos hábitos disfrazándoos con ellos. Si el peregrino pudiera atravesar el señorío de Bortedo sin ser muerto por mis vasallos, no así el señor de Vizcaya; mas soldados tengo que os guarden hasta donde no hayáis menester su guarda. ¡Hola, ballesteros! Acompañad a ese mancebo hasta que salga de mi señorío.

Pocos instantes después se dirigió hacia las Encartaciones D. Lope Díaz de Haro, escoltado por los soldados de Lope Sánchez, los que despidió a corta distancia de Bortedo, donde encontró a Ordoño y su paje de lanza, que le esperaban con su caballo.

XVIII

Vino, latín y una muchacha

La posada de Lope Sánchez era una torre almenada, que ampliada y convertida en soberbio palacio más de un siglo después, aún se ve al entrar en Valmaseda por la puerta de Mena.

Fortuño, Íñigo, Martín y Bautista departen con mucho seso en el piso bajo, sentados junto al hogar en que arden haces enteros de madroños, o bortos, como allí se llaman, los que renueva de cuando en cuando una moza fornida, colorada como una rosa y áspera como un espino, que contará hasta veinticuatro años, y que es, ni más ni menos, aquella Jimena que en otro tiempo servía en la venta de Salcedo; la cual Jimena había pasado hacía poco a servir al hidalgo en cuya casa se alojaba el de Bortedo.

-Pues yo creo, decía Bautista, que don Lope Díaz está tan muerto como la liebre que cuece en esa olla. Sería su alma la que visteis en Bortedo la noche que tan de prisa salió para allá nuestro amo.

-Dígoos que está tan vivo como nosotros, repone Martín, un tanto enfadado por la incredulidad de sus compañeros. Yo mismo le arranqué la daga con que se defendía, y por señas, que aún ha de haber en mi cuero, prueba de que se las había como vivo.

-Pues en ese caso guerra larga tenemos, lo cual no me place mucho, porque cuanto menos vida tengo, más temo perderla, dijo Íñigo.

-Pues yo, añadió Fortuño, no sólo quisiera huir los riesgos y fatigas de la guerra, sino también arrojar las armas que demasiado tiempo he llevado, y vivir en la quietud de los campos.

-Buena es esa vida, dijo Íñigo; mas para que lo sea, convienen algunos haberes y mujer hacendosa y no fea que cuide de la casa y dé solaz en ella.

-Algunos haberes tengo; que no ha consumido mi afición al zumaque todos mis sueldos ni toda la hacienda que mis padres me dejaron. Tocante a mujer, si esa ingrata Jimena me amara...

Fortuño se interrumpió al ver entrar a Jimena, que se inclinó al fuego a añadir agua a la olla que allí hervía, y a atizar la lumbre.

-¡Oh, Jimena!, añadió el balletero, dirigiendo la vista al seno de la doncella, que dejaba entrever el justillo, desajustándose con motivo de aquella inclinación; no aticéis el hogar, que harto calor da el fuego de vuestros ojos. Hacedos acá y sentaos a mi lado, que quisiera hablaros en puridad.

-¿Calor os doy, y a vuestro lado me queréis?, replicó Jimena. No es prudente poner fuego cerca de estopas.

-¡Jimena! Mariposa soy que quiero morir en vuestra llama... Por el santo Noé, que os sentéis a mi lado.

Y así diciendo, el balletero asió por la cintura a la moza, pugnando por atraerla hacia sí; pero Jimena alzó la vasija que tenía en la mano, casi llena de agua, y derramó toda ésta por el pescuezo de Fortuño.

-¡Centella de Dios!, exclamó el balletero, soltando la moza.

-Así, dijo ésta, iré templando el fuego que os abrasa.

-*Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem...* que significa en romance: toda el agua con que muele un molino, no puede apagar el amor.

-Curo poco de amores de repente engendrados, replicó Jimena.

-¡De repente engendrado mi amor! ¿No recordáis, Jimena, que ya penaba por vos el hijo de mi madre cuando servíais en la venta de Salcedo? ¿No visteis mi alegría cuando os encontré aquí el día que tomamos la plaza al de Vizcaya? Sabed, Jimena amada, que como las armas me sean asaz pesadas ya, y allá en Salcedo tenga cuatro terrones y una choza que heredé de mis padres, pienso trocar esta vida por la de labriego, y con tal que vos queráis ayuntaros conmigo como Dios manda, más que marido, un esclavo tendréis en mí.

-Huélgome al fin en creeros, contestó Jimena; mas me desplace vuestra afición al vino. ¡Yo marido borracho...! No será mientras a Dios plazca la castidad.

-¡Oh, ignorancia de los entendimientos vulgares! ¿Así honráis al precioso licor escogido entre todos los licores para significar la divina sangre del Cordero? *Agnus Dei...*

-Dejad latines, y juradme en lengua vulgar no volver a beber vino; que si vuestro juramento cumplís, yo os le hago de ser vuestra mujer...

Los compañeros de Fortuño se escandalizaron del terrible sacrificio que la moza imponía al ex paje.

-Pidiéraisme, tirana doncella, cuanta sangre hay en mis venas, y no que no vuelva a probar el zumaque, dijo Fortuño. ¿No sabéis que ha muchos años, ni un día he podido pasar sin suavizar el garguero con este divino néctar, en cuyo elogio baste decir que de los moros es desdeñado?

-Dueño sois de no hacerme la promesa, que os exijo, mas también lo soy de dar la mano a otro mancebo que me requiere de amores...

-¡Mala centella...! ¿Y quién es ese bellaco, quién, Jimena?

-Impórtaos poco el saberlo. ¿Me prometéis no beber vino?

-¡No haré tal, Jimena, no haré tal!

La doncella se inclinó para atizar el fuego y Fortuño añadió con exaltación:

-Sí, yo os prometo cumplir vuestro gusto, aunque la sed me ahogue y la melancolía me mate.

-¡A cuánto obliga el amor!, exclamaron a un tiempo los amigos de Fortuño, horrorizados del enorme sacrificio del ex paje de lanza.

-Si así lo hacéis, dijo la moza, mujer tendréis amante y honrada; que agradecida soy con quien me sirve.

Y salió de la cocina, cantando:

Sirve, galán, a tu dama,
Porque siempre se pagó,
Entre damas y galanes,
El amor con el amor.

Poco después tornó con un cántaro de vino añejo de la Rioja, que colocó entre Íñigo, Martín y Bautista, los cuales, sorbo tras sorbo, le fueron desocupando con tanto placer suyo, como envidia y pesar de Fortuño, que percibía sin cesar el aroma del añejillo, y tuvo que acompañar con agua la liebre que dijimos hervía en una olla.

XIX

Para un traidor, un leal

Mientras pasaba en el piso bajo de la torre lo narrado en el capítulo anterior, Lope Sánchez de Barrondo meditaba en uno de los aposentos altos, sentado en un ancho sitial, con la mejilla apoyada en la mano, y la vista fija en un reloj de arena colocado en una mesa que delante de él estaba.

D. Juan de Leguizamón penetró en la estancia, y al verle se levantó Lope con la más viva ansiedad.

-D. Juan, le dijo, vuestra tardanza me inquietaba; temía que los encartados hubiesen detenido vuestro paso: ¿traéis buenas nuevas?

-Malas solamente os las puedo dar, contestó Leguizamón.

-¿Qué piensan los vizcaínos?

-Que no osaréis dar un paso más en vuestra conquista.

-¡Vive Dios, que se engañan!

-Parciales y enemigos del de Haro están resueltos a defender el condado de Vizcaya. ¿Recordáis la alianza de los caballeros de Bilbao cuando el de Haro quiso entrometerse en nuestras contiendas?

-La recuerdo, D. Juan.

-Pues tal es la que han hecho ahora para defender al que entonces combatieron. Vanas han sido mis razones para disuadirlos de su intento, y hasta ha llegado la audacia, no sólo de mis enemigos, sino también de los que hasta aquí han sido mis mejores amigos, a decirme que soy indigno de llevar nombre vizcaíno, puesto que en vez de defender a mi país y a mi señor, contra mi señor y mi país tomo armas. Y tienen razón, D. Lope, preciso es confesarlo. Por grandes que sean los agravios que el de Haro os haya hecho, y por desleal que haya sido para con vos su conducta, mi deber era defender a mi país, lejos de atacarle.

-D. Juan, si el apoyo que me habéis dado os pesa, libre sois de no volver a dármelo. El señor de Bortedo tiene demasiado orgullo para tolerar que se le echen en cara los servicios que se le prestan, y es bastante generoso para sacrificar su propio interés al ajeno.

-No es mi intento dejar de servirlos, don Lope, ni me pesa haber comprometido mi honor y perdido mi valimiento en Vizcaya abrazando y sirviendo vuestra causa; mas sí quiero haceros conocer hasta qué punto soy vuestro amigo, mostrándoos lo que me cuesta el serlo.

-Agradecido soy, y ya os dije, al pedirlos auxilio, que recompensaría vuestros servicios, repuso el de Bortedo procurando dominar su enojo. Si un día necesitáis mi ayuda para luchar con vuestros enemigos, no olvidaré que me ayudasteis a luchar con los míos.

-Tal vez habré menester esa ayuda, según las enemistades que contra mí se concitan; mas otra es la recompensa que mi corazón desea. Si un tiempo os negasteis a contraer conmigo lazos más

estrechos que los de la amistad, quizás porque no tenáis bastantes pruebas de mi adhesión, fío que, no me negaréis la dicha que ha tanto tiempo anhelo: la mano de vuestra hija.

-¡Mi hija...! ¡Sancha...! ¡Jamás, don Juan, jamás...!

Todo el odio, toda la ira, toda la indignación de que un corazón es capaz, se agitó por un instante en el corazón de Lope Sánchez.

-Olvidábaseme deciros que los vascongados se hallan muy gozosos con la noticia que entre ellos corre, de haber sido llamado a la corte D. Diego López de Haro, que, como sabéis, permanecía en tierra de moros. Cuéntase que con motivo de haber salvado la vida, en una batalla dada en el reino de Valencia, a D. Pedro de Aragón, éste ha intercedido con el rey de Castilla, su aliado, para que le torne a su gracia, a lo cual ha accedido de buen grado D. Alfonso. Créese que D. Diego obtendrá, en cuanto llegue a la corte, recursos con que acudir a la defensa de sus estados...

-¡El infierno se conjura contra mí...! exclamó Lope Sánchez, dando una patada en el suelo e interrumpiendo a D. Juan.

No se había equivocado éste: aquella noticia era más eficaz que todas sus súplicas para que el señor de Bortedo se mostrase propicio a su deseo.

Lope Sánchez, que estaba a punto de romper por completo con su aliado, consideró que entonces más que nunca necesitaba amigos, y procuró contener su enojo, si bien no tuvo valor para prometer terminantemente la mano de su hija a D. Juan.

-Perdonad mis arrebatos, dijo a éste, alargándole afectuosamente la mano. Seguid prestándome vuestra ayuda, que no tendréis por qué acusarme de desagradecido. Vuestra influencia en Vizcaya es demasiado grande, para que la hayáis perdido completamente. Haced uso de ella, cread entre los vizcaínos un partido que secunde nuestros esfuerzos, y no dudéis de nuestro triunfo. El de Haro anhela la mano de mi hija, y si mis estados conservan los estrechos límites que hoy tienen, habré de dársela para conservarlos; mas una vez ensanchado por las Encartaciones el señorío de Bortedo, y conquistada con liberales franquicias la amistad de los encartados, mis fuerzas acrecerán cuanto disminuyan las de Vizcaya, y mi voluntad será entonces libre.

-Fiad en mis esfuerzos por serviros, mas temo que no tengan el suceso que ambos deseamos, si la astucia no suple a la fuerza.

-Dado que me apodere de las Encartaciones, lo que no dudo conseguir, ¿creéis que podré conservarlas si vuestros temores se realizan, si D. Diego acude en ayuda de su hijo?

-Muchos son los castillos desguarnecidos que en las Encartaciones existen y, una vez fortalecido en ellos, todas las huestes castellanas y vizcaínas no bastarán a quitaros su posesión.

-Tenéis razón, D. Juan, y quiero seguir vuestro consejo. Es menester aprestar todas nuestras fuerzas para penetrar en seguida en las Encartaciones, lo cual no será difícil, a pesar de los tercios enemigos que vigilan nuestros movimientos, y de los que puedan acudir del interior de Vizcaya.

-Esa empresa, tal como vos intentáis llevarla a cabo, no es tan fácil como pensáis: merced al incógnito con que he hecho mi incursión al señorío, he podido sondear la opinión de los encartados, y saber la gente que ocupa el país. El de Haro ha establecido sus reales en el solar de Montehermoso, en el valle de Salcedo, y desde allí excita el entusiasmo de los naturales del país, que están resueltos a alzarse en masa así que un soldado del de Bortedo ponga el pie en las Encartaciones, y allí reúne numerosos tercios que cada día llegan del interior, enviados por las hermandades. Así, pues, la lucha sería larga y el triunfo dudoso, mandando los enemigos de Lope Díaz, mas el desaliento y el desorden cundirían entre las huestes vizcaínas si su señor y caudillo dejara de existir...

-¡D. Juan, no os comprendo!, exclamó Lope Sánchez, interrumpiendo a Leguizamón, cuya proposición comprendía, no obstante, según la indignación que apareció en su rostro y la noble altivez con que irguió su frente.

-Al de Haro disteis un día generosa hospitalidad en vuestra casa, y depositasteis en él vuestra confianza, y a todo faltó villanamente... ¿Qué nombre merece el que así abusa de la hospitalidad y de la confianza?

-El de traidor.

-Quien a yerro mata, a hierro debe morir...

-O para un traidor, un traidor, ¿no es verdad?

El enojo que en Lope Sánchez había excitado momentos antes la petición de don Juan buscaba un pretexto para estallar.

-¿Y queréis que ese traidor sea yo?, continuó Lope. Vive Dios, D. Juan, que en vos estoy viendo el más ruin que de Judas acá ha nacido de mujer. ¿Tan valiente sois que, pagando un asesino, queréis desembarazaros del que os disputa una dama? Sabed que Lope Sánchez de Barrondo tiene espada y lanza, mas no puñales para vengar las injurias que recibe, como a probároslo está dispuesto: sabed que la hija del señor de Bortedo, noble y honrada como su madre, jamás será del que trata de armar asesino a su padre, cuyos progenitores armó caballeros el ungido del Señor: sabed que el señor de Bortedo no quiere vuestra ayuda en la empresa que ha acometido, porque, salga vencido o vencedor, quiere lidiar como caballero: y sabed, en fin, que si vos y los vuestros no os alejáis de Valmaseda antes de dos horas, vos y los vuestros seréis pasados a cuchillo y arrojados al Cadagua antes que el día aparezca.

-¡D. Lope...! murmuró Leguizamón, a quien la cólera y la sorpresa habían embargado la voz hasta entonces; pero el señor de Bortedo le interrumpió con iracundo acento.

-¡Callad, traidor, callad!

Y como D. Juan prorrumpiese en imprecaciones y amenazas, Lope Sánchez gritó con voz atronadora:

-¡Hola, mis servidores! Poned una mordaza a ese mal caballero, y echadle a palos de mi presencia.

Los criados de Lope Sánchez se pusieron en actitud de obedecer a su señor.

D. Juan, que había desnudado su espada, creyó inútil toda resistencia, y salió a la calle, diciendo al de Bortedo:

-¡D. Lope, yo os juro que vuestra hija será mía!

Una hora después salían él y su gente por la puerta de las Encartaciones. Caminaron río abajo un corto trecho, vadeando el Cadagua por un pontón con que habían sido enlazadas ambas orillas durante el cerco de la plaza, ganaron con mucho silencio las montañas que están al oriente de ésta, y tomaron la dirección de Bortedo.

Pocos momentos antes habían salido por la misma puerta dos mandaderos de Lope Sánchez, con órdenes de éste y encargo de concertar con el de Haro el día y el sitio en que debía verificarse el duelo pendiente entre el padre y el amante de Sancha.

Pocos instantes después que Leguizamón y su gente salieran por la puerta de las Encartaciones, salió por la de Mena Gonzalo Pérez de Edillo, informado de lo ocurrido con D. Juan y acompañado de hasta doscientos soldados.

Y, poco más o menos, a aquella hora dormían como dos bienaventurados Íñigo y Martín, y el pobre Fortuño meditaba acerca de los saludables efectos del vino, lamentaba los desvelos del amor, y buscaba en el *Ars amandi* del sublime narigudo algún medio de conquistar el corazón de Jimena, prescindiendo del terrible sacrificio de no volver a probar el zumaque.

XX

Golpe en vago

Era la noche muy oscura, y sólo turbaban su pavoroso silencio los primeros cantos del gallo, la dolorida voz del cárabo y el ruido de los arroyos, que unas veces parecía acercarse, y alejarse otras, según el lado de donde el viento soplabá.

Aquí y allí se descubrían algunas luces en los montes comprendidos en el señorío de Bortedo, las cuales indicaban otras tantas oyas, nombre que se da en aquel país a la leña puesta en combustión en los torcos; y allá en la ribera del Cadagua brillaban las chispas que se alzaban de la fundición de las herrerías, formando su conjunto una columna ígnea, compacta al principio, mas dividida luego en millares de lucecillas que el viento dispersaba y hacía vagar en todas direcciones, como otras tantas estrellas desprendidas del cielo.

D. Juan de Leguizamón hizo alto con su gente en un cerro no muy distante de Bortedo, y puso en conocimiento de los suyos cuáles eran sus proyectos. Reducíanse éstos a penetrar en el castillo validos de su carácter de aliados de Lope Sánchez, y apoderarse de Sancha, la cual llevaría a las Encartaciones y ocultaría allí, por cuyo medio le sería dado imponer su voluntad al señor de Bortedo, que según él, había acusado de traidores y cobardes a todos los que componían su hueste.

Exagerando las ofensas que decían haber recibido todos del señor de Bortedo, logró excitar la cólera de su gente, que le juró secundar sus deseos, arrojando cuantos peligros se opusieran a ello.

Y en efecto, a corto rato, las puertas de la fortaleza fueron abiertas al traidor, que penetró por ellas con triples fuerzas que las que guarnecían el castillo.

Sancha oyó desde su cámara el nombre de D. Juan, y exhaló un grito de terror.

Siempre se lo había inspirado la presencia de aquel hombre, mas nunca en tanto grado como entonces.

Pocos motivos racionales tenía a la sazón para temer las violencias de D. Juan, siendo éste el más decidido aliado de su padre, y hallándose en su propia casa, defendida por numerosos y leales servidores; pero una voz interna la decía que grandes infortunios la esperaban, que aquella noche iba a ser víctima de traidores planes.

Un tiempo se había encontrado en Bilbao lejos de su padre y cerca de D. Juan, contemplando la exasperación y enemistad de éste, y viendo a aquel desprevenido contra las maquinaciones de sus enemigos, y, sin embargo, entonces no había temblado ni temido a D. Juan, como aquella noche temblaba y temía.

El corazón tiene, como la inteligencia, una divina antorcha que alumbra nuestro paso por las tinieblas de la vida.

Los soldados de Legizamón fueron ocupando poco a poco los puntos más importantes de la fortaleza, sin abandonar sus armas, y aparentando satisfacer así su curiosidad.

Era el alcaide del castillo un anciano que amaba y respetaba a Sancha, como amaba y respetaba a Lope Sánchez, cuyas órdenes obedecía siempre ciegamente. Como saliera a recibir a D. Juan, y a prestarle su respetuoso homenaje, como al amigo y valedor más poderoso de su señor, le dijo Legizamón, procurando ocultar la ira que, al nombrar a Lope, se traslucía en sus palabras:

-D. Lope me envía aquí para que acompañe a su hija a Valmaseda, donde cree debe hallarse más segura y menos triste que en este sombrío y solitario castillo. Decidla, pues, que disponga lo conveniente para la partida, que debe ser inmediata, conforme a las órdenes que de D. Lope traigo.

-Señor, contestó el alcaide, temeroso de ofender a D. Juan, dudando de la sinceridad de sus palabras; D. Lope, mi amo, os habrá dado por escrito la orden que me mandáis transmitir a mi señora, porque sólo así me tiene mandado obedecer las suyas en su ausencia.

-¿Acaso D. Juan de Legizamón ha menester documentos escritos para hacer valedera su palabra? Despachad, buen viejo, si no queréis que yo mismo vaya a despertar a vuestra ama, replicó D. Juan, dejándose arrebatar por la cólera de que su pecho estaba lleno.

-No lo haréis, señor, contestó con humildad el anciano, no lo haréis, pues fío en vuestra hidalguía y en la amistad que a mi señor profesáis; mas si alguien intentase desobedecer las órdenes de mi señor, mi deber es hacerlas respetar y cumplir.

-A cumplirlas vengo, lejos de desobedecerlas. Es preciso que vuestra ama salga de Bortedo antes de amanecer.

-Os juro que no la dejaré salir mientras otras órdenes no reciba.

-¡Villano!, exclamó D. Juan, perdiendo enteramente la paciencia con aquellas dilaciones y contrariedades. Vive Dios que no sé cómo sufro vuestra insolente audacia.

-D. Juan, respetad la autoridad que en este castillo ejerzo, y las canas que veis en mi cabeza, dijo el anciano, indignado de la brutal insolencia de Leguizamón.

-Veréis cómo respeto vuestras canas y vuestra autoridad, replicó D. Juan, desnudando la espada y preparándose a herir al alcaide. Éste puso mano a la daga que pendía de su cinto y paró con ella los primeros golpes del agresor.

Al oír el choque de los aceros y los gritos que ambos contendientes daban, acudieron al sitio del combate muchos soldados de una y otra parte y se trabó una sangrienta lucha, en la cual daban ejemplo de valor a sus gentes lo mismo el anciano que D. Juan de Leguizamón; pero las fuerzas de este último eran superiores a las del primero, y así que cundió la alarma por la fortaleza, los soldados de D. Juan, validos de su superioridad, tanto en número como en armas, pues los de Bortedo fueron cogidos tan desprevenidos y acometidos tan inopinadamente, que ni ofensivas ni defensivas las pudieron tomar, arrojaban por las almenas a estos últimos y los sacrificaban a mansalva en todas partes.

D. Juan y los que lidiaban a su lado pugnaban por penetrar en la cámara de Sancha, pero el alcaide y los suyos les impedían el paso, luchando con heroico esfuerzo.

Al fin el anciano, cubierto de heridas, falto de sangre, y por consecuencia de fuerzas, cayó al suelo: un instante después holló D. Juan su cadáver, penetrando en la cámara de Sancha, a quien encontró desmayada en brazos de la dueña, y la guarnición del castillo estaba completamente vencida.

-¡Arda el castillo!, gritó D. Juan, en tanto que por sus órdenes se disponía una litera para conducir a Sancha, que permanecía inanimada como un cadáver.

Y poco después, el bárbaro raptor, seguido de sus huestes, huía con su presa, y las llamas empezaban a devorar el castillo de Bortedo.

Doscientos pasos se habrían alejado de éste aquellos traidores, cuando a la luz del incendio vieron que se dirigían precipitadamente hacia ellos porción de caballeros y peones de hacia la parte del Berrón.

Un anciano venerable era el caudillo de aquella gente.

D. Juan conoció al punto que se las iba a haber con Gonzalo Pérez de Edillo.

-¡Deteneos, traidores, ladrones e incendiarios!, gritó éste, lanzándose con sus soldados, veloz como el rayo, sobre la hueste de D. Juan, sin reparar en su superioridad numérica.

Muchas veces se habían peleado obstinadamente en los campos de Bortedo; muchas veces habían sido regados con sangre aquellos oteros y aquellas campiñas, mas nunca como aquella noche fatal.

Las llamas que reducían a ceniza el castillo iluminaban amarillentas y tristes aquellos campos hasta muy larga distancia, y hacía cerca de media hora que peleaban a su luz los de Leguizamón y los de Edillo, sin que su ardor se hubiera entibiado, ni estos últimos hubieran podido ganar un palmo de terreno para acercarse a la litera en que se hallaba Sancha, cuyo rescate era el primer objeto de sus esfuerzos.

Heridos o muertos la mitad de los soldados de Gonzalo, porque los contrarios eran seis veces más que ellos, los restantes estaban próximos a abandonar su empeño, a pesar de que su jefe quería sostenerlo hasta alcanzar el triunfo o perecer todos en la lucha.

Pero cuando Gonzalo desesperaba completamente de libertar a Sancha, cuando comenzaba a comprender que sacrificaba éste vilmente la vida de sus soldados, y cuando el alba mostraba sus primeros resplandores, oyose una gran vocería hacia el lado de la población, y multitud de campesinos, que al dejar el lecho habían visto el incendio del castillo y se habían enterado del rapto de Sancha, se precipitan al sitio del combate, armados de hachas, y cercando por todas partes a los de Leguizamón, en unión de los de Gonzalo, prestan esperanzas y nuevos bríos a estos últimos, y muy pronto se ven los raptos encerrados en un estrecho círculo, dentro del cual sucumben a centenares.

-Triunfarás, pero no gozarás de tu triunfo, grita D. Juan desesperado, dirigiéndose lanza en ristre a Gonzalo Pérez de Edillo.

Y se empeña entre los dos caudillos el más porfiado combate.

Viejo es Gonzalo, pero a una constitución robusta y una salud conservada sin intervalo por una vida sobria y laboriosa debe todo el vigor de la juventud, al paso que D. Juan, acostumbrado a los goces del sibarita, a todos los vicios que aniquilan el cuerpo y el alma, siente, joven aún, toda la debilidad de la vejez.

Muchas veces embistieron ambos, sin que ni uno ni otro alcanzase ventaja alguna; mas al fin, el de Edillo dio un bote tan terrible a su contrario, que éste cayó del caballo, y entonces sus soldados huyeron despavoridos en todas direcciones, siendo muertos gran parte de ellos, durante la fuga, por los campesinos, que en seguida fueron a apagar el incendio del castillo, cuyos estragos habían sido ya horribles.

Una hora después, el de Edillo tornaba con Sancha a Valmaseda, de donde saliera la noche precedente, adivinando los planes de D. Juan por esa penetración que se adquiere con los años y la experiencia del mundo.

Cuéntase que en Valladolid había un clérigo muy aficionado a los placeres de la mesa.

Aquel siervo del Señor sabía que la voluntad de éste era que comiera para vivir, no que viviera para comer, y sabía también por el evangelista S. Lucas, *que el siervo que supo la voluntad de su Señor, y no se preparó ni la cumplió, llevará muchos azotes*. Pero, como quisiera vivir para comer, y no quisiera llevar muchos ni aun pocos azotes, buscaba un medio de eludir la voluntad del Señor sin sufrir la pena anunciada por el Evangelista.

Echose, pues, a discurrir, y habiendo pasado mucho tiempo exprimiendo inútilmente su inteligencia, dio al fin con uno que le pareció a pedir de boca, y que puso en práctica inmediatamente.

Decía misa a las once, cerraba la iglesia, y se encaminaba a su casa con las llaves en la mano. Al llegar a la puerta de un jardín que precedía a la de su morada, guardaba las llaves en una faltriquera rota, y tan rota que se le perdían antes de atravesar el jardín.

Apenas llegaba a casa, buscaba las llaves de la iglesia para dárselas a guardar al ama, y como no las encontrara, tomaba en su busca, y así que daba con ellas iba a mandar preparar un opíparo banquete *en celebridad de haber recobrado las llaves de la casa del Señor*.

Esta conseja explica la conducta de muchos hombres, y acaso podrá también explicarnos por qué los servidores de Lope Sánchez de Barrondo celebraban con un banquete los sucesos que hemos narrado en el capítulo anterior.

Lope había perdido su más poderoso aliado, el castillo de Bortedo había sido presa de las llamas, su guarnición había sucumbido al acero de D. Juan, habían muerto la mitad de los soldados de Gonzalo y Sancha se hallaba enferma de resultas de sus padecimientos durante aquella noche. ¿Qué era, pues, lo que celebraban Martín, Íñigo y Fortuño, compañeros inseparables?

Celebraban la salvación de su querida ama y señora doña Sancha.

Se hallaban en Valmaseda, en la misma cocina donde vimos a Fortuño abrasado de amor por Jimena.

Íñigo y Martín vaciaban con frecuencia sendos vasos de vino riojano, pero Fortuño yace abatido y triste, algo separado de ellos, a fin de percibir lo menos posible el aroma del precioso licor que le está vedado probar, y Jimena contempla con maligna sonrisa aquel suplicio de Tántalo.

¡Pobre Fortuño! Cuatro días ha que el vino no refocila su estómago, y cuatro que un profundo abatimiento se ha apoderado de él.

¡Pobre Fortuño!, sus ojos, antes alegres, han perdido su brillo, y sus labios, siempre risueños, no han vuelto a sonreír ni a articular una de aquellas alegres frases que mostraban el buen humor del ex paje, aun en las circunstancias más críticas.

¡Pobre Fortuño! Cuatro días ha que no bebe vino, y cuatro que los minutos le parecen horas, y las horas días, y los días meses; cuatro que el sueño huye de sus párpados; cuatro que el pan es para él ingrato, y desabrida la carne; cuatro que no comprende cómo pudo haber hombres felices antes

de Noé; cuatro que aquel santo patriarca le parece el bienhechor más grande de la humanidad, el sabio entre los sabios, el santo entre los santos.

Cien veces ha estado a punto de quebrantar su juramento, pero cien veces ha alzado la vista y contemplado las gracias de Jimena, y el amor ha alcanzado la victoria más grande de cuantas en sus fastos cuenta.

-Vamos, Fortuño, dice Martín, alzando un vaso lleno de vino, que contempla al trasluz; alégrate, regocíjate, que ya somos de tu opinión. El fruto de la vid es el mejor que produce la tierra. De hoy más tributaremos adoración a su santo inventor. ¡Qué sabor, qué color, qué fragancia tiene este divino néctar!

Y el escudero desocupó el vaso, deleitándose en paladear su contenido.

Los ojos de Fortuño brillaron animados por el deseo.

El pobre balletero, olvidando su promesa y su amor, hizo un movimiento para apoderarse de un vaso que quedaba lleno; pero Íñigo anduvo más listo y le empinó con delicia, en tanto que Jimena soltaba una ruidosa carcajada.

Fortuño, que por un momento había olvidado a la moza, fijó en ella la vista, y el amor salió vencedor del vino una vez más.

-No hayáis temor que falte a la promesa que os tengo hecha, dijo Fortuño mirando amorosamente a la moza. Duras son las pruebas a que me sometéis, y mucho tentáis mi valor, ¡oh tiranos amigos!, pero si vos, Jimena, me amáis, y como buena os habéis conmigo, mi costumbre amoldaré a vuestro gusto, y bueno seré como vos, porque *quam pulcra est amica mea, quam pulcra est*, que en romance quiere decir: vales más oro que pesas.

-Holgareme mucho que así lo hagáis, contestó la doncella, mas también me holgara de que olvidarais latines, que no entiendo.

-¡Tirana sois en demasía, Jimena!, no de paganos son mis latines, mas sí de varones tan santos como el gran Noé...

-Asaz rebeldes son vuestras inclinaciones.

-Mas domeñarlas sabré; de hoy más ni latines ni vino tendréis que echarme en cara.

En esto, Íñigo y Martín habían vuelto a llenar los vasos y excitaban el apetito de Fortuño, ostentándolos a su vista y aspirando de cuando en cuando el aroma que de ellos se exhalaba.

Fortuño dirigía alternativamente la vista al vino y a la moza.

En este suplicio, en este choque de contrarios deseos, pasó un corto rato; mas como sus compañeros multiplicasen sus sorbos y sus alabanzas al vino, su amor comenzó a vacilar, sin que todos los esfuerzos de la doncella bastasen a sostenerlo.

Dejándose llevar de su afición a los silogismos, y, sobre todo, de su afición al vino, consideró, con arreglo a aquella máxima, para él infalible, de que lo más antiguo es lo mejor, que el vino era más antiguo que su amor, y que siendo el vino lo mejor que hay en el mundo, el amor no podía ser mejor que el vino. Y como Íñigo y Martín expusieran nuevamente a su contemplación los vasos de vino.

-Cristiano soy, y no moro, exclamó.

Y apoderándose de ellos, los agotó con hidrópica ansiedad, y tornó a llenarlos y a agotarlos repetidas veces, hasta que en el jarro no quedó gota, hasta que sus ojos recobraron su antiguo brillo, y sus labios volvieron a sonreír y a derramar a torrentes la palabra.

-*Certes non potest male mori qui bene viverit*, que en romance significa: el que bien bebe, bien muere, exclamó, amoldando a su gusto esta sentencia.

Desesperanzada la moza, de curarle de su pasión al vino y al latín, y tomando ejemplo de su destreza en amoldar sentencias a las circunstancias, se alejó cantando:

Dos cosas tienen mal fin:
El hombre que bebe vino
Y el que se explica en latín.

Merced a haber quebrantado Fortuño su silencio, podremos adquirir de su boca y de la de sus compañeros algunas noticias conducentes a la mejor inteligencia de esta historia.

-Bebamos, dice Íñigo, bebamos hoy, que mañana quizá salga de nuestro cuerpo, trocado en sangre el vino que a él trasegamos.

-Vive Dios, Íñigo, que tú siempre has de ser pájaro de mal agüero, repone Fortuño casi calamocano.

-Por nuestro mal, sobrada razón tiene Íñigo, dice Martín dividiendo la frase con un vaso, por donde nosotros la hemos dividido con una coma. No tardarán en batirse bien el cobre el señor de Vizcaya y el de Bortedo.

-Batíranle los pobres soldados de uno y otro bando, repuso Íñigo. Triste cuento es que siempre el señor ha de sacar ascua con mano de vasallo. Si ellos tienen ambiciones y agravios que vengar, horádense el cuero en buen hora, y dejen en paz a quien en paz está, que no hay razón ni ley para que yo digiera manjar que otro ha yantado.

-Razón tuvieras, Íñigo, si de tu querrela excluyeras a D. Lope, nuestro amo, dijo Fortuño tomando con calor la defensa de su señor. Don Lope Sánchez, ascua que con su mano pueda sacar, no la saca con la ajena. Señales tengo aún en estas mis nalgas de los lapos que *in illo tempore* mandó darme; pero eso no entibia la afición que le tengo; que un refrán dice: «quien bien te quiere te hará llorar»; y no he de ser yo menos que el perro que lame la mano con que su señor le hiere. Muchos años he bebido el vino de D. Lope, y ya esto de suyo es para tenerme agradecido, mas aun hay otras cosas que hacen subir de punto mi agradecimiento. Cierto que a genio duro pocos ganan a nuestro amo, pero a valor y buen corazón tampoco. Cuando recuerdo lo de Alarcos, tal

me estremezco, que lágrimas tamañas como nueces asoman a mis ojos, y juro por el gran Noé dar mi vida y aun mi alma por mi señor...

-¡Oh, cuán sensible pone tu corazón el zumaque!, le interrumpió Martín. No ha mucho querías abandonar el servicio de nuestro amo, y ahora con alma y vida quieres servirle.

-*Orationem meam retexo*, que en romance significa: no hay nada de lo dicho. He ahí justificado lo que siempre dije, es a saber, que el vino es lo mejor del mundo. Mas volviendo a lo de Alarcos, contaréoslo, aunque mil veces lo he hecho; que las buenas obras, contadas y recontadas han de ser, y aun así no son loadas lo bastante.

Cristianos y moros, continuó el ex paje, peleábamos como perros rabiosos, sin ganar campo ni unos ni otros; mas como fuerzas infieles viniesen sobre nosotros por todas partes, nos vimos precisados a correr en desorden...

-No a la muchedumbre de moros fue debida aquella derrota, según dicen, mas sí a cobardía de D. Lope Díaz de Haro, que mandaba las huestes cristianas.

-Miente como un bellaco quien tal diga, contestó Fortuño indignado. Enemigos nuestros son los de Haro, mas no por eso nos es permitido calumniarlos. Don Diego lidió en Alarcos como Bernardo en Roncesvalles, y sólo ruindad de sus émulos, que siempre el valido los tiene, pudo mancillar la gloria, bien que estéril, alcanzada por él en aquella malhadada empresa.

Pues como nuestro ejército se retirara, haciendo cara al enemigo, nuestro amo y señor D. Lope, cerca del cual servía yo a la sazón, fue acometido por dos moros, que lléveme el diablo si no eran dos gigantes Goliat. Yo, que me hallaba algo separado de él, corrí en su ayuda, y tan sin acuerdo guíe mi cabalgadura, que vine a tierra queriendo saltar un ribazo, a la sazón que mi amo ponía fuera de lid a sus dos acometedores.

Muchedumbre de moros se lanzan a mí y ya veinte cimitarras brillaban sobre mi cabeza, cuando viéndolo D. Lope, vuela en mi socorro, despreciando la muerte, segura para otro menos esforzado, y descarga tan formidables golpes sobre los paganos, que al fin pude cabalgar de nuevo, y entre ambos dimos tan buena cuenta de aquellos perros, que no pocos de ellos entregaron el alma al diablo, allí donde yo pensé dar a Dios la mía.

Malo dicen que fue en su mocedad don Lope, mas yo bueno le he conocido siempre, y por quien soy, como a bueno he de servirle.

-Nunca se ha podido poner en duda el valor de nuestro amo, contestó Martín, y tengo para mí que no le ha de desmentir peleando con el de Haro. Por de contado, él será el primero que nos dé ejemplo de valor en la lucha, pues con arreglo a sus instrucciones, los mandaderos que pasaron al campo del de Haro han convenido con el de Vizcaya en que el duelo pendiente entre los dos nobles señores ha de verificarse mañana al frente de ambas huestes, que en seguida se embestirán, cualquiera que sea el resultado de la lid de sus caudillos.

-Terrible ha de ser la batalla, según las fuerzas que el uno y el otro bando han allegado, dijo Íñigo, insistiendo en sus malos augurios, y temo no poco que el triunfo sea para el de Haro, pues las nuestras han menguado mucho con la pérdida de las de Leguizamón.

-Mucho ha ganado D. Lope Sánchez con esa pérdida, repuso Martín; que D. Juan siempre fue un D. Judas, y allí donde él estaba, estaba la perdición. Tan traidor fue siempre, que ni aun el infierno debe hallarse seguro ahora que él está por allá.

-Pero ¿se sabe de cierto que murió en lo de Bortedo?

-Nadie lo ha puesto en duda: muchos le vieron caer traspasado por la lanza del de Edillo; y si su cadáver no se halló entre los de los suyos, debe atribuirse a la voracidad de los lobos, que aquel día sacaron tripas de mal año en Bortedo.

-Y aún no sabemos si pereció allí también Bautista.

-Cierto que fuera gran dolor el que tal hubiese sucedido.

Aquí llegaban en su conversación el escudero y los ballesteros, cuando en el aposento inmediato oyeron ruidosas carcajadas, que daba Jimena.

La voz de la moza produjo en el tímpano de Fortuño el efecto que en el de un perro suele producir el sonido de un clarín.

Levantose el ballestero dando traspieses, y asomando la gaita por la puerta, vio a la doncella solazándose en animado retozo con uno de los criados del huésped.

Aunque Fortuño hubiese hecho propósito de renunciar al amor de la moza por no renunciar al vino, encendiose en ira aquel jolgorio, y dirigiéndose al criado del huésped, le dijo con tono amenazador:

-No la toques, rufián, no la toques, si no quieres que tus villanas costillas toque y retoque yo con una estaca.

Y añadió para sí, dando un suspiro:

-¡Oh, tirano amor, cuán ligero entras, y cuán reacio sales!

XXII

Doncella por doncella

En la ribera septentrional del Cadagua, a diez tiros de ballesta de la aldea de Edillo, había un molino habitado por una familia tan honrada y hospitalaria como pobre.

García, que así se llamaba el molinero, creyó oír gemidos a la orilla del río, al anochecer del día en que tan mal parados quedaron los raptos de Sancha en los campos de Bortedo, y se apresuró a acudir en socorro del que los daba.

Dirigiose, pues, hacia el vado que hoy sirve de comunicación con la orilla opuesta donde está la ferrería llamada la Nueva, pero los gemidos habían cesado, y la ribera parecía enteramente desierta.

La oscuridad aumentaba por instantes.

García registró cuidadosamente los alisales y los sauces, y como sus pesquisas fuesen inútiles, creyó que lo que le había parecido gemidos humanos sería el silbido del aire, que agitaba sin cesar los robles y los castaños, y tomó la vuelta del molino.

Había dado muy pocos pasos, cuando a pesar de la oscuridad, le pareció distinguir a la orilla de la senda que seguía un bulto que parecía un cuerpo humano, inmóvil y tendido sobre la yerba. Tocole con el pie, dudando si sería una cepa, y se cercioró de que era un hombre que no daba señales de vida.

García aplicó el oído al rostro de aquel hombre, y notó con alegría que aún respiraba.

Sintiendo sus manos bañadas en un líquido glutinoso, las aplicó a la nariz, y el olor acre que percibió le convenció de que aquel hombre estaba cubierto de sangre. Sería, pues, alguno de los pocos soldados de Leguizamón que no habían quedado muertos aquella mañana a los botes de los de Gonzalo Pérez de Edillo.

El molinero era joven aún y robusto, y estaba acostumbrado a conducir en sus hombros pesados sacos de harina a sus veceras o parroquianas. Así pues, colocó en sus hombros aquel cuerpo casi inerte, y se apresuró a conducirlo al molino, donde pudiera prestarle auxilios más eficaces.

-¡Teresa! ¡Teresa!, gritó a su mujer, al acercarse al molino.

Teresa respondió desde la ventana, y García añadió:

-Abre la puerta; que conduzco un soldado herido.

Teresa se apresuró a obedecer a su esposo, abriendo la puerta y esperando en el umbral, con un candil en la mano.

-¡Dios mío!, ¡es un caballero!, exclamó al ver al herido, que en efecto vestía traje de caballero, y estaba cubierto de sangre que manaba de una porción de heridas, y particularmente de una que tenía en el pecho.

La molinera le preparó un pobre, pero limpio y cómodo lecho, y así que le acostaron, García, que en los primeros años de su mocedad había sido soldado, y, por consiguiente, había visto muchas veces curar heridas, curó con ayuda de su mujer y como mejor pudo las de aquel hombre, a quien se propusieron velar toda la noche, por más que ambos estuviesen fatigados del trabajo del día.

Después de algunas horas de descanso, y de recibir los solícitos cuidados de aquellos pobres campesinos, el herido tornó en su acuerdo, lo cual hizo exhalar un grito de satisfacción a García y a Teresa.

-¿Dónde estoy?, preguntó examinando con la vista la estancia y los que en ella se hallaban.

-Estáis, le contestó García, en la ribera del Cadagua, a pocos pasos de Edillo...

El herido se estremeció al oír el nombre de Edillo, y dijo a sus huéspedes:

-Ruégooos por cuanto más amáis en este mundo, que no reveléis a nadie mi permanencia en vuestra casa.

-Así lo haremos, contestó García; procurad recobrar la salud; que nosotros os auxiliaremos en cuanto nos sea dado.

El herido añadió, queriendo sin duda penetrar a sus huéspedes del interés que tenía en su discreción:

-D. Juan de Leguizamón ha perecido con casi toda su mesnada en los campos de Bortedo, lidiando con Gonzalo Pérez de Edillo: el cielo ha castigado la maldad de don Juan, que trataba de robar la hija de Lope Sánchez, y nosotros, los que contra nuestra voluntad le ayudábamos en su criminal empresa, hemos participado de su castigo. Dejéronme por muerto en el campo; mas cerca del anochecer recobré el sentido, y entonces me propuse sacar fuerzas de flaqueza para alejarme del señorío de Bortedo, porque la traición de D. Juan ha irritado de tal modo a los vasallos de Gonzalo, que en el señorío de Bortedo corría gran riesgo mi vida. Érame imposible pasar a Vizcaya por Valmaseda ni por el lado de Arceniega, porque todo lo ocupan las gentes de armas y los vasallos del de Bortedo, y traté de atravesar el Cadagua por este lado, a fin de trasponer los montes de Colisa y caer a las Encartaciones; pero mis débiles fuerzas se agotaron en el paso del río, y caí... sin duda donde me habéis encontrado. Por generoso y bueno tengo a Gonzalo Pérez de Edillo, y creo lo sería bastante para no ofenderme en la dolorosa situación en que me hallo; pero no fío del mismo modo en los moradores de este país, que me sacrificarían sin piedad, justamente indignados de la deslealtad de Leguizamón a su señor.

Los molineros tranquilizaron al forastero con nuevas protestas de discreción y hospitalarios cuidados, y el herido pasó la noche sin mucha incomodidad, pues su postración era debida más bien a la mucha sangre que había derramado que a la gravedad de las heridas.

Aquel hombre permaneció oculto muchos días en el molino de Edillo, asistido por García y Teresa, no como extraño, sino como si fuera de la familia.

Al fin se halló en estado de dejar el lecho, y entonces sus huéspedes idearon medios de que, sin que se sospechase su procedencia, pudiera adquirir fuerzas y distraerse, recorriendo aquellas cercanías, y aun tornar a su país, cruzando por medio de los soldados y de los vasallos de Lope Sánchez. Al efecto le proporcionó García un traje de labrador, y convinieron en que pasara a los ojos de los moradores de Edillo por un arriero losino, que habiendo enfermado a su tránsito por el señorío de Bortedo, había encomendado la conducción de su recua a sus compañeros, e ido a pedir hospitalidad a García en el concepto de conocido y paisano, pues el molinero era natural del valle de Losa.

En efecto, el forastero adoptó el disfraz propuesto por sus huéspedes, y merced a él, convalecía de sus dolencias desde el molino a la aldea de Edillo, sin que nadie sospechase que el que vestía aquel traje hubiese vadeado el Cadagua pocos días antes en traje de caballero, después de lidiar en la traidora hueste de D. Juan de Leguizamón.

Gonzalo Pérez de Edillo continuaba en Valmaseda al lado de Lope Sánchez, que ocupado enteramente de su hija, cuya salud, harto quebrantada de resultas del rapto intentado por D. Juan, procuraba restablecer, curaba muy poco de seguir adelante en sus planes de conquista.

Era Elvira, la hija de Gonzalo, una doncella tan hermosa como cristiana, y la adoraban cuantos la conocían, porque su mano estaba continuamente ocupada en enjugar las lágrimas del infortunio y la pobreza.

A corta distancia de Edillo, camino de Valmaseda, en una espesa arboleda, desde la que partía un solitario camino que conducía a la cumbre de las montañas de Colisa, para caer después al valle de Arcentales, en las Encartaciones, había una ermita en donde se veneraba una imagen muy milagrosa.

Elvira iba todos los días al anochecer a encender un cirio a aquella santa imagen, siguiendo la costumbre de su difunta madre, y casi siempre iba sola, porque ¿quién podía ofenderla cuando se ocupaba en tan santa tarea, y cuando todos la adoraban como a una santa?

Tenían los molineros de Edillo un excelente caballo, que así como servía para carga, podía servir para silla.

Una tarde que había llovido, dijo el forastero a García:

-Quisiera hacer ejercicio esta tarde, paseando un poco, porque el ejercicio contribuye mucho a mi restablecimiento; pero el campo está húmedo y resbaladizo, y de pasear a pie, me expongo, no sólo a dar una caída, sino a sentir la humedad del suelo en los pies, lo que indudablemente retrasaría mi convalecencia. Dejádme el caballo, para que cabalgando en él dé un paseo hasta la ermita.

-Nuestro deseo es complaceros en todo, contestó García.

Un momento después cabalgaba el forastero hacia la ermita.

Vagó un rato por la arboleda, hasta que viendo a Elvira, que se dirigía sola hacia el santuario, se encaminó a su encuentro y echó pie a tierra al acercarse a ella, saludándola respetuosamente.

La doncella, que estaba acostumbrada a verle, pues el supuesto arriero había hecho conocimiento con todos los sencillos habitantes de Edillo, se alegró al verle, y se puso a hablar con él con afectuosa familiaridad, informándose del estado de su salud; mas he aquí que el forastero se arroja sobre Elvira de repente, sofoca su voz con bárbara violencia, la toma en sus brazos, cabalga con ella, y endereza su caballo por el camino de Colisa.

Elvira quiere gritar, pero el raptor ahoga su acento; vuelve atrás la vista a ver si alguien acude en su auxilio, pero aquellas arboledas están enteramente solitarias, y la oscuridad va cerrando.

Y el caballo, hostigado por el jinete, trepa velozmente hacia las montañas, y ya se hallan muy lejos de Edillo, lo bastante para que el raptor no necesite ahogar el acento de la doncella, porque, por más que ésta grite, ya no ha de ser oída.

-¡Dejadme, dejadme, villano!, grita al fin la desventurada joven.

El raptor prorrumpe en una ruidosa carcajada y dice:

-Bien se conoce, noble doncella, que no sabéis quién soy, cuando me llamáis villano. Nunca será tan noble el hidalgo de Edillo como D. Juan de Leguizamón.

-¡Leguizamón!, exclamó Elvira aterrada.

-Sí, sí, responde el raptor; ¡Leguizamón soy! Vuestro padre me quitó una doncella, y yo le quito otra; doncella por doncella: estamos pagados.

XXIII

El duelo

El sol doraba con sus primeros rayos los elevadísimos picos de las Encartaciones, el cielo estaba limpio y azul, y la temperatura más parecía de primavera que de invierno.

No rompía los campos la laya, ni los carboneros entonaban en los rebollares y bortales esos melancólicos cantos vascongados que a los de ningún pueblo se parecen, como el idioma y el carácter de los habitantes del país en que se oyen.

Grandes humaredas se alzaban en las arboledas, donde acampaban numerosos tercios armados, que coronaban también las montañas que dominan a Valmaseda, y el relincho de los corceles, y el ruido de los carros que trasportaban de un punto a otro pertrechos de guerra, atronaban aquellos amenos valles, tan pacíficos en otro tiempo.

El mismo aspecto guerrero presentaban el señorío de Bortedo y Valmaseda: desde esta plaza al nacimiento del Cadagua, y desde la Ordunte a Arceniega apenas había lugarcillo que por gente de armas no estuviese ocupado.

El sitio destinado para la lid de los dos caudillos era un llano situado entre Valmaseda y Zalla, cerca del lugar de Rétola, cuyo nombre, aunque corrompido y desfigurado, no sería extraño tuviese su etimología en los hechos de armas que vamos a referir.

Las huestes del señor de Bortedo fueron bajando hacia el campo, coronando las montañas de Garbea, y extendiéndose también por la falda septentrional de éstas y por los sombríos rebollares de la Arbosa, en tanto que las del señor de Vizcaya, acaudilladas por los caballeros más ilustres del señorío, ocupaban los Somos desde la parte meridional de Sopena hasta las cumbres de Gueñes, y los altos de Zubileta y Montehermoso desde Gordejuela hasta el camino de Valmaseda, con toda la tierra llana comprendida entre ambas cordilleras.

Algunas horas antes de la designada para el duelo se había construido el palenque, que consistía en una estacada de forma cuadrilonga, que comprendía una área de cien pasos de longitud por veinte de ancho.

A uno de los costados se alzaba un tablado que ocupaban los fieles del campo nombrados por ambos campeones, los cuales eran cuatro, dos eclesiásticos y dos seglares, y al otro costado se elevaba otro tablado que ocupaban los farautes.

Unos y otros esperaban hacía rato la llegada de los lidiadores.

Oyéronse ruidosas aclamaciones hacia el camino de Valmaseda, y casi al mismo tiempo se oyeron otras no menos entusiastas por el lado de Rétola.

Pocos instantes eran pasado, cuando llegaron al palenque, cada cual por su lado, D. Lope Díaz de Haro y Lope Sánchez de Barrondo.

Ambos vestían brillante armadura y llevaban tras sí lucido y numeroso séquito.

Martín cabalgaba al lado del de Bortedo, llevando su ponderosa lanza, y junto al de Haro iba Ordoño ejerciendo las mismas funciones que aquel.

He aquí las principales condiciones del duelo:

Arma de los combatientes había de ser la lanza; el que primero descabalgase sería considerado vencido en primera lid, y su vida quedaba a merced de su contrario, pudiendo éste dejársela, o quitársela con daga o lanza; el duelo se consideraría terminado después que las huestes de uno y otro bando peleasen decisivamente.

Entraron al palenque los lidiadores, y colocados en ambos extremos más distantes, el señor de Bortedo arrojó un guante a la arena, y dijo en voz tan firme, que de las montañas inmediatas se pudo oír:

-A vos, D. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, yo, D. Lope Sánchez de Barrondo, señor de Bortedo, reto a campal batalla, por ingrato, desleal y mancillador de mi honra. Si de caballero os preciáis, alzad el guante que os arrojo, y Jesucristo y Santa María, su madre, ayuden al que razón haya.

El joven D. Lope Díaz se adelantó hacia el de Bortedo, y alzó el guante con la punta de su lanza.

-¿Juráis no lidiar con alevosía, mas sí como caballeros y cristianos que sois?, les preguntó el más anciano de los fieles.

-¡Sí juramos!, contestaron a un tiempo los dos campeones.

-¡Si así no lo hicieréis, seáis malditos y confusos, como Sodoma y Gomorra, y Abiron y Datan, y vayáis al infierno con Judas el traidor!, añadió el fiel con voz terrible y solemne.

Los padrinos partieron el sol, y los campeones se aparejaron a embestir.

En esto, los farautes, a una señal de los fieles, tocaron los clarines, y los dos caballeros se acometieron con tan recio empuje, que se tambalearon los corceles, y los escudos se abollaron, y saltaron hechas astillas las lanzas, que repusieron al punto los pajes.

Las acometidas se sucedían hacía largo rato, sin más intervalo que el necesario para tomar nuevas lanzas, que eran muy pronto tronchadas al chocar con violencia inaudita contra las aceradas armaduras.

Increíble parecía que el señor de Bortedo, cercano ya a la vejez, y el señor de Vizcaya, aún no salido de la adolescencia y de cuerpo débil y delicado, tuviesen tanto vigor en el brazo y tanto valor en el corazón.

Por más que sus armaduras pareciesen invulnerables, no podían resistir ya el empuje de la lanza enemiga. Irritado el señor de Bortedo por la esterilidad de sus esfuerzos, dio tan terrible embestida a su adversario, que su lanza penetró peto y pecho del mancebo; mas al sentirse éste levemente herido, encendióse a su vez en ira, y como si el dolor hubiese doblado sus fuerzas, tal bote dio al de Bortedo, que le arrojó al suelo, herido como él lo estaba, si bien de poca gravedad.

Dos gritos, el uno de dolor y el otro de alegría, resonaron a un tiempo en los dos extremos del campo.

Los jueces aclamaron vencedor en primera lid al señor de Vizcaya, que se lanzó del caballo, y colocando su daga al cuello del de Bortedo, dijo a éste:

-Vencido sois, D. Lope; vuestra vida me pertenece; mas un día salvasteis la mía, y quiero probaros que los de Haro no son ingratos ni desleales. Alzad del suelo, y en la nueva lid que nos espera, podéis probar de nuevo vuestro esfuerzo.

El señor de Bortedo se alzó, repuesto algún tanto del aturdimiento que le causara la caída. Dirigió la vista a su generoso adversario, y como por la ancha brecha que en la armadura de éste hiciera su lanza, viera ceñida al pecho del mancebo la banda bordada por Sancha, el sentimiento de gratitud que trataba de expresar se trocó en rencor y en ira.

-¡Si, sí, D. Lope!, exclamó; admito la vida que me otorgáis, porque la necesito para arrancaros la vuestra.

El señor de Vizcaya no contestó a esta provocación.

Vendáronse a ambos las heridas, y abandonaron el palenque, replegándose hacia sus respectivas huestes.

XXIV

La batalla

Pocos instantes después de la llegada de sus caudillos, empezaron las huestes del de Bortedo y las del de Vizcaya a denostarse y retarse desde sus respectivas posiciones, y a descender al llano donde se construyera el palenque.

Al frente de ellas bajaban sus caudillos, y el ansia con que el señor de Bortedo se precipitaba a la nueva lid, a pesar del cansancio que en él debía haber producido la primera, y de la herida que había recibido, mostraba la saña que en su corazón hervía. En efecto, todo el rencor de Lope Sánchez, ahogado un momento por la generosidad de su adversario, había renacido en presencia de aquella prenda del amor de Sancha al joven de Haro.

Hoy hemos de ser muertos, o dueños de las Encartaciones, decía Lope.

Y guiado por este pensamiento, buscaba con la vista a su enemigo, semejante al hambriento lobo, que busca la inocente oveja para lanzarse a ella y saciar su feroz apetito.

Sus ojos descubrieron al mancebo, y nueva saña centelleó en ellos: la banda labrada por Sancha ceñía el pecho del señor de Vizcaya, no ya oculta bajo el acerado peto, sino ostensible y flotante, como en la defensa del castillo de Valmaseda.

Lope Sánchez de Barrondo blandió su lanza lleno de saña, y el toque de sus clarines dio la señal del combate, que se trabó al punto, sangriento y obstinado, cual no es dado describir.

Aquellas masas innumerables de hombres de armas, que cubrían valles y montañas, desde Rétola a Bortedo, del mismo modo que las acampadas por el lado de las Encartaciones, fueron poniéndose en movimiento, obedeciendo como cuerpos compactos al que experimentaba su cabeza en contacto con la del enemigo.

Ambos ejércitos se fueron reconcentrando al teatro de la lucha, y ésta se hizo muy pronto general.

Losas y arboledas, alturas y cañadas estaban ya cubiertas de cadáveres, y el sonido de los instrumentos bélicos, y el choque de las armas, y el relincho de los corceles, y los gritos de los combatientes, y los ayes de los moribundos, se mezclaban, y así confundidos atronaban el espacio, y eran repetidos a larga distancia por los ecos de los valles.

Excitados los de Bortedo por el ejemplo y los gritos de su jefe, y sobre todo, por el esfuerzo y el prestigio de Gonzalo Pérez de Edillo, dan una terrible embestida a la línea que delante de ellos forman los vizcaínos, y consiguiendo romperla, avanzan, como mar que rompe sus diques, hacia el interior de las Encartaciones, por la Herrera, por Ocharan, por Sopena, por el lado de Arcentales, por veinte puntos en fin, que los de Haro defienden con heroico valor.

Pero nuevas huestes de soldados y montañeses vizcaínos, armados de hachas, descienden de las montañas, como torrentes desencadenados, echando a rodar por aquellos profundos desfiladeros enormes peñones que aplastan y desbaratan a los invasores.

Pronto se ven éstos cargados y rechazados por todas partes, y los vizcaínos, como aquellas ventajas les presten nuevo aliento y desconocida fuerza, prosiguen recobrando el terreno perdido.

Conociendo el de Bortedo su impotencia para otra venganza, manda incendiar bosques y caserías, y los restos de su develado ejército se dispersan, dejando tras sí un rastro de fuego, que eleva hasta el cielo espesas columnas de humo y consume millares de cadáveres.

Aún no ha abandonado el campo Lope Sánchez de Barrondo, aunque sólo quedan a su lado doscientos ballesteros de su guarda, y cuatrocientos meneses, mandados por el de Edillo.

Lidian con desesperado esfuerzo, pero acometidos por todas partes por fuertes huestes vizcaínas, van perdiendo terreno, y ya ninguna esperanza de salvación les queda.

El señor de Bortedo está decidido a morir matando, pero le asalta el recuerdo de su hija, y la vida le parece ya preferible a la venganza.

Quiere vivir para velar por su hija, para huir con ella al rincón más apartado del mundo, donde podrá adorarla, sin que la tributen culto más corazones que el suyo; donde el de Haro no podrá arrebatarle su hija, su orgullo, su ídolo, su tesoro, su gloria, su ambición, su felicidad.

-¡Huyamos a Edillo!, exclama desconsolado aquel desventurado padre.

-¡A Edillo, a Edillo!, repite Gonzalo, padre también, que comprende su pensamiento y compadece sus dolores.

Y como el ejército vizcaíno hubiese avanzado hacia Valmaseda y tomado las montañas de la izquierda de la plaza, para caer al mismo tiempo sobre Bortedo, Lope Sánchez de Barrondo y los suyos atravesaron la Garbea, y por la derecha se dirigieron a Edillo, adonde el de Bortedo había mandado aquella mañana a su hija, seguro de que si él faltaba, en el seno de la familia de Gonzalo hallaría Sancha consuelos y amistad.

El sol se ocultaba tras los altos picos de Soba, que se descubren desde las Encartaciones, coronados siempre de nieve, y las campanas de los monasterios y santuarios del país que dejaban a su espalda celebraban con sus metálicas lenguas el triunfo de las armas de Vizcaya.

-¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡hasta con la voz de tu religión me insultan!, exclamó el señor de Bortedo, echándose a llorar como un niño.

Pero al alzar sus ojos al cielo, fijolos en el pico de Colisa, por cuya falda caminaba, y allí vio un templo cuyas campanas tocaban a la oración.

-¡Allí está Dios, y no los hombres, y allí debemos estar mi hija y yo!, añadió más consolado.

Y él y Gonzalo continuaron su camino, seguidos de una porción de servidores leales, entre los que se contaban los inseparables Martín, Fortuño e Íñigo, que no habían querido abandonar a su señor en la desgracia, lo cual anotamos para reconciliar con ellos algún tanto al que aborrezca a los sectarios de Noé.

-¡Con qué ansia y afán esperarán nuevas de nuestra suerte vuestra hija y la mía!, decía Gonzalo.

-¡Oh mi amada Sancha!, exclamó Lope. Todo lo he perdido, pero tu recuerdo consuela mi corazón. Aún me queda el mayor de mis tesoros, aún me queda la prenda que más amo en este mundo, aún me quedas tú, hija mía! Viviendo a tu lado, lejos del mundo, lejos de los hombres, seré el más feliz de la tierra, porque me querrás como te quiero, porque ampararás con tu cariño a tu padre, al mísero anciano a quien nada queda más que el cariño de su hija.

Y Lope Sánchez continuaba su camino pensando en su hija, del mismo modo que Gonzalo caminaba pensando en la suya.

¡Oh sublime amor de padre! Tú eres el más poderoso y el más perfecto de los amores, pues haces olvidar el mayor de los infortunios, y en medio de las tempestades de la vida, te alzas majestuoso y firme, como los cedros del Líbano en medio del trastorno de los elementos!

Pero he aquí que al atravesar nuestros viajeros un espeso encinar, donde parece no haberse posado nunca la planta humana, creen oír lamentos comprimidos, que salen de la espesura, y prestan atento oído.

-¡Favor, caminantes!, grita una mujer.

Y al oír aquel grito se estremece Gonzalo, y se lanza desatentado y pálido como un cadáver a la espesura seguido de sus compañeros.

XXV

Percances del oficio

Comenzaba a cerrar la noche, y como Elvira no tornase de la ermita, los criados de Gonzalo comenzaron también a inquietarse.

Uno de ellos se encaminó al santuario, y... ¡cuál fue su sorpresa al ver que el cirio no ardía ante la imagen...!

Volvió a la aldea, y al punto se extendieron por ésta la alarma y la inquietud.

Todos se preguntaban por la amada doncella, y ninguno daba respuesta satisfactoria, ninguno la había visto desde que salió de la aldea, ninguno sabía a qué atribuir su desaparición.

Sospechase si, sabedora de que al día siguiente iban a venir a las manos las huestes del señor de Bortedo y las del de Vizcaya, habría continuado hasta Valmaseda, con objeto de abrazar a su padre, por si le perdía en el sangriento combate que se preparaba; y uno de los criados fue allá, con el primer pretexto que ocurrió, pues convinieron todos en que si Gonzalo creía a su hija en Edillo, se le debía ocultar su desaparición, porque tan infausta nueva necesariamente había de producir en su corazón el efecto de un puñal.

Elvira no había ido a Valmaseda: su padre, que la creía tranquila y segura en Edillo, encargó al criado la dijera que le dejaba preparándose a lidiar al día siguiente con el de Haro.

La consternación y el espanto subieron de punto en la aldea cuando se supo que Elvira no había ido a Valmaseda.

García y su mujer estaban al mismo tiempo admirados de que no hubiese tornado al molino el forastero, y sospechando que pudiera tener su desaparición alguna relación con la de Elvira, contaron sencillamente a sus vecinos cuantos antecedentes tenían de aquel hombre.

Aquella revelación fue un rayo de luz, a cuyo beneficio dieron con la verdad los campesinos.

El desconocido había robado a Elvira para vengar el golpe que Gonzalo había dado a D. Juan de Leguizamón y los suyos.

En estas averiguaciones, en estas incertidumbres, en estas conjeturas, en estas angustias, pasó aquella honrada gente la noche, y al amanecer, como notaran la huella de un caballo, que García dijo ser la del suyo, en el camino de Colisa, treparon a las montañas la mayor parte de los de Edillo.

Veamos qué había sido de Elvira, desde que D. Juan huyó con ella.

El camino de la montaña estaba resbaladizo, y por cada tres pasos que adelantaba el caballo, atrasaba uno: así, pues, la subida a la cumbre fue tardía y penosa.

Una espesa niebla cubría aquellos elevados picos.

La niebla, la maleza, su poco conocimiento del terreno, y quizá también el grito de la conciencia, que turba hasta a los más avezados al crimen, hicieron a D. Juan errar el camino.

El caballo en que cabalgaban el verdugo y la víctima vagó toda la noche por aquellas montañas, sin dirección fija, unas veces corriendo, otras negándose a avanzar por las quebradas y los matorrales, ahora cayendo, después caminando con paso firme.

Y durante aquella horrible cabalgata, el frío entumecía los miembros de Elvira, las ramas de los espinos rasgaban sus vestidos, cuando no su rostro y sus manos, y a estas penalidades se juntaban el insulto y el sarcasmo del raptor, la exposición continua a rodar por los inmensos precipicios que se ofrecían a su vista a cada paso, o a ser pasto de las fieras, que daban espantosos bramidos en aquellas soledades.

D. Juan creía ya dar vista a las Encartaciones, en las que esperaba ponerse a cubierto de toda persecución, ya fuese su perseguidor el de Bortedo, ya el de Haro.

Al pie de los montes de Colisa, por la parte de las Encartaciones, existía entonces, y existe aún, una fortaleza casi inexpugnable, llamada la torre de Traslaviña, y allí pensaba D. Juan guarecerse con su presa; pero he aquí que cuando esperaba dar vista a las Encartaciones, amaneció y se encontró a la vista de Edillo.

Después de toda una noche de penosa marcha, había vuelto casi al punto de donde partiera.

Su desesperación no tuvo límites durante algunos momentos; pero al fin se tranquilizó con la esperanza de cobrar muy pronto el terreno perdido, a beneficio de la luz del día.

Azuzado y hostigado sin cesar el caballo, iba ganando la altura; pero D. Juan le tira de repente de la rienda, y se pone a escuchar sobresaltado.

Los campesinos de Edillo se habían extendido por la montaña en busca de Elvira, a quien llamaban sin cesar, subiendo a lo alto de las peñas para ser oídos mejor, y para examinar con la vista el terreno.

Elvira quiso responder a aquellos gritos, pero D. Juan sofocó su voz.

-Si de vuestros labios sale una palabra, la dijo, os clavo este puñal en el corazón.

E hizo brillar a los ojos de la joven un cuchillo de monte, de que se había provisto al partir del molino.

Elvira calló aterrorizada y falta de aliento.

Hallábanse en un espeso encinar, donde no podían ser vistos por los campesinos, a no ser que éstos rompiesen por aquel sitio; lo que no era muy de temer, porque estaban bastante lejos, y había por medio un profundo barranco, por el que se despeñaba un torrente invadeable.

Al salir de la espesura de aquel encinar era preciso atravesar una sierra rasa, y, por consiguiente, los de Edillo los habían de ver por precisión, en cuyo caso irían en su seguimiento, y los alcanzarían muy pronto, porque el caballo estaba fatigado y la ladera era muy pendiente. Así, pues, D. Juan determinó permanecer allí oculto hasta que sus perseguidores abandonasen completamente sus pesquisas.

Durante todo el día oyó las voces de los campesinos, pero al fin cesaron completamente aquellas voces.

D. Juan examinó con la vista las montañas, y como las viese enteramente desiertas, y la noche se acercase, determinó continuar su camino, con cuyo objeto tornó a cabalgar, sujetando a Elvira con una mano y rigiendo con la otra la cabalgadura; pero antes de salir del encinar, parecióle oír voces de hombres y pisadas de caballos, y detuvo el suyo.

En efecto, por una colinita inmediata asomaron una porción de caballeros y peones, y como D. Juan, atento a aquel nuevo accidente, no cuidase de imponer silencio a Elvira, ésta se sobrepuso a su desaliento y su temor, fortalecida sin duda por la esperanza, y gritó:

-¡Favor, favor, caminantes...!

D. Juan trató de ahogar su voz, pero la doncella no necesitaba ya repetir aquel grito, porque había sido oída, y los desconocidos acudieron, rápidos como el viento, a su ayuda.

D. Juan se creyó perdido, o cuando menos se creyó próximo a ver frustrada su venganza.

A falta de espuela con que aguijar la cabalgadura, la aguijó con la punta de su cuchillo, y el caballo salió a escape al raso.

Elvira conoció al que caminaba al frente de sus salvadores: era su padre.

-¡Padre mío, gritó, salvadme, salvadme!

Y Gonzalo Pérez de Edillo, que al oír el grito de «¡favor!, ¡favor!» había creído conocer la voz de su hija, se convenció entonces de que un malvado le arrebatara el inestimable tesoro en que un momento antes iba pensando.

D. Juan continuaba aguijando su caballo con la punta del cuchillo, y el caballo corría, volaba, al paso que el de Gonzalo y los de los que le acompañaban, medio muertos de la fatiga que durante todo el día habían sufrido, se detenían con frecuencia y andaban muy despacio, por más que los hostigasen.

-¡Padre mío!, continuaba Elvira, sin temor al puñal de D. Juan, que continuamente la amenazaba; ¡salvadme de D. Juan de Leguizamón...!

Todos los que perseguían al raptor lanzaron un grito de indignación y sorpresa al oír el nombre de aquel.

Y el caballo de D. Juan seguía corriendo, alejándose cada vez más, sin que todos los esfuerzos de Gonzalo y sus compañeros bastasen para alcanzarle y salvar a la desventurada doncella.

¡Oh, quién podrá pintar la desesperación de Gonzalo, al ver que le arrebatan su hija, y no podía salvarla!, pero he aquí que un ballestero se adelanta a Gonzalo y a Lope Sánchez, que caminaban los primeros, y, colocándose en la cumbre de un peñasco, apunta su ballesta al raptor.

-¡No disparéis, que vais a dar a mi hija!, le grita Gonzalo aterrorizado.

-Consiento que me hagáis tajadas si yerro el tiro, responde el ballestero: donde yo pongo el ojo, allí pongo la vira.

-Sí, sí, cierto, disparad, dijo Lope Sánchez, disparad y matad al traidor.

Oyose el silbido de una flecha, y D. Juan de Leguizamón cayó del caballo, arrastrando en su caída a Elvira, que por fortuna dio sobre la grama.

-El glorioso Noé, mi patrón, me niegue su gracia, si esta vez no ha muerto ese traidor para *in saecula saeculorum*, dijo el ballestero, y se lanzó, como todos los demás, hacia donde yacía muerto D. Juan, y casi desmayada Elvira.

Un instante después bajaba Elvira a Edillo con sus salvadores, cabalgando en el caballo que le había conducido a aquellas montañas.

-¡Fortuño, buen Fortuño!, decía Gonzalo al ballestero que tan oportunamente había disparado su ballesta a D. Juan: rico soy, te daré todas mis riquezas, y aun así no te creeré bastante recompensado.

-Señor, contestó el ballestero, nada me debéis; mas al dejar el oficio de las armas, pienso casar con una honrada doncella a quien he dado palabra, y con que entonces me regaléis un par de bueyes con que labrar los terrones que mis padres me dejaron, mi Jimena y yo os bendiciremos eternamente.

XXVI

En el pico de Colisa

Han transcurrido algunos días desde los sucesos narrados en el capítulo anterior, y tanto Valmaseda como el señorío de Bortedo, con todas sus fortalezas, han caído en poder del señor de Vizcaya sin resistencia alguna.

Inútiles son todas las diligencias de don Lope Díaz para apoderarse de su enemigo, cuyo paradero ignora.

Los parciales de Lope Sánchez tiemblan al considerar la terrible venganza que el de Haro tomará en aquel desventurado padre, si llega a haberle a las manos, según los agravios que de él ha recibido.

Valmaseda, cuyas calles están aún teñidas de sangre, y una parte de las Encartaciones, devorada por el fuego, piden sangrienta venganza.

El de Haro ha jurado tomarla cual a su honor cumple; y en el siglo en que le ha tocado vivir, las leyes del honor ordenan agravios por agravios.

El anciano venerable, a cuyo cuidado se halla el santuario de Colisa, da cristiana hospitalidad en su penitente y solitaria morada al desventurado Lope Sánchez y a la triste Sancha, que parece haber olvidado su amor a D. Lope Díaz para consagrarse enteramente su a padre, cuyas inquietudes calman sus palabras, cuyos rencores desarma su mansedumbre, cuyas privaciones suple su presencia.

Aquel santuario, colocado en la cúspide de una montaña que domina una extensión inmensa, parece hallarse menos distante del cielo que de la tierra. Como está cerca del cielo, no le cercan las mezquinas pasiones de este mundo.

Pocas veces se ve allí la huella del hombre; que el devoto peregrino es el único que algunas veces se atreve a arrostrar los peligros que ofrecen aquellas fragosidades, morada de carnívoras fieras, y a respirar aquella atmósfera, cargada, la mayor parte del tiempo, de frías y espesas nieblas, que ascienden durante la noche de las húmedas honduras que cercan el pico.

Es imposible dar una idea completa del espectáculo que se ofrece a la vista del que trepa al santuario de San Sebastián de Colisa.

Desde allí puede el viajero contemplar todo el terreno que medía desde la peña de Angulo, continuación de la de Orduña, hasta el golfo de Vizcaya; desde los picos de Soba, en que comienzan las montañas de Santander, hasta los Pirineos, y son tan rápidas las faldas de la montaña, que arrojada una piedra desde la ermita que la corona, rueda veloz hasta la misma base de aquella.

Parece milagrosa la permanencia de un edificio compuesto de débiles muros, tablas y tejas en aquel sitio tan elevado, donde soplan continuamente los huracanes.

Del tejado de aquella ermita corren las aguas a cuatro distintas municipalidades.

Un día contemplábamos desde Valmaseda el santuario de Colisa, que parecía a nuestros ojos como parece el nido del águila colocado en la cima de una peña de mil pies de elevación a los ojos del que se halla al pie de aquella peña misma.

Entronos el deseo de subir a aquel pico, que desde nuestros primeros años veíamos todos los días, sin atrevernos nunca a trepar a él; y armados de una gruesa estaca en que apoyarnos, y con que

defendernos de las fieras que nos pudieran acometer, aunque en el día escasean mucho en aquellas montañas, emprendimos nuestra peregrinación.

Después de una hora de penosísima marcha, llegamos a la cima del monte.

Deseosos de gozar repentinamente del espectáculo que no dudábamos se ofrecería a la vista allí, habíamos cuidado de caminar con la vista inclinada al suelo, hasta llegar a la ermita, donde a una señal, dada por uno de los expedicionarios, debíamos alzarla, y dirigirla al inmenso horizonte que íbamos a contemplar.

-¡A la una!, dijo uno de nuestros compañeros, ¡a las dos! ¡a las tres...!

Un grito de placer y de sorpresa se escapó del labio de todos.

Era magnífico, era indescriptible, lo que veían nuestros ojos.

Permanecimos allí muchas horas, estáticos, embelesados, deseando que el día durara un año, y cuando el sol se iba escondiendo tras los picos de Soba, emprendimos el descenso de la montaña, rodando unas veces, y otras apoyándonos con dificultad en nuestras estacas o en los arbolitos que orillaban el camino.

Tristes imaginaciones habían turbado el sueño de Lope Sánchez desde el día en que recibió un pliego, en el cual su leal amigo Gonzalo Pérez de Edillo le decía que su enemigo había jurado tomar en él venganza si conseguía descubrir su paradero, y le encargaba con encarecimiento no abandonase por entonces aquel retiro, el más seguro para burlar las pesquisas del de Haro.

El señor de Bortedo era el avaro que teme la muerte, no porque le separe de la vida, sino porque le separe de su tesoro: su tesoro era su hija.

El día se hallaba cercano, cuando el sueño cerró sus párpados y los de Sancha, que en vano había procurado ahuyentar de la imaginación de su padre los temores que, acerca de la seguridad de ambos, le asaltaban con frecuencia.

Los ladridos de un perro que acompañaba siempre al ermitaño hicieron despertar a Lope Sánchez.

El anciano anacoreta se hallaba en la ermita entregado a la oración matutina.

Asomose Lope Sánchez bastante sobresaltado a la única ventana que la habitación del ermitaño tenía.

El sol mostraba sus primeros rayos allá sobre los lejanos Pirineos, y con dificultad se distinguía a través de la espesa niebla, que como un turbante morisco envolvía la cabeza del monte coronado por el templo cristiano.

Como redoblara el perro sus ladridos, dirigió Lope la vista hacia el pendiente sendero que bajaba a la aldea de Edillo, cual si quisiera apartar con ella la niebla que ocultaba los objetos. Poco a poco se fueron habituando sus ojos a aquellos densos vapores, y entonces descubrió, no sin experimentar un terror indescriptible, porción de soldados que trepaban a la cumbre, y en medio de ellos vio un caballero, en quien reconoció a D. Lope Díaz de Haro.

El señor de Bortedo quiso despertar a su hija para huir con ella por aquellas salvajes soledades; pero se detuvo, considerando que ambos serían pasto de las fieras si a aquella fuga apelaban, y que esperando al de Haro, sólo su vida corría riesgo no la de su hija, que era la que más le importaba.

Así, pues, se decidió a salir al encuentro de su enemigo para morir como caballero que era.

Sancha seguía durmiendo; pero su sueño era fatigoso y desigual.

Parose Lope a contemplarla, ¡quizá por última vez!, y las lágrimas se agolparon a sus ojos, al fijarlos en las pálidas mejillas de Sancha, un tiempo tan sonrosadas y frescas. El desventurado padre selló con un beso ardiente y prolongado los labios de la doncella, que se estremeció al sentir aquel contacto, y salió en efecto al encuentro de su enemigo.

De victoria en victoria, de conquista en conquista, de triunfo en triunfo, había llegado el de Haro a la cumbre de San Sebastián de Colisa: había experimentado todas las satisfacciones del caudillo, y hasta había cesado el ostracismo de su padre, que durante mucho tiempo le había torturado; y, no obstante, la tristeza del alma se veía pintada en su rostro.

Era que al noble mancebo le faltaba la mayor de las felicidades, sin la cual la vida le era una carga insoportable: era que hacía mucho no veía a Sancha, y hasta había perdido la esperanza de ver realizada su unión con ella.

-Aquí tenéis mi vida, le dijo el de Bortedo, encaminándose hacia él con arrogancia, poniendo mano a la espada. Aquí tenéis mi vida, repitió; derramad mi sangre, pero os aseguro que no lo haréis sin que corra la vuestra o la de vuestros verdugos. Hubiéraisme matado en los campos de Rétola, cuando la suerte puso en vuestras manos mi vida; mas ¡vive Dios!, que es hazaña harto ruin matar a un viejo cuando se halla casi inerme, y no tiene a su lado siquiera un hombre que desnude la espada para ayudarle, o cuando menos, para vengar su muerte.

-D. Lope, contestó el de Haro, vuestras palabras dicen que veis en mi un mal caballero, y mis obras van a demostraros que me juzgáis harto mal. El señorío de Bortedo, vuestra casa de Bilbao, todos vuestros estados, en fin, reclaman vuestros cuidados. Id a estableceros en ellos, sin recelo de que nadie os inquiete; que así se vengan los de la casa de Haro.

-¡D. Lope!, exclamó el señor de Bortedo, no pudiendo creer que la generosidad de su enemigo llegase a tan alto extremo. Sed más generoso conmigo, dadme la muerte sin insultar antes mi desgracia, burlándoos de mí.

-Vos sí que sois poco generoso conmigo, pues me suponéis capaz de esa infame villanía, repuso el noble mancebo.

Y arrojando lejos de sí su espada y su daga, abrió los brazos, y con ellos abiertos se dirigió al de Bortedo, añadiendo:

-¡Vedme aquí inerme, D. Lope!, un amigo es el que a vos se llega, y no un enemigo: vengo a ofreceros mi amistad...

-¡Dios mío!, exclamó Lope Sánchez asombrado. ¡Vuestra amistad, D. Lope! ¡Con qué podré corresponder a ella!

-Con vuestros brazos.

-¡Con mis brazos y mi alma!, exclamó el de Bortedo.

Y ambos caballeros se confundieron en un estrecho abrazo.

-Mi vida, añadió Lope Sánchez, es mezquino premio para vuestra generosidad. ¿Hay en el mundo recompensa que más pueda agradaros?

Sancha, cuyo sueño ahuyentaba la voz de su padre y la de su amado, se asomó en aquel instante a la ventana de su mísera estancia y prorrumpió en una exclamación de alegría y sorpresa.

D. Lope Díaz se estremeció de amor y de placer al oír aquella exclamación, y estuvo a punto de contestar afirmativamente al de Bortedo; pero, como sabía cuán penoso era el sacrificio que a éste iba a exigir, quiso sacrificarse a sí propio, quiso sacrificar para siempre su dicha, quiso llevar su generosidad hasta el extremo; que no era de esos hombres que sólo saben ser generosos a medias.

-Vuestra amistad me basta, respondió el de Haro, que no me ha conducido aquí el deseo de labrar mi dicha, sino el deseo de labrar la vuestra.

Lope Sánchez comprendió su abnegación, y no quiso ser menos generoso que él.

-¡D. Lope!, dijo, poseo una prenda que estimo en mucho más que mi vida, y esa prenda quisiera daros, si para vos tiene el mismo valor que para mí tiene.

Y como reparase en la banda que ceñía el pecho del mancebo, si bien éste había procurado ocultarla con el peto, añadió:

-Que esa banda sea el lazo que una de hoy más a la familia de Haro y a la de Barrondo.

-Admito con eterno agradecimiento esa alianza, contestó D. Lope Díaz, loco de alegría; pero si la felicidad que me ofrecéis destruye la vuestra, no la acepto, D. Lope. Si algo me debíais, estoy completamente satisfecho con vuestro ofrecimiento.

El Sr. de Bortedo no prestó atención a las últimas palabras del mancebo, pues echó a correr hacia la ermita gritando:

-¡Sancha! ¡Sancha!

La doncella salió a su encuentro abatida, inquieta y temblorosa de incertidumbre acerca del término de aquella escena; pero al ver la alegría en el rostro de su padre, se reanimaron su espíritu y sus fuerzas, y corrió a lanzarse a los brazos de aquel.

-¡Hija mía, la dijo Lope Sánchez, ya no eres en este mundo el único ser a quien pueda estrechar en mi seno! De hoy más dividiré mi amor entre mi hija y el generoso mancebo que nos contempla.

XXVII

La noche de bodas

Reina una extraña animación en el Castillo de Bortedo, pero no la motiva la aglomeración de gente de armas, de que alguna vez le vimos henchido.

En uno de sus salones resuenan músicas y cantares, y todo demuestra que algún fausto acontecimiento se celebra en aquella sombría fortaleza.

Varios servidores del señor de Bortedo y del de Haro desocupan sendos jarros de vino y disputan acaloradamente en una de las estancias que preceden al salón en que la fiesta se verifica.

Oigamos sus animadas pláticas, que ellas nos dirán quizá algo de lo que pueda interesarnos.

-Digo y repito que Noé fue el santo más santo que en el mundo ha habido, exclama Fortuño, dando una puñada en la mesa que rodean él y sus compañeros. *Semper laus ejus in ore meo*, que significa en nuestra habla vulgar: aunque me pongan una mordaza en la boca, le alabaré siempre, y seguiré en mis trece.

-Pues yo digo, replicó Ordoño, que si Noé no hubiera venido al mundo, el mundo andaría más arreglado...

-Calla, sandio, y no digas sandeces. ¿Y por qué tienes esa necia ojeriza a mi bendito patrón?

-Porque inventó el vino.

¡Qué horror! ¡Sacrílego, calla, calla!, exclaman todos los circunstantes, escandalizados de las palabras de Ordoño.

-Pues qué, sandio y mal intencionado que Lucifer confunda, dice Fortuño, ¿no te gusta por ventura el zumaque? ¿No has desocupado cuatro veces tu jarro esta noche?

-Cierto que me gusta el vino, mas no por eso dejo de conocer que el vino es la perdición de medio mundo, bien así como las hembras lo son del otro medio.

-¡Por D. Jesucristo, exclamó Fortuño, cada vez más irritado, dando otra puñada en la mesa, que te he de cascar las liendres esta noche, si a más de calumniar el zumaque, das en la flor de calumniar a las hembras! Cierto, Ordoño, que no debieras hablar mal de ellas delante de nadie, mucho menos delante de mí, que, como todos sabéis, voy a casar, y si tuviera tan poco seso como tú tienes pudiera tornar atrás de tan honrado propósito.

-Ese, dijo Martín, pequeño mal sería, porque tengo para mí que poco has de ganar dejando la ballesta para tomar azada.

-No, sino que ganaré mucho, amigos; que en Salcedo viviré tranquilo y regalo y cuidado por Jimena, pues la vida del soldado me cansa ya a maravilla.

-Ya que no por tu interés, replicó el escudero, debieras seguir tu oficio de soldado por ley a nuestro amo y señor.

-A ley a nuestro amo nadie me gana, pero como nuestro amo no ha menester mi ballesta como hasta aquí, dejad que cumpla la palabra que empeñé a la honrada doncella por quien muero de amores. Desleal es el servidor que a su señor abandona cuando le ve desgraciado, mas no así cuando le ve feliz.

-¡Feliz nuestro amo y señor...! murmuró Martín con una sonrisa que expresaba incredulidad.

-¡Será posible que no lo sea, cuando de grado ha otorgado la mano de doña Sancha a mi señor, que no se la exigía?, preguntó Ordoño.

-Ya sabéis, contestó Martín, que nunca había podido tolerar don Lope Sánchez que hombre que él no fuese amase a doña Sancha.

-Cierto.

-Mas como el agradecimiento sea en él tan extremado como el rencor, y tal, que a veces se sobrepone a todas sus pasiones, incluso su amor a su hija, en un arranque de gratitud quiso premiar la generosidad del de Haro con lo que más amaba en este mundo, con la mano de doña Sancha; y cuando él empeña su palabra, perdiera cien vidas primero que faltar a ella. Conforme se han ido acercando las bodas de doña Sancha, ha ido tornándose triste y caviloso, bien que sin querer revelar a nadie la causa de su melancolía, que tengo para mí ha de ser la idea de ver a otro hombre ocupar un lugar privilegiado en el corazón de su hija, que él quisiera ocupar por entero.

-Cierto, dijo Ordoño, que no de otra cosa debe provenir su tristeza. Ya sabéis que mi señor el de Haro fue a la corte a ver a su padre don Diego, a quien el rey tiene a su lado, prodigándole honras y mercedes que le hagan olvidar las persecuciones y destierro que ha sufrido.

-Sí, ¿y supongo que iría a tratar con él de cosas de la boda?

-A eso mismo fue, como veréis. Cuando tornábamos de la corte, salió D. Lope Sánchez a nuestro encuentro en Ordunte.

«D. Lope, le dijo mi señor así que le vio, mi padre se considera muy honrado con que su casa emparente con la vuestra. Así pues, ya que nada se opone a mi unión con Sancha, apresuremos el instante en que comience mi dicha.»

Mi señor se hallaba ya algo turbado por su felicidad para que pudiese observar el efecto que en el de Bortedo producían sus palabras; mas yo, que contemplaba sereno a ambos, noté que la palidez de un muerto cubrió el rostro de D. Lope Sánchez, y que todo su cuerpo se estremeció: procuró, sin embargo, sobreponerse a aquella turbación, y contestó después de vacilar un momento.

«D. Lope vamos a mi castillo, y cúmplanse cuanto antes vuestros deseos.»

-¡Pobre señor mío!, exclamó Fortuño, enjugando una lágrima, porque ya sabemos que el bueno del balletero era sobremanera sensible cuando tenía en el cuerpo un jarro de vino. Los tormentos del infierno serán tortas y pan pintado en comparación de los que habrá sufrido hoy y estará sufriendo esta noche, en que todos se solazan en el castillo.

En efecto, todos se solazaban en el castillo de Bortedo.

Sus salones estaban henchidos de damas y caballeros que habían acudido a aquellas bodas, no sólo del condado de Vizcaya, sino también de Castilla.

Los bailes alternaban con el cántico de los trovadores, que ya en aquella época vagaban de castillo en castillo, cantando la hermosura y el valor, libres y alegres como los pájaros, sin más ambición que la de ver adornada su gorra con la cigarra de oro, ni más riqueza que su laúd.

Sancha y su esposo, algo apartados de los concurrentes al sarao, departían amorosamente pintando con dorados colores lo porvenir.

Contemplábalos, no a mucha distancia, el señor de Bortedo, y sus ojos, ora expresaban la ira, fijos en el joven de Haro, ora el amor al fijarse en la desposada.

Lope Sánchez exhaló de repente un sordo grito de desesperación, que puso espanto a todos los concurrentes, y abrazando a su hija con frenesí, exclamó:

-¡Sancha! ¡Sancha mía!, ¡hija de mi corazón...! ¡Te he perdido para siempre...! ¡He perdido mi dicha, mi tesoro, mi gloria, mi vida...! ¡Pero no, no te he perdido aún; que en la tierra ni en el cielo ni en el infierno habrá poder que baste a separarte de mi lado...! ¡Aparta, aparta, ruin villano, mal caballero, que a un triste padre quieres arrebatar toda la felicidad que Dios le ha dejado en este mundo...!

Y así diciendo el señor de Bortedo, estrechaba en sus brazos y devoraba con sus besos e inundaba con sus lágrimas a su hija, sin que los esfuerzos de los que estaban presentes bastaran a calmar su delirio, hasta que, debilitadas sus fuerzas y turbados sus sentidos, cayó al suelo como muerto, derribando en su caída a Sancha, que, como él, quedó privada de conocimiento.

-¡Está loco!, ¡está loco!, murmuraron todos los circunstantes aterrorizados.

A la mañana siguiente, Lope Sánchez de Barrondo había recobrado el juicio, que durante algunas horas le abandonara, y demandaba perdón de su locura a su hija y al de Haro, y los tres se confundían en un abrazo.

XXVIII

Requiescat in pace

Era un día antes de la caída del sol, y, por más señas, a mediados del verano, pues las ramas de los árboles se desgajaban con el peso de la fruta en las fértiles riberas del Cadagua.

En el valle de Salcedo, a mano derecha del río, como quien sube de Bilbao, había una iglesia, algunas casas solariegas y una venta.

En el susodicho disanto se solazaban allí los moradores del contorno, quiénes bailando en el campo cabe la iglesia, quiénes rezando en ésta, quiénes jugando la pelota o la barra, quiénes, en fin, empinando el codo bajo el parral que entoldaba la portalada de la venta.

De estos últimos era un jayán de hasta unos treinta y cuatro años, que cuantas veces alzaba el jarro miraba a todas partes como si temiera ser visto.

Prestemos atento oído a sus palabras si queremos conocerle, pues por el cabo se saca la madeja.

-A cristiano, dice, ni el bendito Noé me gana; mas tiéneme contristado la resolución de mi buen amo el de Bortedo. ¡Él, el caballero más valiente de peñas abajo, trocar la cota del soldado por el capirote del cenobita cuando tanto perro pagano combate la ley de D. Jesucristo...! No preces vencen infieles, sino lanzas bien templadas, blandidas con robusta mano y corazón animoso, cual un tiempo lo fue la de D. Lope Sánchez.

-Más que cristiano, judío parecéis, Fortuño, replicó una vieja que besaba alternativamente una santa reliquia y el jarro de común propiedad que ocupaba el centro del corro. Si el de Bortedo se ha ido al yermo, añadió la anciana, será que Dios le haya señalado ese camino.

-No Dios se le ha señalado, sino su desesperación, repuso Fortuño, pues ya hemos visto que era él.

-Decidnos cómo fue eso, dijo otro de los circunstantes.

-*Exaudi orationem meam*, que dijo el salmista: escuchadme sin chistar, que diríamos en nuestra habla.

Fortuño volvió a empinar el jarro, después de mirar a todos lados, y continuó:

-Heos contado lo que pasó en el castillo de Bortedo la noche de las bodas de doña Sancha con el de Haro.

Mi amo y señor recobró la razón al día siguiente, pero se apoderaron de él tristeza y abatimiento tales, que ponían espanto a cuantos le veíamos y tratábamos.

Repitiéronse muchas veces sus accesos de locura, y he aquí que se le mete en la cabeza ir a morar en la soledad.

Vanos fueron los esfuerzos que deudos y amigos hicieron para disuadirle de su propósito, porque un día rasgó su traje de caballero, tronzó su espada, echó al fuego su lanza, vistiese de tosco sayal, y se encaminó al santuario de Colisa el día anterior al en que dejé su servicio para venir a establecerme en Salcedo.

-¿Pero continúa aún en aquella soledad?

-Ha seis días pasó por aquí un arriero que venía de Bortedo, y como le pidiera nuevas de por allá, me dijo que D. Lope Sánchez continuaba en Colisa, donde quería vivir y morir, lo cual parece no tardará en suceder, según la dura penitencia que se ha impuesto y las hondas heridas que hay en su alma.

En tanto que Fortuño se explicaba así, las campanas llamaban al templo a los habitantes del valle, y los que de antemano no estaban reunidos en torno de la iglesia iban bajando de los caseríos dispersos en la falda de las montañas.

El ex balletero, a imitación de los que le rodeaban, se levantó de su asiento para acudir también a los sagrados oficios de la tarde, mas como la garganta se le hubiese secado hablando así el jarro, que aún conservaba gracia de Dios.

Estábele empinando cuando asomó por una de las estradas que desembocaban en el campo de la iglesia una mujer, moza aún y cuyo buen talante no nos es desconocido.

-¿Así cumples tus promesas, bellaco?, exclamó hecha una furia, lanzándose al asustado bebedor con las manos crispadas y amenazador el gesto.

-Jimena amada, perdona; que yo te prometo no incurrir de hoy más en estas mis debilidades, contestó Fortuño asustado.

-¡Deja promesas, que cien veces me has hecho y ciento has quebrantado desde que por mi pecado casé contigo. Mas yo haré que ésta no olvides, borracho insaciable!

Y al decir esto, Jimena se arrojó a su marido, y, a pesar de la intervención de los que la querella presenciaban, tal le arañó el rostro que a todos ponía lástima.

-¡Mujer, mujer!, exclamaba Fortuño, defendiéndose de aquella furia, por el santo Noé, que si hembra no fueras te rompiera los cascos, y a mi antiguo oficio de soldado tornara; que si por malo le tenía, peor me va pareciendo el oficio de casado. ¡Oh, Íñigo, Íñigo! Si vieras mis cuitas, juro por el gran Noé que la vida de casado tuvieras por vida de galeote.

Al fin Jimena templó su ira, y cayó sobre un poyo, anegada en lágrimas.

-¡Hi, hi, hi! Este corambre de mi marido ha de acabar conmigo. Mía es la culpa, que conociéndolo borracho di oído a sus palabras de amor y a sus promesas de enmienda. ¡De hoy mas habré de apartar lecho, porque si Dios fuera servido de darme hijos...! ¿qué sería de ellos con tal padre? ¡Hi, hi, hi!

Tal efecto produjeron en Fortuño las palabras y el llanto de su mujer que estuvo a punto de llorar a compás de ella.

-Calla, Jimena amada, la dijo; que ni tu marido tornará a probar el zumaque ni mal padre tendrán nuestros hijos, si a Dios pluguiere dárnoslos.

-¡Sandia y aun más que sandia fuera yo si volviera a fiar en tus promesas!

-Fía una vez más, Jimena mía, y si falto a ellas jamás tornes a mirarme a los ojos de la cara, y solimán se me vuelva en el cuerpo el zumaque que en él entre.

Al fin las caricias y las protestas del ex balletero tranquilizaron algo a la pobre mujer, que entró en la iglesia enjugándose las lágrimas.

-¡Oh tiempos en que me era dado desocupar una corambre sin que mujer nacida me dijera esos ojos tienen alegres!, exclamó Fortuño no bien quedó solo.

Y continuó pensando en su alegre vida de soldado; mas un ruido de caballos, que venía de hacia el lado de Valmaseda, vino a turbar sus amargas consideraciones.

Volvió la vista hacia aquel lado, y vio porción de caballeros y peones, unos armados y otros inermes, entre los cuales se veía también algunas mujeres.

Todos caminaban en silencio, y la tristeza que en aquella especie de caravana reinaba denotaba más bien un entierro que una jornada emprendida por solaz.

Los forasteros se encaminaron hacia la venta y se detuvieron no lejos de ella.

Fortuño, que los examinaba con atención, dio de repente un grito de sorpresa y corrió hacia ellos, porque acababa de reconocer a sus antiguos compañeros y amigos, Martín e Íñigo.

-¡Fortuño!, exclamaron éstos a la par, llenos de alegría, a pesar de las señales de duelo que toda la caravana daba.

-¿Tú por aquí, Fortuño?, dijo Martín.

-Sí, contestó el ex balletero. ¿Veis aquella casa que blanquea allá arriba entre los robles?

-Sí, sí, y cierto que ocupa sitio delicioso.

-Pues aquella tengo a vuestra disposición, con más mi mujer, que os servirá a maravilla.

-Conque ¿al fin, dijo Íñigo, te casaste con aquella ingrata Jimena?

-Sí, Íñigo amigo, y loco de mí, que tal hice, pues de soltero vivía, y muero de casado, pesia tus consejos y tus laúdes al matrimonio.

-¿Por ventura, dijo Martín, tu mujer tiene afición al retozo, como cuando servía en casa del hidalgo de Valmaseda?

-Eso no, voto a bríos, que honrada es sí las hay, y en ella no hay afición que en pro de su marido y de su casa no sea. Mas dame muchas pesadumbres con no dejarme siquiera oler el zumaque, que, como sabéis, siempre me ha gustado y ha de gustarme.

-¡Cierto, dijo Martín, que gran defecto es ése en mujer! Tolerara yo a la mía que no quisiera partir lecho conmigo, mas no que me prohibiera el zumaque.

-¿Qué goces ofrece sin él esta vida?, dijo Fortuño. ¡Oh qué triste debía ser el mundo antes de venir a él el santo Noé, mi patrón...! Pero ¿no me diréis qué nuevas hay por Bortedo y qué buen hado os trae por aquí?

-Hado bueno ninguno, contestó Martín con tristeza. Nuestro amo y señor D. Lope Sánchez murió tres días ha en el santuario de Colisa.

-¡Qué me dices, Martín de mi alma!, exclamó Fortuño, dolorosamente sorprendido. ¡Pobre D. Lope...!

Y añadió, enjugándose una lágrima:

-¡*Requiescat in pace!*

Doña Sancha, que no quiere volver a poner los pies en el señorío de Bortedo, donde ella y su padre han padecido tanto, torna a su casa de Bilbao, y allá vamos sus servidores a prepararlo todo para su llegada.

-Y no es la única desgracia la muerte de D. Lope Sánchez, dijo con emoción Fortuño, sino que el sentimiento va a matar a doña Sancha.

-En cuanto a eso, no hayas pena, Fortuño; que nuestra ama se halla demasiado ocupada con su dicha para que cuitas ajenas la ocupen, repuso Íñigo, al parecer sin segunda intención. Esta mañana ha partido con su esposo para Haro, desde donde tomarán la vuelta de Bilbao, ¡y si hubieras visto cuán hermosa estaba y cuánta dicha radiaba en su faz...!

Fortuño exhaló un hondo suspiro.

-¡Ay!, murmuró, ¡a quien se muere le entierran! ¿Recuerdas, Martín, la lucha de los halcones en la montaña de Triano?

-Sí, Fortuño, bien la recuerdo, y no faltos de seso tuvimos por siniestro agüero aquella lucha. ¡He aquí que han muerto el de Bortedo y Leguizamón, que primero se disputaban la paloma, y la paloma ha sido presa del de Haro! ¡Qué historia tan sangrienta la que terminó tres días ha con la muerte del noble solitario de San Sebastián de Colisa...!

-¿Y qué deduces tú de esa historia, Martín?

-¡Deduzco que los padres, en primer lugar, quieren a sus hijos y, en segundo, a sí propios; y los hijos, en primer lugar, se quieren a sí propios, en segundo, a su amada o amado y, en tercero, a sus padres!

POSTSCRIPTUM

He leído este librito dieciséis años después de haberle escrito, y voy a decir con entera y sencilla franqueza lo que he encontrado en él. He encontrado en él mucho de lo malo, y algo de lo bueno,

que se suele encontrar en lo que los jóvenes escriben: lo malo es falta de arte, y lo bueno, sobra de sentimiento.

El último capítulo de un libro de caballería, que escribí pocos años ha, estaba encabezado de este modo:

«Capítulo último; donde el autor se despide para siempre de libros de caballería, porque después de haber escrito tres que son: *La paloma y los halcones*, *El Cid Campeador* y *Las hijas del Cid*, se ha convencido de que Dios le llama por otro camino.»

El recuerdo de los dos últimos libros que en estos renglones se nombran, avergüenza a su autor, porque, literariamente considerados, son a cuál peor *El Cid Campeador* y *Las hijas del Cid*, que pertenecen a la turba multa de novelas mal llamadas históricas, donde el autor hasta prescinde de su estilo particular, malo o bueno, para adoptar el anticuado con que todos los que escriben esta clase de libros creen poner una pica en Flandes. En conciencia no puedo decir lo mismo de *La paloma y los halcones*, aunque reconozca en este libro muchos de los defectos de sus compañeros. ¿En qué consiste tal diferencia entre uno y otro, siendo los tres obra de un mismo autor y perteneciendo a un mismo género? Consiste sin duda en que los unos son hijos de la *necesidad* (adivínese la acepción en que empleo esta palabra), y el otro es hijo del corazón.

En efecto, el corazón tomó gran parte en la confección (como dicen ahora los sastres) de *La paloma y los halcones*, porque al escribir esta leyenda, mi pensamiento vagaba con deleite por la tierra nativa, y mi pincel (pluma y pincel allá se andan) restauraba los cuadros medio borrados de batallas y ambiciones y amoríos, que las tradiciones encartadas habían puesto a mis ojos infantiles.

Hoy, que he tornado a la tierra nativa, y vivo en ella, y la he estudiado un poco mejor que podía haberla estudiado cuando escribí *La paloma y los halcones*, veo con placer que acerté, sin duda por intuición, a pintar con colores no del todo falsos las guerras de bandería que la desolaron en la Edad Media.

Cuando escribí esta leyenda no tenía por guía más que mis recuerdos de la tierra natal, de donde me había ausentado a la edad de catorce años, y unos papeles en que estaban vaga y confusamente delineados algunos de los hechos que he puesto en relieve y algunos de los personajes a quienes he dado vida.

Después de leer *La paloma y los halcones* he pensado largo rato si debía o no publicar en forma de libro esta obrilla de mi juventud, y he concluido por creer que no es del todo indigna de ser ofrecida al público que cada dos años me obliga (¡Dios se lo pague!) a reimprimir otros cuatro o cinco libros de que soy autor.

FIN